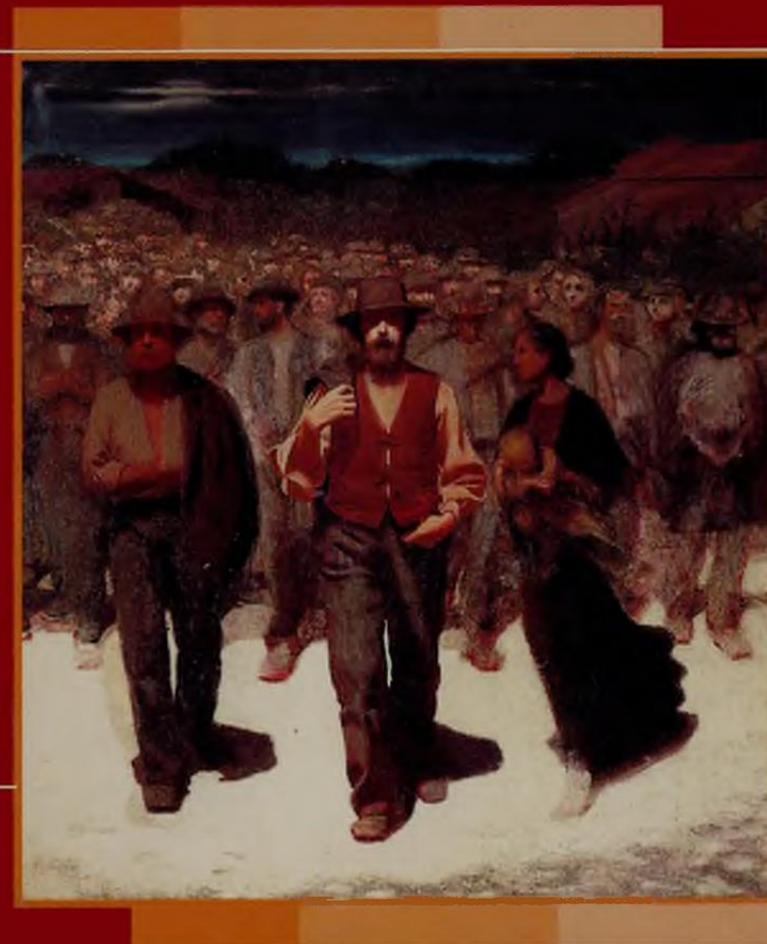


David Riazanov nació en 1870; su muerte fue datada por los compiladores de las "Obras Completas" de Lenin, en 1938. Siendo estudiante organizó, con sólo diecinueve años, un círculo marxista en Odessa. Arrestado y condenado a cinco años de reclusión, emigró, y al momento de la escisión entre bolcheviques y mencheviques en 1903, no tomó posición. En 1906, en Viena, inició el estudio de la historia de la Primera Internacional.

La primera guerra imperialista lo encuentra en posiciones internacionalistas. En 1917, con el estallido de la revolución, vuelve a Rusia y en el VI congreso del partido bolchevique es aceptado como militante. Es nombrado presidente de los sindicatos de Petersburgo. Luego, en 1924, le es encargada por el partido la fundación del Instituto Marx-Engels de Moscú, que dirige hasta 1931, año en el cual es destituido de todo cargo por los stalinistas.

Desde entonces, no se tienen rastros de su actividad. Probablemente fue eliminado silenciosamente en los tiempos de los grandes procesos contra los bolcheviques. "Riazanov murió deportado en Saratov, donde lo había exiliado la venganza de Stalin...", escribía en 1933 Trotsky que, durante su exilio en Siberia, había comenado a colaborar con Riazanov como traductor y corrector para la edición de las obras de Marx. La noticia, hasta ahora, no ha podido ser confirmada.

Los orígenes de la Primera Internacional



David Riazanov

David Riazanov

LOS ORIGENES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

Ediciones Rumbos

Índice

Introducción a la edición Italiana	7
Los orígenes de la Primera Internacional	15
<i>David Riazanov</i>	
Apéndices	
Manifiesto Inaugural.....	97
<i>Karl Marx</i>	
Preámbulo y Estatutos provisionales.....	105
<i>Karl Marx</i>	
Cartas de Marx y Engels	129

2004 - 1ª Edición
ISBN 987-20134-4-6

Título original "Alle origini della Prima Internazionale"
Ed. Lotta Comunista - Milano - 1995

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Ediciones Rumbos - Ayacucho 448 - Ciudad de Buenos Aires
E-mail: prensaobrera@po.org.ar
Este libro se terminó de imprimir en Abril de 2004
en Talleres Ripari SA - J.G. Lemos 246/48 - Bs.As. Argentina

INTRODUCCION A LA EDICION ITALIANA DE 1995

La investigación de David Riazanov sobre los orígenes de la Primera Internacional fue publicada en 1926, en el Marx-Engels Archiv, revista del Instituto Marx-Engels de Moscú, creado dos años antes por los bolcheviques, con el objetivo de reunir y publicar las obras de los dos fundadores del comunismo moderno.

Desde los primeros años del siglo, Riazanov había comenzado a recoger materiales y documentos sobre la historia de la Primera Internacional. Estos estaban conservados, al menos en parte, en los archivos de la Segunda Internacional, sin llegarse a su organización sistemática ni a lograr su publicación. Se dio un paso adelante cuando la fundación vienesa Anton Menger, para la cual trabajaba Riazanov, ofreció su colaboración y le fueron pasados documentos y libros. Pero con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, todo proyecto debió ser demorado hasta los años '20.

Riazanov, por lo tanto, estuvo entre los primeros que tuvieron entre sus manos y estudiaron documentos de otra forma inutilizados, llegando a resultados que tornan al trabajo que hoy publicamos de un gran valor histórico, citado con frecuencia por otros autores pero nunca vuelto a publicar. Al respecto, escribía Maximilien Rubel en ocasión del primer centenario de la Primera Internacional: "si las circunstancias que llevaron a la redacción por parte de Marx del Manifiesto Inaugural, del Preámbulo y de los Estatutos —conjunto de textos que ahora llamamos "La Carta de la Internacional"— son suficientemente conocidas, la naturaleza y la profunda inspiración de este trabajo no han sido aún objeto de una seria exploración". En tales circunstancias, citaba el texto de Riazanov de treinta nueve años antes, como uno de los dos libros más importantes que habían "allanado el terreno"; el otro era el de 1963 a cargo de Natalia Smiranova.

Sólo después de Riazanov y, sobre todo, luego del aniversario de

1964, se retomó una amplia investigación y se realizaron nuevas publicaciones; a partir de entonces, surgieron nuevos estudios, resúmenes bibliográficos, ediciones de los discursos de los congresos y minutas de las reuniones del Consejo General.

Nuestro autor presenta en su libro por primera vez los documentos esenciales sobre el camino que llevó al nacimiento de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), es decir, la Primera Internacional, el 28 de septiembre de 1864: Los manifiestos de las grandes huelgas inglesas de 1860, los informes de los obreros que habían visitado la Exposición Universal de Londres (los llamados Folletos Rojos, ricos en observaciones sobre las condiciones de vida y de trabajo), el Manifiesto de los Sesenta, el Llamamiento de los sindicalistas ingleses a los obreros franceses, los documentos sobre las manifestaciones internacionales en apoyo a los insurrectos polacos, y el detallado resumen al final de la reunión en St. Martins Hall, donde nació la Primera Internacional y con el cual termina el estudio.

Riazanov se detiene, con una atenta reconstrucción histórica, en la recuperación de la organización sindical en Inglaterra, en la lucha de los obreros ingleses contra el esclavismo en los Estados norteamericanos confederados, en la solidaridad manifestada por los trabajadores a la causa de las nacionalidades oprimidas. Pensaba proseguir con la publicación de los documentos que mostraban la actividad de la AIT y la acción de Marx, pero en los fascículos del Marx-Engels Archiv no encontramos más nada.

No sólo está en la documentación la importancia del trabajo de Riazanov. La misma reside en la tesis que recorre toda la obra y que en las últimas páginas encuentra una solución clarificadora: a fines de los años cincuenta del siglo XIX se verificó un ascenso del movimiento obrero en Inglaterra y en Francia, las reivindicaciones económicas se entrelazaban con las luchas políticas, y así emergía con fuerza el peso de una tendencia internacionalista; pero todo se apoyaba en factores objetivos, puestos en evidencia desde el principio.

Se trata de una postura distinta de otros estudios sobre los orígenes de la Primera Internacional. Muy a menudo se escribió, ligeramente, que los sindicalistas ingleses, cuando adhieren a esta organización, es-

tán muy lejos de las ideas comunistas y persiguen el objetivo internacionalista sólo para precaverse del envío de 'carneros' del exterior durante las huelgas. Riazanov no acepta tal simplificación. Puede apreciarse esto con claridad en el texto, donde marca la necesidad de un compromiso internacional también en el plano de la lucha económica, o cuando reconstruye la historia del sindicalismo de Londres y de sus varios componentes.

No es suficiente, enfatiza, presentar a los obreros ingleses como alejados de la tradición de lucha del movimiento cartista de pocas décadas antes: ésta era la historiografía que más a gusto informaba de huelgas, de luchas por la libertad de asociación y por el derecho al sufragio, junto con los choques entre grupos dirigentes, celos de oficio enemistades personales.

No le basta con describir a los obreros franceses retrasados por la artesanía, sometidos por la promesa de un "Socialismo Imperial" e incapaces de ir más allá de la proclamación de otros ideales.

Si la realidad de esos años se agotara en estas descripciones, ingleses y franceses, "co-fundadores" de la Primera Internacional, no habrían tenido nunca verdaderos intereses en común, y el fin de esta organización luego de ocho años de vida estaría ya en sus premisas. La obra de Marx en la Primera Internacional, desde su nacimiento hasta el traslado del Consejo General a Nueva York, aparecería entonces como una perspectiva forzada y miope.

Por el contrario, en un estudio publicado años después de la investigación de Riazanov, Jaques Rougerie ponía nuevamente en primer plano factores históricos y sociales para explicar el nacimiento de un internacionalismo obrero a comienzos de los años '60 del siglo XIX. Pero el excesivo objetivismo lo llevaba a escribir: "el ejemplo francés muestra cómo se pasa de una práctica obrera a una verdadera teoría... Esto invita a rechazar la afirmación teórica pero no histórica, que fue el credo de toda la socialdemocracia, la regla de oro retomada por Lenin; de que la clase obrera no puede espontáneamente ser más que tradeunionista, reformista, y que el socialismo le debe ser enseñado desde afuera. Un socialismo rudimentario puede nacer de la praxis obrera...". Justamente un "socialismo rudimentario": este concepto en

Francia no supo andar más allá del sindicalismo revolucionario hasta colapsar después, incluyendo a sus mejores hombres, frente a la Primera Guerra Mundial. Además por esta vía, la obra de Marx nos habría parecido superflua.

Riazanov, en cambio, a partir del contradictorio desarrollo capitalista inglés y francés, de la expansión económica y de la crisis, de la intensificación de los intercambios de mercancías y de hombres entre las naciones, de las grandes huelgas, de la resonancia de las grandes cuestiones internacionales de ese momento; veía surgir de fundamentos sociales reales un internacionalismo obrero, que no lograba darse a sí mismo un programa científicamente fundamentado.

En este punto ubica la obra esencial de Marx, como claramente afirma en sus conclusiones: la AIT, nacida en St Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864, por sí misma, no era aún más que un punto de encuentro y una sociedad de discusión.

Una vez clarificado el rol de Marx —cosa que es de máxima importancia para comprender el planteamiento del trabajo de Riazanov— el resto del estudio de Rougerie conserva un cierto interés, no sólo porque termina admitiendo que “el estudio minucioso de los informes de las reuniones del Consejo General... permite, con pruebas decisivas, valorar el rol considerable jugado por Marx en la Internacional, de la cual fue gran e indiscutible animador. Sus visiones sobre la evolución del movimiento obrero contemporáneo, sobre las perspectivas que le ofrecía el devenir, son sin lugar a dudas las más vivas, las más agudas, y por el lado histórico, las más estimulantes”.

El interés nace también del hecho de que dicho autor sostiene que el fin de la Primera Internacional fue determinado por el agotamiento de esas mismas condiciones que habían hecho posible su nacimiento: las mismas refluieron con la formación del Sistema de Estados que caracterizó a Europa en las cuatro décadas que preceden a la Primera Guerra Mundial. La AIT moría, según Rougerie, bajo lo que podemos llamar un “nuevo ciclo político de los nacionalismos”, cuando la cuestión italiana ya había sido resuelta y la unidad alemana había sido realizada “a hierro y fuego”. Sólo en ese momento, los límites y los retrasos que pesaban sobre las “clases obreras” de Inglaterra y Francia

se habrían agravado hasta la ruptura.

Si se acepta esta tesis, el juicio a emitir será sobre la duración, sobre la extensión y sobre la profundidad de las tendencias actuantes al comienzo de la segunda mitad del siglo XIX. Las mismas, si bien produjeron efectos notables, fueron sin embargo limitadas y de muy breve duración para que la obra de Marx arraigase y diera finalmente frutos más duraderos.

Además, se comprende que la actividad de Marx tuvo lugar en un momento histórico particular y que trabajó, actuando sobre tendencias absolutamente reales, por una aproximación al comunismo científico por parte del sector más activo de los trabajadores. Esto no se le escapó a la historiografía más aguda. Esta reconoció que en los documentos de la AIT, elaborados por Marx, aún en los anónimos, está siempre presente la preocupación por la observación documentada del hecho circunstancial junto a la valoración de las perspectivas: en esto reside el carácter preciso de los análisis estratégicos y la tarea esencial del “educador político”, que liga siempre la lucha del presente con la conciencia de la salida revolucionaria del futuro.

En fin, ¿cuántos adherentes tuvo la Primera Internacional? Haber instalado esta cuestión al introducir un estudio dedicado a los orígenes de esta organización tiene valor si sirve para comprender la magnitud del movimiento.

Las actas de una convención internacional, llevada a cabo en París en ocasión del centenario de la AIT, responden que en Inglaterra, en el mejor momento (1867), había cerca de 50.000 adherentes, mientras que en las Trade Unions había 800.000. Para Suiza se habla a lo sumo de 6.000 adherentes. Para Francia, Rougerie estimaba algunas decenas de miles de miembros cuando la AIT se encontraba en pleno auge (1869-70), juicio de todas formas bien distante de los 200-300 mil de los cuales hablaban los informes de la policía después de la Comuna de París y algunos contemporáneos.

Una investigación diferente sobre la cuestión da, al menos para Francia, resultados de tipo distinto. Esta fue coordinada por Jean Maitron y presentada en el prefacio al cuarto volumen de su monumental Diccionario biográfico del movimiento obrero francés.

Maitron había buscado en los archivos de la policía, de los tribunales, etc. los nombres de los adherentes 'seguros', de los cuales habían quedado rastros confiables de un compromiso político, y que rondaba la cifra total de 2.091, de los cuales cerca de la mitad correspondían a la región parisina, distribuidos en 54 secciones barriales y 72 secciones sindicales. Va de suyo, y se lo comprende fácilmente, que estos adherentes, atrapados por la policía o procesados, son los más visibles, los que desarrollaron la actividad más regular y prolongada en el tiempo, los más conocidos por los otros obreros, en síntesis, los cuadros.

Interesante es el comentario de Maitron. La AIT, decía, se presenta a nosotros con dos rostros. Por un lado fue para grandes masas de trabajadores un símbolo de emancipación; éstas, organizadas en sus Cámaras Sindicales, en el momento de las luchas, de las grandes huelgas, la aclamaron y se acercaron a ella. Pero, por otro lado, fue una organización donde sólo una minoría militaba efectivamente: "la Primera Internacional tuvo un auditorio de masas y, en este sentido, su influencia se extendió sobre centenares de miles de trabajadores, pero no fue nunca, en ningún momento, un partido de masas".

L. P.

Los orígenes de la primera internacional

Aclaraciones a la edición italiana

El presente volumen contiene todo el texto de Riazanov publicado en el *Marx-Engels Archiv* traducido del alemán. Le hemos agregado la conclusión a la cual el autor arriba en el artículo *La fundación de la I Internacional*, aparecido en la revista del comité ejecutivo de la III Internacional (La Internacional Comunista) en octubre de 1919, al cual se hace referencia explícita en las primeras líneas del estudio. Inmediatamente después se encontrará *el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*, escrita por Marx en octubre de 1864, traducido por nosotros del texto alemán publicado en el MEW, 1962. En el apéndice hemos agregado algunos párrafos de la correspondencia de Marx y de Engels que ilustran el juicio que éstos realizaban sobre aquellos acontecimientos.

Algunos de los documentos presentados en el texto de Riazanov fueron comparados por nosotros con la edición francesa, dirigida por Maximilien Rubel, aparecida en *Le Mouvement Social* en mayo-junio de 1965. En el mismo fascículo de la revista se encuentra el estudio de Jacques Rougerie citado en la Introducción.

Finalmente, hemos considerado útil la subdivisión del texto en párrafos, precedidos de nuestros breves encabezados. Nuestras aclaraciones, con el fin de volver más comprensible el texto para el lector italiano, son puestas entre corchetes cuadrados.

LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

David B. Riazanov

El presente estudio se refiere a la historia de la Primera Internacional y a la función que Marx tuvo en un principio, es decir hasta 1870, solo, y más tarde con Engels. Este primer esbozo, del cual algunos resultados fueron ya utilizados en mi artículo aparecido en *La Internacional Comunista* de octubre de 1919, tiene por objetivo la investigación detallada de las causas que provocaron la reacción de los trabajadores que condujo a la realización de la reunión en St. Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864, y de los sucesos que derivaron de ella.

Sólo después de haber explicado cómo tuvo lugar la constitución del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) y qué elementos prevalecieron, podremos definir con exactitud el origen y el carácter del programa, y del Estatuto elaborados por Marx. En el curso de nuestra investigación nos encontraremos frente a algo que es más que una leyenda, incluso verdaderas fantasías. La historia de la Primera Internacional es muy rica en este sentido.

Le pedimos perdón al lector si debemos profundizar en una infinidad de detalles. Hace mucho tiempo que era necesario que "se rindiese cuenta de cómo los proletarios transforman su organización como clase frente a nuestros ojos". Esto es imposible sin un análisis detallado del proceso concreto y sin una enumeración meticulosa de todos los factores que han causado el desarrollo de la organización de clase del proletario en escala nacional e internacional. Nos detendremos en modo particular, por lo tanto, sobre los así llamados antecedentes de la Primera Internacional.

El movimiento obrero en Inglaterra en la década de prosperidad económica y reacción política posterior a la crisis y a las revoluciones de 1847-1848.

En 1852 la Liga de los Comunistas, la primera organización comu-

nista internacional, que había adoptado el slogan de la unión internacional de clase de los trabajadores “*proletarios del mundo unidos*”, cesó su actividad.

Trascurrieron muchos años antes de que el movimiento obrero recobrase vigor, dando vida a la primera organización internacional de la clase obrera: la AIT, es decir, la Primera Internacional. Fueron años de reacción política y de prosperidad económica sin precedentes, apenas interrumpida por la guerra de Crimea y extendida a todos los países europeos, Rusia incluida. Se formó en esos años una generación carente de experiencia directa en luchas revolucionarias y que fue sacudida de su indiferencia sólo por la crisis mundial de 1857-58.

El viraje de 1859 había vuelto a poner a la orden del día una serie de cuestiones nacionales y políticas que ya se habían planteado durante la revolución de 1848 y permanecían irresueltas. El movimiento democrático retomó impulso en todo el mundo. Desde 1859 se transformaron en objetivos inmediatos la abolición de la esclavitud en Norteamérica y la abolición de la servidumbre de la gleba en Rusia.

En Inglaterra, el movimiento cartista —después del fallido intento por parte de Ernest Jones de orientarlo en sentido clasista— perdió en 1858 su último exponente y dejó de existir como organización política unitaria. El movimiento obrero se fraccionó totalmente. Sobrevino nuevamente la vieja tendencia, que ya había sufrido el cartismo, a la fragmentación en movimientos independientes, con programas y objetivos diferentes, y a la creación de organizaciones diversas en competencia entre sí. Desapareció todo rastro del movimiento obrero unitario que reunía en sí todas las fuerzas.

Quedaron sólo sectas particulares, cada una con características propias: socialistas cristianos, secularistas, racionalistas, temperantes, etc. Dichas sectas absorbieron a los miembros restantes de las viejas organizaciones owenianas y cartistas. También los urquhartianos (una mezcla de elementos tory y democráticos protagonistas de una enérgica lucha contra la diplomacia secreta) acogieron a algunos de los viejos owenianos y cartistas en los Foreign Affairs Committees (comisiones de política exterior), que en los años cincuenta jugaron un rol significativo.

Los orígenes de la primera internacional

Las condiciones políticas consentían el desarrollo de aquellas formas del movimiento obrero que no encontraban una oposición directa por parte de las clases dirigentes y que se beneficiaban de la colaboración de los filántropos burgueses.

Los herederos del movimiento socialista guiado por Robert Owen habían logrado así una posición sólida en los años cincuenta. Las cooperativas, posteriormente desarrolladas gracias a la *Industrial and Provident Societies Act* del 30 de junio de 1852, ocupaban indudablemente un rol de liderazgo —los pioneros de Rochdale en primera fila— en las varias actividades de la clase obrera en aquel período. Los objetivos principales que las cooperativas se habían propuesto (eliminación del beneficio comercial, planificación de la producción y del consumo en el ámbito del sistema económico capitalista) no fueron alcanzados. Sin embargo, los socios fueron invadidos por un entusiasmo que sirvió de impulso al resto de los trabajadores, y que en los años cincuenta condujo a una serie de hombres de origen tanto proletario como burgués, desde los ideales filosóficos hacia los círculos cooperativos. Mucha energía fue dedicada a la fundación de los consorcios de producción y consumo. De hecho, casi la mitad de los consorcios de consumo actualmente en existencia fueron fundados en los años cincuenta y en los primeros años de los '60. En el año 1863 se constituyó la *Cooperative Wholesale Society* para el comercio mayorista.

Igualmente favorables fueron las condiciones para el desarrollo de las cajas de socorro mutuo (*Friendly Societies*), favorecidas por las leyes que en el '50 y en el '55 habían mejorado la vieja ley del '46. La consolidación de las mayores asociaciones inglesas de socorros mutuos —*Independent Order of Old Fellows, Manchester Unity, Ancient Order of Foresters y Hearts of Oak Benefit Society*— tuvo entonces lugar. Según un cálculo de Nash Stephenson, el total de socios de todas estas asociaciones en 1859 no era inferior a 3.052.000, las cuotas anuales llegaban a 4.980.000 libras esterlinas y el capital acumulado equivalía a 11.300.000 libras esterlinas.

También las aspiraciones culturales de los trabajadores se liberaron entonces de los diversos obstáculos que habían encontrado en los años 40'. Con la ley del 11 de agosto de 1854 quedaron abolidas las li-

mitaciones para las asociaciones que promovían la instrucción popular. Con la colaboración de los “socialistas cristianos”, en el año 1854 se fundó en Londres el *Working Men's College*, que después fue la Universidad Libre de los Trabajadores, hasta hoy existente, gracias también a la actividad de los positivistas ingleses, de Frederik Harrison, y más tarde de Eduard Spenser Beesly. Además de los positivistas, enseñaban también excelentes representantes de las ciencias naturales, como Tyndall, Huxley y también Furnivall –el famoso estudioso inglés de Shakespeare– a quién más tarde frecuentaron, como Beesly, Marx y su familia. Esta nueva institución dio un fuerte impulso a la creación de otras instituciones similares por parte de los trabajadores, quienes no sólo las frecuentaban como estudiantes, sino también para participar en la organización y la administración.

La premisa indispensable para dar a los trabajadores la posibilidad de un crecimiento cultural –la reducción de la jornada de trabajo– fue asegurada a una parte significativa de la clase obrera inglesa ya desde los años '50. La gran conquista de los trabajadores ingleses, la ley de las diez horas del 8 de junio 1847, fue un hecho concreto sólo con la ley del 5 de agosto de 1850, después de tres años de intentos de la patronal por volverla ineficaz. Es notorio que esta ley tuvo como efecto una reducción general de la jornada laboral, dada la estrecha correlación entre el horario de trabajo de los hombres, y el de las mujeres, y los jóvenes.

Es verdad que en un principio entró en vigencia sólo para la industria textil. De todas formas, como dice Marx, “*con esta victoria en las grandes plantas industriales, que son la criatura más genuina del modo de producción moderno, el principio se había confirmado. El maravilloso desarrollo de la industria entre 1853 y 1860, acompañado del renacimiento físico y moral del obrero, golpeó al ojo más ignorante*” (*El Capital*, Libro Primero). Y los trabajadores de otros sectores industriales, esperaban sólo una coyuntura favorable para conquistar los beneficios de la reducción del horario de trabajo también para ellos. Esta oportunidad no faltaría.

Sólo para el movimiento sindical los años cincuenta no fueron muy favorables. La reacción que empezó después de 1848 golpeó en forma

Los orígenes de la primera internacional

particular a los sindicatos. Estos eran tolerados sólo por el legislador (una tolerancia limitada y, a decir verdad, muy arbitraria) y mantenían una existencia casi ilegal, pudiendo sobrevivir sólo a través de una extenuante lucha por la organización. Estas circunstancias favorecieron las posiciones “pacíficas” y “legislativas”. Las cajas de socorro mutuo sustituyeron a los fondos de resistencia. La vieja tendencia corporativa a unir a los obreros sobre la base del oficio para obtener ventajas limitadas a la categoría, sin considerar a los trabajadores de otras categorías, predominaba. La coyuntura económica favorable fue su terreno ideal.

Los cinco o seis años que siguieron al fracaso de la gran huelga de 1852, aunque habían representado una fase de desarrollo pacífico para algunas asociaciones particulares, fueron un período por demás carente de interés para el estudioso del movimiento sindical en general. A los años de grave depresión económica (1846-1849) le siguieron siete años de expansión comercial constante, que no dieron ninguna excusa para una reducción generalizada de los salarios.

La reacción contra los ambiciosos proyectos sindicales de 1834 siguió desalentando la acción sindical a escala nacional. El fracaso total de la lucha de los mecánicos, seguido en 1853 por la desastrosa huelga de los hilanderos de Preston, por un aumento de diez centavos; la inútil lucha de los hilanderos de alfombras Kindderminster y el heroico pero inútil conflicto de los obreros metalúrgicos de Dowlais, acentuó el reflujo de los sindicatos en lo que se refiere a una acción sindical en amplia escala.

A todo esto se sumó otra circunstancia. Los éxitos del movimiento cooperativo habían inducido a algunos sindicatos a intentar constituir asociaciones de producción. Beatrice y Sydney Webb, en su *Historia de los sindicatos en Inglaterra* escriben que “*innumerables pequeñas empresas fueron fundadas por ebanistas, sastres, zapateros y sombreristas en la metrópoli y en otros grandes centros industriales, y por algunos años, dirigentes y comisiones internas de varios sindicatos rivalizaron instando a la producción cooperativa a sus miembros*”. Si bien estos experimentos culminaron en el fracaso, por algunos años numerosos miembros abandonaron los sindicatos.

Solamente los obreros mecánicos, que en 1851 habían fundado una *Liga Unificada* y que, no obstante la gran huelga de 1851/52, habían hecho todo lo posible para extender su organización, aumentaron sus miembros, como también lo hicieron los trabajadores de las fundiciones y los albañiles. La prolongada prosperidad favorecía las tendencias pacifistas entre los trabajadores.

Pero de repente, luego de 1857, la situación cambió: *“La época de las huelgas que se inició con la crisis comercial de 1857 demostró cuánto habían sido vanas estas esperanzas”* (B. y S. Webb, op.cit).

Mientras en la primera mitad de los años '50 las luchas más importantes tuvieron lugar en las industrias textil y mecánica, ahora dos nuevas ramas en las cuales el modelo industrial había hecho muchos avances —la industria de la confección y la de la construcción— alcanzaron el primer puesto. No fue hasta que la artesanía cedió su expansión agresiva al capitalismo industrial, que la reducción de la jornada de trabajo en estas viejas áreas se volvió una cuestión de primera necesidad. Fueron inútiles los intentos por obstaculizar la introducción de las máquinas.

Para poder llevar adelante una lucha triunfante contra los industriales, los obreros se vieron obligados a organizarse sindicalmente en forma más enérgica. De esta manera, la lucha por la reducción de la jornada de trabajo se llevó a cabo a la par de la lucha por el derecho a constituir sindicatos.

El reinicio de las huelgas en Inglaterra, la lucha por la reducción de la jornada laboral. Las nuevas organizaciones sindicales y el nacimiento del Trades Council de Londres. Los dirigentes del movimiento y su futuro rol en la Primera Internacional.

La huelga más importante de este período fue la de la industria de la construcción de Londres. Los años '50 se caracterizaron por una actividad febril de la industria de la construcción. El enorme aumento de la población urbana provocó una creciente demanda habitacional. En

Londres —2.679.000 habitantes en 1851, 3.217.000 en 1861— el sector de la construcción se había transformado ya en una rama de la producción capitalista: no construía más casas a pedido, sino que edificaba en zonas en expansión, centenares de viviendas como mercancías listas para el mercado.

“Cómo la producción capitalista ha revolucionado la construcción en Londres —dice Marx en el Segundo Libro de El Capital— nos los dicen las declaraciones de un empresario de la construcción frente al comité bancario en 1857. En su juventud, dice, las casas se hacían a pedido y el costo de las mismas se pagaba en cuotas al constructor durante la edificación, al cumplirse determinadas fases de la obra. Para el mercado se construía poco; los empresarios se adaptaron principalmente para tener regularmente ocupados a sus obreros y de esta manera mantenerlos juntos. En los últimos cuarenta años esto ha cambiado. Sobre pedido ya se construye poco. Quien necesita una nueva casa busca una entre aquellas que ya han sido construidas o lo están siendo, para el mercado. El empresario no trabaja más para el cliente, sino para el mercado; como cualquier otro industrial, él está obligado a llevar al mercado mercancías terminadas. Mientras antes un constructor construía para especular, a lo mejor tres o cuatro casas al mismo tiempo, ahora tiene que comprar un gran lote (es decir según la fórmula continental, tomarlo en alquiler por un máximo de 99 años), construir hasta cien o doscientas casas, y de esta manera comprometerse en un emprendimiento que sobrepasa de veinte a cincuenta veces su capital (...) Sobre este camino de la especulación, que se anticipa a la demanda de viviendas, fueron construidas enteramente Belgravia y Tyburnia, y las innumerables miles de villas alrededor de Londres”.

El aumento de la intensidad del trabajo fue una consecuencia de esta aceleración de la producción. Los constructores se aseguraban contra eventuales errores en la especulación sólo a través de una mayor explotación de los trabajadores. De hecho, si bien fueron proclives a conceder pequeños aumentos salariales luego de huelgas relativamente breves, se oponían en todos los casos a la reducción de la jornada de trabajo. Y era justamente la intensificación del trabajo lo que obligaba a los trabajadores a reivindicar fuertemente la reducción de la jornada.

Luego de extensas negociaciones entre obreros y constructores (desarrolladas desde junio de 1858 hasta julio de 1859 por la Comisión Unificada de los Trabajadores con George Potter como Secretario), el 21 de julio explotó la huelga. La huelga general no pareció oportuna y los trabajadores decidieron la abstención del trabajo firma por firma. Los constructores contestaron con el *lock-out*.

La Comisión Unificada de los Trabajadores convocó a una reunión de todos los trabajadores en el Hyde Park el 3 de agosto. Cremer, futuro secretario general de la AIT, formuló la siguiente intervención: *“Esta reunión lamenta la posición asumida por los empleadores. Su actitud parece perseguir la profundización de la fractura ya existente, el avasallamiento del principio de humanidad que ha originado, y que todavía anima, al movimiento por las nueve horas. Ya que el compromiso que quisieron sacarnos con la firma del documento que piensan ponernos a consideración, nos privaría de cualquier espíritu de libertad humana y nos reduciría a la condición de siervos de la gleba, nosotros estamos decididos a recurrir a toda fuerza moral de resistencia y nos comprometemos a utilizar todas las normas constitucionales para llevar al movimiento por las nueve horas a un final victorioso”*. La moción fue aceptada por unanimidad luego de que Potter declarase que los trabajadores de las ciudades inglesas más importantes se habían manifestado a favor del movimiento de las nueve horas y que apoyarían la huelga.

La principal reivindicación, tal como se formuló en el documento del 3 de junio, dice: *“reducción del horario de trabajo de diez a nueve horas al día con el actual salario”*. Los empresarios que estaban organizados en la *Master Builders’ Society* no sólo rechazaron decididamente este pedido, sino que hicieron una declaración de guerra a todos los trabajadores que estaban organizados sindicalmente: se empeñaron en no tomar a obreros que no firmaran un documento en el cual declaraban no ser miembros de ningún sindicato.

Los sindicatos ingleses mantuvieron su promesa y tomaron como propia la reivindicación de los trabajadores de la construcción de Londres. Numerosas reuniones tuvieron lugar y trabajadores de otras ramas hicieron grandes esfuerzos para apoyar a los huelgis-

tas. Numerosos subsidios llegaron de todo el Reino Unido: de Inglaterra, de Irlanda y de Escocia. La huelga tuvo en vilo a la clase obrera inglesa por más de seis meses, hasta el seis de febrero de 1860. Los trabajadores de la construcción apelaron también a la opinión pública.

Durante las reuniones, sus representantes y miembros de la Comisión, que había sido formada por los delegados de las diferentes categorías —en particular Cremer y Odger—, expusieron al público los reclamos de los trabajadores criticando ásperamente a los exponentes oficiales de la economía nacional que eran aliados de los constructores y oponían al reclamo de los trabajadores la teoría del fondo de trabajo. *“Si la economía política está en nuestra contra —exclamó Cremer durante una reunión en Hyde Park—, entonces nosotros estaremos contra ellos”*. Toda la lucha fue considerada como la lucha entre la economía política de la clase obrera contra la economía política de la clase capitalista.

La gran lucha, *“el episodio más saliente de la lucha entre capital y trabajo”*, como Cernysevskij llamó a esta huelga, terminó con un compromiso. Los industriales renunciaban al documento que prohibía la organización sindical de los trabajadores, pero los trabajadores renunciaban momentáneamente a su principal reivindicación.

De todas formas, esta huelga constituye una inflexión importante en la historia del movimiento obrero inglés. El sentimiento solidario entre los obreros triunfó sobre el viejo particularismo de oficio. La lucha por el derecho de asociación sindical arrastró también a los sindicatos más pacíficos. De los Trades Committees, constituidos durante esta huelga para recolectar fondos para los trabajadores huelguistas de la construcción en muchas ciudades, entre ellas Londres, surgieron los Trades Councils, con la finalidad de salvaguardar el interés común de las diferentes categorías y unir sus fuerzas en la lucha contra los capitalistas. Durante las actividades de los Trades Committees y de los Trades Councils surgieron una serie de propagandistas y organizadores, hombres que no faltarán en todas las grandes manifestaciones de la clase obrera en los años sesenta y que jugarán un rol dirigente en la Primera Internacional.

El Trades Council de Londres tuvo su primera reunión en julio de 1860. Fueron miembros electos T. Hayes (cordeleros), W. Burn (albañiles), D. Develin (zapateros), W. R. Cremer (carpinteros y leñadores), W. Mickenson (sombbreroes), T. Baulsom (aserraderos), Tom Jones (trabajador de la industria del estaño-platos). Este último tenía el cargo de secretario. Se trataba entonces de representantes de las industrias de la construcción y textil. Los representantes de los mecánicos, de los encuadernadores y armadores, de los metalúrgicos se habrían sumado en una segunda etapa.

El Trades Council, recién constituido, se apuró a publicar una guía de los sindicatos para facilitar las comunicaciones y los contactos. Esto demuestra cuánto era sentida la necesidad de mantener y profundizar las relaciones que habían surgido entre los sindicatos durante la huelga de los obreros de la construcción. En el llamado a todas las organizaciones con el pedido de colaboración con esta actividad, sobresale la importancia de la recolección de datos estadísticos sobre la sindicalización y sobre las huelgas, con la esperanza de *“que el objetivo de más rápidas y eficientes comunicaciones entre los sindicatos será aceptado con el mismo espíritu que ha originado nuestros esfuerzos, y que los ha dirigido y mantenido hasta aquí; que el resultado pueda ser la consolidación del sentimiento de unidad, simpatía y fraternidad entre los trabajadores de nuestro país”*.

La lista publicada por el Trades Council de Londres permite una evaluación interesante del mundo sindical de la época. El movimiento sindical estaba extremadamente fraccionado. Según los datos, muchas veces incompletos —como lo destacan también los autores de la lista de direcciones— había más de 1600 sindicatos en 405 localidades. En Londres, por ejemplo, había 250 organizaciones sindicales; más de 20 sólo en la industria del calzado, sin contar las filiales de los sindicatos unidos, y también eran numerosos los sindicatos de las diferentes ramas del sector de la construcción.

Las enseñanzas de la huelga de 1859-1860 actuaron como estímulo no sólo para la unificación de los sindicatos en uniones urbanas, sino también para la unificación de categorías enteras a escala nacional. El ejemplo dado por el sindicato unificado de los obreros mecánicos y el de los al-

bañiles fue demasiado claro como para no generar emulación. Los carpinteros se organizaron en un sindicato unificado en junio de 1860. El primer secretario fue S. Lea; después de su renuncia, en 1862 fue elegido Robert Applegarth, ya secretario de la filial de Sheffield. En Londres, de todas formas, además de este sindicato, permanecieron con vida entre los carpinteros otras organizaciones en competencia con el sindicato nacional unificado, por ejemplo la *Operative House Carpenters' and Joiners' Society* y la *General Union of Carpenters*, ambas apoyadas por George Potter.

En general, el localismo y el egoísmo de categoría eran todavía fuertes, y no era fácil ampliar los estrechos horizontes de las numerosas uniones de oficio. Esto fue evidente en el curso de la gran huelga de la primavera de 1861. Los organizadores habían decidido aprovechar el momento favorable: la construcción sufría de una carencia de trabajadores para las obras preliminares de la inminente Exposición mundial. El objetivo manifiesto era nuevamente la reducción de la jornada de trabajo, la conquista de las nueve horas. Pero la situación reivindicativa fue agravada por la intervención del gobierno, que intentó utilizar el genio militar a favor de los empresarios.

Las tesis de los trabajadores fueron discutidas en numerosos artículos y sus defensores —particularmente Beesly y Harrison— apoyaron sus reclamos en cartas enviadas a grandes diarios y protestaron enérgicamente contra el apoyo del gobierno a los empresarios.

Fue nuevamente George Potter quien dirigió esta lucha. En el manifiesto que fue publicado —probablemente no elaborado por George Potter, pero firmado por él— el reclamo de la reducción de la jornada de trabajo está formulado en forma combativa, con decisivos ataques a los empresarios. No se apelaba a la justicia, aunque se presentaban los hechos esperando que fuesen correctamente evaluados.

A propósito del enorme crecimiento del comercio y del beneficio de esos años se preguntaba: *“¿a quién va este aumento de la riqueza? Ciertamente, no a nosotros”*. Si la competencia capitalista tiende al alargamiento de la jornada laboral y al incremento de la intensidad del trabajo, es inútil apelar al corazón de los capitalistas. *“El capital no conoce límite ni compasión”*. El tono con el cual se refería a los capitalistas era terminante:

“Señores, no somos bestias. Quien siembra viento recoge tempestades. Ustedes son duros al confrontarnos y sin embargo esperan que nosotros seamos dóciles. No somos bestias, podemos actuar de acuerdo a un objetivo. No queremos ser simples instrumentos y por eso nos levantamos en defensa de nuestra causa. Las maniobras coercitivas, claramente, no servirán para nada, porque las huelgas se están extendiendo. No recurrimos a móviles religiosos porque demostraron ser del todo inútiles; y no recurrimos tampoco al espíritu humanitario porque es algo de poca importancia frente al beneficio. Nos remitimos a la cuestión del beneficio mismo.

Los capitalistas juegan un partido perdido, con posiciones que en profunda contradicción con sus propios intereses, si asumen una conducta contraria a las reivindicaciones obreras. No sólo la tierra, sino también los trabajadores dan buenos frutos sólo si se los cultiva con sabiduría. De todas formas, ambos, para un buen desarrollo, requieren una alternancia entre trabajo y descanso. Los hechos y la ciencia dicen que es mejor cultivar la tierra que morir de hambre, pero también que un terreno que no sea dejado descansar convenientemente se agota por exceso de trabajo. ¿Hay necesidad de otros ejemplos prácticos? Sin embargo, nosotros creemos que este argumento no será escuchado. Debemos recurrir a medios para mejorar nuestra condición alternativos a aquellos que el capital parece proponer”.

La declaración fue resumida en siete puntos:

“Los hechos demuestran lo siguiente:

- 1) Las clases trabajadoras tienen una vida promedio inferior a la mitad de la vida promedio de las clases propietarias.*
- 2) La elevada mortalidad se debe al trabajo excesivo, a condiciones de vida desfavorables y a costumbres debidas al trabajo.*
- 3) La elevada mortalidad deriva de miserables condiciones económicas.*
- 4) Un mejoramiento general es imposible sin la reducción de la jornada laboral y el aumento de los salarios.*
- 5) Hay amplios márgenes en el aumento de la riqueza con respecto a la población para avalar la reducción de la jornada de trabajo, el aumento de los salarios, y la puesta en práctica de medidas para alcanzar niveles*

superiores de vida material e intelectual de los trabajadores, incluso garantizando una remuneración suficiente del capital.

6) Donde sea que hayan sido conducidos estos experimentos, sobre todo la reducción de la jornada de trabajo, se ha verificado invariablemente que la riqueza y la producción económicas se han incrementado, los salarios han aumentado, el promedio de vida se ha alargado, el nivel de instrucción se ha elevado, el sentido moral ha mejorado, el orden y la tranquilidad han sido notablemente favorecidos.

7) Capitalistas y empleadores, como clase, se opusieron invariablemente por todos los medios a las reivindicaciones de la clase obrera que obraban en el sentido del progreso social”.

El espíritu de esta declaración, el fuerte acento sobre las reivindicaciones generales de la clase obrera, la convicción de que los trabajadores de la construcción representaban a toda la clase obrera en su lucha por la reducción de la jornada de trabajo, le aseguraron nuevamente el apoyo de todos los sindicatos. Y una compacta solidaridad los ayudó a superar los obstáculos, es decir, los desacuerdos que oponían a los adoquinadores y los albañiles con los carpinteros, actuando como una gran traba para el desarrollo de una lucha unitaria. Pero esta vez la huelga fue coronada por el éxito. El resultado fue la fijación de una jornada laboral normal de nueve horas y media.

El Trades Council de Londres, apenas constituido, movilizó todas sus fuerzas para apoyar los reclamos de los trabajadores de la construcción. Fue este Council el que organizó toda la acción contra el empleo del ejército para proteger a los esquirols. Una reunión de los delegados de todos los sindicatos de Londres, organizada por el Trades Council, eligió una delegación para las negociaciones con el gobierno. Formaban parte de ella: E. Coulson, W. Cremer, G. Howell, Henry Martin, John Nieass, G. Odger. Los encontraremos a todos más adelante en la historia de la Primera Internacional.

Una de las consecuencias más importante de la segunda huelga de los trabajadores de la construcción fue la fundación de nuevos diarios sindicales y del más grande diario obrero de los años sesenta, el *Bee-Hive*. Este diario no fue fundado personalmente por George Potter, como B. y S. Webb dicen erróneamente. Inmediatamente después del fi-

nal de la segunda huelga de los trabajadores de la construcción, en octubre de 1861, los dirigentes de los sindicatos decidieron fundar un diario que debía servir como órgano informativo de los mismos sindicatos. Con este propósito fue fundada la *Trades Newspaper Company (Limited)*. En la lista de sus promotores encontramos a algunos representantes de los distintos sindicatos. A George Potter le fue confiada la tarea de dirigir esta iniciativa. Al principio fue nombrado redactor George Trupp y más tarde Robert Hartwell, un ex cartista. Desde el principio, el diario se presentaba como el órgano oficial del Trades Council de Londres y su "objetivo declarado" era dar a conocer las actividades de los sindicatos y de las otras asociaciones de trabajadores, excluidas de las columnas de los diarios de las empresas editoriales orientadas al lucro y de los diarios de la burguesía.

Además de este carácter oficial, como prensa sindical, el *Bee-Hive* desenvolvía al interior de la clase obrera también un rol de tipo político. El mismo participó en el debate de los años '60 no siempre de acuerdo con la posición de otros dirigentes de los trabajadores londinenses, y a veces, en abierta oposición a los mismos. Potter, sin duda, hábil como organizador y administrador, usó su peso en la *Trades Newspaper Company* con el fin de influenciar la línea del *Bee-Hive*. Fue el dirigente más importante de los sindicatos locales, del grupo denominado "fracción Potter", opuesto a la "fracción Odger", apoyada por los sindicatos unificados a escala nacional. A comienzos de 1864 esta lucha se amplió en toda la línea y el *Bee-Hive* entró en conflicto con el Trades Council.

Hasta 1865, el *Bee-Hive* se mantuvo en Londres como el único diario obrero no exclusivamente sindical. Colaboraban en él numerosos exponentes del positivismo inglés, particularmente F. Harrison y E. S. Beesly, con opiniones sobre cuestiones políticas y sindicales de actualidad. El colaborador más activo de los círculos de trabajadores fue T. I. Dunning, entonces secretario general y redactor del diario asociativo de la *London Consolidated Society of Journeymen Bookbinders'*, viejo compañero de lucha de los cartistas Lovett y Hartwell. En los primeros años de su existencia, el *Bee-Hive* tuvo el apoyo de casi todos los sindicatos y del Trades Council, apenas constituido —como hemos vis-

to— con la contribución fundamental de los representantes de las nuevas y más chicas asociaciones londinenses.

De todas formas, la tendencia hacia la unificación de las organizaciones sindicales operaba tanto en el terreno local como sobre el plano nacional. Se configuró así una confrontación entre dos tendencias, la localista y la centralista. Después de los carpinteros fue el turno de los pintores, quienes fundaron también una *Amalgamated Society of Operative Painters*. Con la victoria del nuevo principio centralista en la industria del calzado, en ocasión de la conferencia en Londres, que en enero de 1863 decidió fundar una *Amalgamated Society of Cordwainers*, la nueva tendencia tuvo superioridad también en el Trades Council.

El rol principal lo jugó Odger, defensor apasionado de la unión nacional del movimiento sindical, quien ya en 1862 había asumido la secretaría del Trades Council. Así, en esta instancia, el peso de los grandes sindicatos y de aquellos unificados a escala nacional comenzó a volverse gradualmente determinante. Pero ¿qué organizaciones constituían la legítima representación de las ramas industriales por separado? ¿Y quién debía dirigir las acciones de lucha en caso de huelgas, las que a menudo exigían el apoyo de todos los otros sindicatos? Tales cuestiones causaron pronto ásperos conflictos.

Y la lucha entre las varias tendencias del Trades Council no fue sólo en el terreno sindical. Desde el principio, no se pudo evitar la necesidad de asumir una postura también en relación a las diversas cuestiones políticas, a menudo motivo de ulteriores disputas. Y no se trató —como lo afirman en cambio B. y S. Webb— de la oposición de los sindicatos menores o locales contra la línea de los de grandes dimensiones, unificados en escala nacional, que intentaban transformar al Council en un instrumento de la nueva táctica, es decir, de la participación en la acción política general.

Fueron de hecho algunos sindicatos de larga tradición, organizados a escala nacional, como los tipógrafos, los que protestaron contra toda acción política. Estas posiciones contrarias a la lucha política eran también las de los "Obreros mecánicos unificados", quienes habían jugado un rol completamente menor, respecto a los de la cons-

trucción y los textiles, durante todas las acciones de los años '60. Una agitación enérgica por las reformas políticas chocaba de esta manera con la máxima prudencia de la dirección de las luchas sindicales, mientras los elementos que se reunían alrededor de Potter eran los más dispuestos a la huelga sindical y los más activos con respecto a las cuestiones políticas.

Surgieron además controversias entre las organizaciones sindicales sobre las leyes referentes a la posición legal de los sindicatos. Es lo que B. y S. Webb describen como oposición contra leyes que, según una parte de los sindicatos, habrían interpuesto obstáculos a su libre desarrollo.

Todas estas luchas internas, la lucha entre sindicalistas "puros" y "políticos", entre "localistas" y "centralistas", entre los defensores de la legislación sobre los sindicatos y sus adversarios (quienes eran contrarios a cualquier ingerencia del Estado en los asuntos internos de los sindicatos) son parte de la historia de los sindicatos ingleses en los '60. Muy a menudo aparecía como una especie de lucha personal entre los distintos dirigentes, como una lucha entre el partido de Potter y el de Odger. Sería, sin embargo, totalmente errado atribuir tales luchas a un mezquino juego de intrigas, de parte de éste o aquél, de Potter o de Odger, reducirlos a la estrecha cornisa de un esquema construido arbitrariamente.

El nuevo movimiento huelguístico y la unión más estrecha que alcanzó tuvo efectos positivos también para los trabajadores de la industria alimenticia. Tuvieron lugar muchas asambleas y numerosas peticiones fueron elevadas al parlamento, en el que fue discutida la situación de los aprendices de panadero. El Trades Council apoyó también esta acción y los dirigentes panaderos, Blackmore y Dick, emergieron como miembros activos.

El nuevo movimiento de los años 1859-1860 tenía aún otra consecuencia. Los empresarios, quienes se referían siempre a la competencia externa en su enfrentamiento con los sindicatos, comenzaron a amenazar con la importación de mano de obra de bajo costo desde el exterior. Como lo demostraba la competencia de los trabajadores alemanes en los campos de la sastrería y de la panificación, no era una

amenaza vacua. Es verdad que los trabajadores ingleses lograron un aumento del salario real mediante la reducción de la jornada de trabajo, aún en ausencia de aumentos directos del jornal, pero la competencia de los trabajadores provenientes del continente amenazó con llevar nuevamente el salario y las condiciones de trabajo al nivel existente en el continente.

En el mercado mundial de la época, las diferencias salariales eran mucho más marcadas de lo que son en la fase actual. La lucha por iguales condiciones de trabajo, que ya era una de las tareas principales de los sindicatos al interior del país, debía alcanzar también al continente. La propaganda internacional por la unidad sindical se volvió entonces una necesidad vital para los trabajadores ingleses. En sus círculos más avanzados surgió la exigencia apremiante de establecer relaciones con los trabajadores del continente, particularmente con los franceses, belgas y alemanes.

La relaciones del movimiento obrero inglés con los obreros y artesanos franceses. El rol de los exiliados alemanes en Londres. El eco de las grandes cuestiones internacionales.

La segunda gran huelga de los obreros de la construcción tuvo un gran efecto propagandístico. Ya la primera había tenido una gran cobertura en la prensa americana y continental, sin excluir a la rusa, pero la segunda fue aún más lejos. Es entonces muy probable que ya durante esta huelga se estableciesen algunos contactos entre los trabajadores franceses e ingleses. Howell (en 1878) sostiene que los trabajadores de París enviaron a los trabajadores ingleses no solamente un mensaje de simpatía sino también un subsidio financiero (y en esta ocasión nombra a Tolain). Lamentablemente, no hay confirmaciones disponibles de este hecho específico por otras fuentes.

De todas formas, aún si Howell se equivocase sobre el rol jugado por Tolain, hay otras pruebas de la atención despertada entre los trabajadores de París por las luchas de los obreros de la construcción ingleses. Los mismos positivistas ingleses que defendieron tan enérgicamente los

intereses de los trabajadores en huelga, sirvieron como intermediarios. James Winstanley, por ejemplo, en agosto de 1861 dio un discurso en la *Société Positiviste de Paris*. Un miembro de la asociación, Fabian Magnin, carpintero, publicó la *Lettre sur la grève des ouvriers du bâtiment à Londres* (*Carta sobre la huelga de los obreros de la construcción de Londres*), traducida también al inglés.

El medio de comunicación más eficiente venía dado por los exiliados de las varias nacionalidades que se habían establecido en Londres. El punto de referencia de la emigración proletaria alemana era en la época la *Kommunistische Arbeiterbildungsverein* [C.A.B], cuyos miembros eran reclutados en su mayoría entre los artesanos especializados (sastres, pintores, relojeros), activos en el movimiento sindical inglés.

La mayoría de los trabajadores franceses había emigrado a América o había regresado a Francia luego de las amnistías de 1856 y 1859. En la época, entonces, en la emigración francesa (hacia Londres), al igual que en la polaca e italiana, los representantes de la *intelligentzia* revolucionaria eran mayoría. Rápidamente los sucesos políticos de la primera mitad de los años '60 dieron a la emigración polaca y particularmente a la italiana un relieve y una popularidad entre los trabajadores ingleses desvinculada de la presencia de elementos proletarios en sus filas. Sólo entre los exiliados alemanes encontramos trabajadores como Eccarius, Lessner, Lochner, Pfander, Kaub, quienes entraron en contacto directo con los trabajadores ingleses y sus dirigentes.

De todas formas, no fue solamente la necesidad de la lucha sindical lo que reencendió [entre los trabajadores ingleses] el interés por los compañeros del continente, interés que había mermado de a poco luego de la revolución de 1848. Fue muy importante también el cambio de la situación política a partir de 1858: tal cambio, junto al resurgimiento de la actividad política en el país, despertó nuevamente los sentimientos internacionales de los trabajadores ingleses que dirigieron su atención hacia los sucesos políticos del resto del mundo.

Una participación directa de los trabajadores ingleses en la actividad legislativa no era posible porque no estaban representados en el parlamento. Podían utilizar sin embargo medios externos al parlamento, organizar reuniones y manifestaciones, con el fin de ejercer presio-

nes sobre el parlamento desde afuera, método que ya había sido aplicado con éxito. Durante la guerra de Crimea habían apoyado intensamente la política anti-rusa. Así, cuando al final de los '50 se reinició la lucha de las nacionalidades oprimidas, encontró la más calurosa simpatía entre los trabajadores ingleses. Particular favor encontraba la causa de la independencia italiana.

En 1859 la cuestión italiana no suscitaba aún gran entusiasmo; era un momento en el cual las relaciones entre Inglaterra y Francia eran muy tensas. El intento de Palmerston de hacer operativa una ley contra los exiliados sobre la actividad conspirativa, condujo a la derrota de su administración a causa de tumultuosas manifestaciones fuera del parlamento; el 19 de febrero de 1858 debió dimitir. El proceso en Londres contra Simon Bernard, cómplice de Orsini (autor de un atentado contra Napoleón III en enero de 1858), dio a sus defensores la ocasión de estigmatizar la acción de la policía napoleónica y el acusado fue absuelto por la magistratura inglesa. Las amenazas del ejército francés causaron impresión, y en Inglaterra se volvió a hablar del peligro de invasión. El movimiento de los voluntarios, nacido como consecuencia de este temor, encontró también el favor de los trabajadores.

Dadas las circunstancias, la misión "liberadora" de Napoleón III en

Italia no podía encontrar grandes simpatías, y la paz de Villafranca, que preveía una confederación con la presidencia honorífica del Papa en lugar de una Italia unificada, provocó indignación en Inglaterra, en Francia y en la misma Italia. La presión de la opinión pública fue notable y hasta Palmerston —reelecto primer ministro en junio de 1859, luego del agravamiento de la coyuntura internacional— se guardó bien de prestar ayuda a Napoleón III, incluso en el plano formal.

Las cosas cambiaron cuando, inmediatamente después de la aneación de Niza y Saboya a Francia, Garibaldi inició en mayo de 1860 su marcha de los Mil con el desembarco en Sicilia, en la ciudad de Marsala. Todas las peripecias de este acontecimiento fueron seguidas con una tensión febril y la figura de Garibaldi se convirtió en la época en la más popular de Inglaterra.

En él se festejaba y se admiraba al mismo tiempo al libertador de su pueblo y al adversario del Papado. Entre los defensores más apasio-

nados de la causa italiana encontramos a Odger, Cremer, Charles Murray, Trimlett, Hartwell, Potter. Fueron ellos quienes organizaron la presión externa al parlamento junto con los radicales, obligando al gobierno inglés a vetar el plan de Napoleón III de una acción contra Garibaldi.

Según el ya citado Howell, los trabajadores italianos hicieron, ya en 1861, el intento de dirigirse directamente a los trabajadores ingleses. Se trata de un mensaje de los trabajadores napolitanos del 17 de diciembre de 1861, enviado al Trades Council de Londres, al cual el Trades Council había respondido a su vez comienzos de 1862.

Muy pronto se tuvo la oportunidad de entrar en relaciones directas con los trabajadores continentales, a través de los exiliados. En mayo de 1862 fue inaugurada en Londres la tercera Exposición Universal, que fue visitada también por las delegaciones de trabajadores de varios países. La delegación más numerosa fue la francesa. Y es sobre la situación francesa que nos detendremos ahora.

La situación en Francia. El desarrollo económico de los años '50, el crecimiento de la población obrera.

El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 [de Napoleón III] suscitó la oposición de una parte de la burguesía, pero para sus autores –cuya base social estaba constituida por el clero, por los campesinos y por la mayor parte de la burguesía que detestaba al “espectro rojo”– era claro que este nuevo régimen habría podido sobrevivir sólo si hubiese alcanzado a ganarse el apoyo de las masas de trabajadores urbanos, de cuyas filas surgía gran parte del ejército republicano. Así, mientras cada movimiento independiente de la clase obrera fue reprimido de manera despiadada, al mismo tiempo se buscó satisfacer las necesidades materiales de las masas.

El decreto del 25 de marzo de 1852 incluyó directamente en una serie de artículos del código penal y en la ley de 1834 a todas las reuniones públicas, anulando así casi por completo la libertad de reunión. El decreto del mismo año sobre las sociedades de socorro mutuo y la

transformación de las magistraturas del trabajo (*Conséils des Prud'hommes*), el endurecimiento (con la ley del 22 de junio de 1854) de las regulaciones sobre las libretas de trabajo (que entregaban a los trabajadores al arbitrio de la policía), los abusos incesantes hacia todas las asociaciones cooperativas que se habían constituido antes de 1851, la ejecución rígida de las prohibiciones de asociación; todo esto debía dar el golpe de gracia al movimiento de los trabajadores.

Pero a la par de estas medidas de policía había también intentos por parte del imperio de reconciliar a los trabajadores con el nuevo régimen mejorando su situación material, dando vida a una especie de “socialismo imperial”. Con el decreto del 22 de enero fueron liberadas subvenciones a todas las sociedades de socorro mutuo “autorizadas”, utilizando el patrimonio confiscado a los Orleans. El 27 de diciembre fue fundada la *Caisse de service de la Boulangerie* para asegurar al pueblo pan a bajo precio. Se pusieron en pie diversos entes asistenciales para el obrero y, sobre todo, fue lanzado un plan de empleos públicos: ferrocarriles, telégrafos, grandes construcciones en París, Marsella, Lyon, Burdeos.

El incesante progreso económico que caracterizó a los años '50 y que fue promovido en forma especial por las numerosas instituciones de crédito mobiliario, como el *Crédit Mobilier*, creó una serie de empresas y aumentó en modo vertiginoso la demanda de mano de obra. Gracias al progreso de la técnica se desarrollaron numerosas ramas industriales nuevas, o viejas ramas encontraron una nueva base: industria metalúrgica, química, textil, azucarera. Desde 1846 a 1861 la población urbana aumentó [en Francia] en 1.712.000 personas y París, que contaba aún con 1.021.530 habitantes en 1851, alcanzó 1.825.274 en 1866.

La población obrera de París, particularmente en las industrias de la construcción, textil y alimentaria crecía impetuosamente. El rol que la capital francesa jugó durante el segundo imperio, dictando la moda en todo el mundo como una suerte de *Babilonia moderna*; promovió también el desarrollo de la producción de bienes de lujo –los *Articles de Paris*– y de manufacturas de bronce.

Parecía que el objetivo de la política “cesarista” hubiese sido alcanzado. Las experiencias de los años 1848-51 habían dejado en la clase

obrero una profunda desconfianza hacia la burguesía y los intelectuales. Las conspiraciones de los años '50, en las cuales la policía política había metido mano, encontraban siempre algunos secuaces en el círculo de los trabajadores, pero la gran masa permanecía tranquila. Los restos de las asociaciones de Cabet y Fourier sobrevivían aún, pero sus intereses se dirigían principalmente a los experimentos en el Nuevo Mundo, las colonias en Texas y Nauwoo. Los saintsimonistas, en cambio, pasaron a las filas del "socialismo imperial", esgrimiendo motivaciones ideológicas sobre la nueva especulación en la bolsa y sobre los ferrocarriles.

Los primeros síntomas de un despertar político de la clase obrera francesa tuvieron lugar durante la guerra de Crimea. Si bien tal evento bélico fue visto favorablemente por las masas en tanto se dirigía a atacar a Rusia, los titubeos políticos y la conducta militar causaron cierta agitación en la clase obrera. Pero con la conquista de Sebastopol todo volvió a la tranquilidad.

También en Francia el viraje fue causado, entonces, por la crisis de 1857-58, que hizo colapsar imprevistamente todas las ilusiones del "socialismo imperial". Todo esfuerzo por mantener el salario en un nivel que correspondiese en alguna medida al aumento incesante de los precios de los alimentos y de los alquileres, resultó en vano. No obstante la prohibición de asociación, los trabajadores habían convocado, en particular en los años 1854 y 1855, a una serie de huelgas, y habían logrado obtener un incremento del salario. Luego de la crisis de 1857 se inició un nuevo movimiento de huelga para defender los niveles salariales alcanzados. La agitación de la clase obrera fue tan vasta que, incluso en los casos en que los huelguistas fueron perseguidos legalmente, las penas fueron leves y a menudo los acusados fueron liberados rápidamente.

En 1858 el gobierno realizó una encuesta reservada que demostró que la condición económica de los trabajadores era apenas suficiente y que, como admitió el mismo economista burgués [autor de la encuesta], la situación en la industria capitalista era el terreno fértil sobre el cual crecía el descontento de los trabajadores.

El diario L'Esperance. Napoleón III busca en algunos estratos de obreros un apoyo contra la burguesía republicana y el clero católico.

No fue sin embargo sólo el cambio en la situación económica lo que obligó al imperio a echar lastre, y conceder una mayor libertad de movimiento a la lucha económica de la clase obrera. También las condiciones políticas aconsejaron hacer algunas concesiones liberales. La reacción, que había encontrado un terrible nuevo medio de represión en la "ley de la seguridad" después por atentado de Orsini, no duró demasiado. La guerra por la independencia italiana, llevada a cabo contra la voluntad del clero, provocó un gran entusiasmo en la población obrera. Cuánto era profundo este interés fue demostrado por las explosiones de indignación que hubo en París cuando llegó la noticia de las condiciones de los prolegómenos de la paz de Villafranca. Fueron arrancados de las paredes los manifiestos con las noticias que llegaban por telégrafo. En el barrio de St. Antoine (en París) hubo enfrentamientos con la policía.

El imperio ya no podía retirarse, todo intento de impedir la unificación de Italia por la vía armada y de salvaguardar las condiciones de la paz de Villafranca, habría fomentado ulteriormente la atmósfera revolucionaria al interior de Francia. Por otra parte, era igualmente claro que el desarrollo ulterior de la cuestión italiana sólo habría aumentado el descontento del clero. Sólo la clase obrera y la pequeña burguesía podían representar un contrapeso; por eso se dieron los primeros pasos hacia un "imperio liberal" y un nuevo acercamiento a Inglaterra.

La primera concesión fue la amnistía del 17 de agosto de 1859, la cual permitió a todos los exiliados retornar a Francia y entreabrir las rejas de las cárceles a los combatientes de la revolución. También la prensa pudo respirar más libremente. El decreto de 1852 que pesaba como plomo no fue todavía derogado, pero la rígida vigilancia disminuyó. El partido republicano podía recomenzar su lucha y la vida política renació, no sólo en París, sino también en las provincias.

Al mismo tiempo, comenzó el intento por ganar la adhesión de esos elementos de la clase obrera que, bajo ciertas condiciones, tendían a re-

nunciar a la agitación republicana y a apoyar al imperio. El representante principal de las tendencias liberales y anticlericales en la familia imperial fue el príncipe Napoleón, sobrino del emperador. Este tenía lazos amigables con los exiliados de distintas naciones, con los alemanes (Karl Vogt), los polacos, los húngaros y los italianos. Su hombre de confianza fue Armand Lévy, quien se había hecho notar ya en la revolución de 1848 y quien era el educador de los hijos de Mickiewicz, el famoso poeta polaco.

En el otoño de 1859, Lévy fundó en Ginebra un gran diario internacional en lengua francesa: *L'Espérance*. Este diario defendió de manera extremadamente apasionada a todas las nacionalidades oprimidas, a la italiana en particular, atacó a fondo a Austria, y desde el principio dedicó un espacio significativo a la cuestión obrera. Se la podía leer en la sección especial *Tribune des Travailleurs*, en la cual Pierre Vinçard publicó por primera vez sus renombradas monografías sobre los trabajadores de París. Además, Lévy había alcanzado a reunir a otros tipógrafos y litógrafos, Davaud, Parrot y Coutant, como colaboradores. El programa político era una síntesis de los reclamos más urgentes de los trabajadores: abolición del párrafo 1781 del código penal; medidas en contra de los lujos; libertad de asociación; en una serie de artículos fue descrito el movimiento de huelgas en Inglaterra y subrayada la importancia de la organización sindical.

L'Espérance defendió también la nueva política comercial, inaugurada con el acuerdo anglo-francés del 23 de enero de 1860 que malhumoraba notablemente a parte de la burguesía industrial. A las amenazas de los fabricantes de cerrar las fábricas, Lévy le opuso la tesis de la eventual expropiación a favor del interés público.

El decreto del 24 de noviembre de 1860, que amplió los derechos del cuerpo legislativo y permitía la difusión del texto de los debates, dio a la prensa un nuevo espacio. Era posible defender en París el programa sostenido por *L'Espérance* y los principios de la democracia imperial.

Fue la *Opinion Nationale* quien asumió este trabajo. También éste era publicado con la ayuda del príncipe Napoleón, bajo la dirección del ex-saintsimonista Adolphe Guérault. Uno de los redactores más influyentes era el mismo Lévy, quien continuó su campaña a favor de la de-

mocracia imperial en el nuevo diario. Junto a los trabajadores con quienes aún mantenía relaciones desde tiempos pasados, publicó una serie de fascículos con el título general de *fascículo obreros*.

“En el grupo de los trabajadores que participaron de estos fascículos rojos –dice el profesor W. Lexis– había algunos hombres que tenían una influencia significativa sobre sus compañeros. El herrero de lámina Chabaud fue presidente de la Unión; el carpintero Wanschooten, presidente de la caja de socorro mutuo de su oficio, la liga de aprendices de Devoir; Coquard, presidente de la Sociedad de socorro mutuo de los encuadernadores; Derouar, presidente de Alliance de la Cordonnerie. El compositor Coutant fue electo delegado de los tipógrafos para la comisión mixta de los salarios de diciembre de 1861; lo mismo para los compositores Baraguet y Viguiet, el primero de los cuales había recibido más de 2.400 votos en la reunión de 3.000 de sus compañeros y el otro casi 2.000”.

El primer fascículo de los *Brochures ouvrières* está dirigido contra los orleanistas y en algunos artículos defiende “de los colores bizantinos” a la política del imperio a “favor” de los trabajadores. Los autores esperaban que el emperador siguiera una política de reformas que habría consolidado la unión entre el imperio y la clase obrera. Las reivindicaciones de los trabajadores fueron discutidas más a fondo en otros dos fascículos. El reclamo principal era la abolición de todos los obstáculos para la constitución de asociaciones de trabajadores. Pero esto –como veremos– no equivalía siempre al reclamo de eliminar todas las prohibiciones de asociación.

De hecho, los trabajadores que se reagruparon en torno a Armand Lévy, apuntaban sólo a una representación profesional en la cual no sólo los empresarios tuviesen la palabra. Las nuevas corporaciones a las cuales se unieron los trabajadores, no eran sindicatos. Estas *Chambres corporatives* –como las cámaras de comercio y las cámaras sindicales de los empresarios que se ocupaban de los intereses de los capitalistas– se esforzaron mucho por mejorar las condiciones materiales e intelectuales de los trabajadores, pero eran sobre todo corporaciones reformadas, idóneas para cada oficio particular, que presuponían una colaboración de los empresarios y excluían el instrumento de la huelga. Las condiciones de 1843, que habían resistido también a la prueba de la re-

volución de 1848, eran el ejemplo y, no casualmente, las posiciones favorables al imperio eran ampliamente representadas justamente entre los tipógrafos.

Pero la realidad de los hechos demostró que era muy difícil lograr la completa armonía entre los intereses del capital y el trabajo, incluso para este oficio que [por sus tradiciones corporativas] se proponía como modelo. El 17 de mayo de 1861 los tipógrafos enviaron a los empresarios una petición con 2.682 firmas, donde sostenían la necesidad de recomponer sus salarios respecto del aumento de precios en alimentos y alquileres, y solicitaban una comisión mixta sobre los salarios. Transcurrieron algunos meses antes de que, el 5 de diciembre, la alianza sindical de los empleadores consintiera. Los trabajadores eligieron a sus representantes durante una reunión autorizada por el prefecto de policía. 2.953 obreros participaron en la votación y el primer delegado, Baraguet, recibió 2.404 votos.

La primera reunión de la comisión mixta sobre salarios tuvo lugar el 9 de enero de 1862. Inmediatamente después de esta reunión, para romper la resistencia de los trabajadores, un capitalista empezó a emplear a un cierto número de trabajadoras por un salario más bajo. Otros dueños de empresas tipográficas siguieron el ejemplo. Se llegó a la huelga. Los dirigentes de la lucha (Gauthier, Moliner y Parrot) fueron a prisión, perseguidos legalmente y condenados.

Es verdad que después fueron perdonados. Pero finalmente, también entre los tipógrafos empezaron a surgir posturas que consideraban a la derogación de toda prohibición de asociación como una tarea a la orden del día. Toda esta vicisitud debilitó la influencia de Armand Lévy; él defendía los reclamos de los tipógrafos en la *Opinion Nationale*, pero pudo ser de escasa ayuda en la lucha, a pesar de su relación con el príncipe Napoleón.

Lévy tuvo más suerte con otra iniciativa. Surgió de su grupo, de hecho, la propuesta de constituir una delegación de trabajadores para la Exposición Universal de Londres. Las consecuencias de esta acción fueron totalmente diferentes a lo que Lévy esperaba, pero él se constituyó como el principal nexo entre los trabajadores y el Príncipe Napoleón, presidente de la comisión francesa para la Exposición.

Las Exposiciones Universales y la participación de delegaciones obreras. La política del "socialismo imperial" en Francia.

En ocasión de la primera Exposición mundial de 1851 en Londres, algunos obreros franceses elegidos por los empresarios, habían sido enviados a visitarla a expensas del Estado. Sin embargo, a sugerencia de Adolphe Blanqui [economista, hermano del revolucionario Louis Auguste] y de Emile de Girardin, fue formada también una delegación independiente. Eran en total 15 delegados, entre los cuales figuraba Pierre Vinçard, como representante de los grabadores. En el informe redactado por esta delegación no hay indicios de un intento de establecer un contacto permanente con los trabajadores ingleses; en cambio, se pone el acento en la necesidad de relaciones pacíficas entre Inglaterra y Francia. Allí se lee:

"Trabajadores, si les hablan del pueblo inglés con odio y rabia, si les dicen que es un enemigo desde siempre de Francia, no lo crean. Intenten superar este prejuicio. Eso debe ser interpretado como todas las mentiras, contrarias, como tales, a la causa de nuestra emancipación. Los proletarios ingleses no gozan de una condición mejor que la nuestra y hay quien sostiene que es incluso peor. Ellos están como nosotros, sometidos sin tregua al trabajo. La felicidad, como lo es para nosotros, no es aún una realidad, es sólo una esperanza. ¿Por qué entonces ser enemigos y no hermanos? ¿Inglaterra no le ha dado acaso a las víctimas de nuestras discordias generosa hospitalidad?"

Si los gobiernos son tan insensatos como para odiarse, los pueblos deben dar un ejemplo de sabiduría y repetir: ¡paz, paz universal!"

Eso había ocurrido antes del primer golpe de Estado. En 1855 tuvo lugar la segunda Exposición Universal, esta vez en París. Las delegaciones de los trabajadores, tanto de la capital como del interior, fueron excluidas totalmente. Se temía que la Exposición pudiera dar a los trabajadores una posibilidad para organizarse.

Pero como vimos, en 1862 la situación había cambiado. Cuando el grupo que estaba alrededor de Lévy tomó la iniciativa de promover una delegación de trabajadores [para la tercera Exposición Universal], es-

ta propuesta obtuvo el inmediato apoyo de algunos industriales y de la prensa.

Inicialmente, el grupo se dirigió al emperador, tomando en cuenta su simpatía por Italia, con el fin de pedir subsidios para enviar una delegación a la Exposición italiana que se desarrollaba en Florencia. La solicitud presentada al emperador en septiembre de 1861 obtuvo una respuesta negativa, fechada el 22 de noviembre, dada por el ministro de Comercio y Agricultura Rouher. Este decía: *"Debo hacer notar que la Exposición de Florencia es puramente nacional y parcial, ningún fondo está a disposición del gobierno para gastos de viaje o alguna misión de esta naturaleza"*.

Con esta respuesta se los invitaba evidentemente a dirigirse a la comisión ya constituida para la Exposición Universal de Londres, cuyo presidente era el príncipe Napoleón. Los trabajadores accedieron de buena gana.

Mientras, la cuestión era discutida en los diarios. El impulso vino de un fabricante de Lyon, Arlès Dufour, que era un ex saintsimonista y que tenía una relación muy amigable con el príncipe Napoleón. Desde el principio, en una entrevista dada a un colaborador del *Progrès de Lyon*, y luego en una carta dirigida a la redacción del mismo diario, Dufour hizo hincapié en la importancia de una delegación de ese tipo y recomendó a los trabajadores organizar una colecta para cubrir los costos de esta iniciativa. Esta propuesta encontró el apoyo de los diarios, el *Temps* y en particular la *Opinion Nationale*, que incorporó en una nota a la carta de Arlès Dufour el consejo de que los trabajadores "se ayuden por sí mismos".

Este artículo ofreció la primera ocasión de una réplica pública al representante de otro grupo de trabajadores de París, quien hasta el momento se había mantenido en silencio. Se trataba de Henry Tolain, un cinkelador altamente especializado.

La intervención de los seguidores de la teoría de Proudhon en el debate que precede a la formación de la delegación de obreros franceses para la exposición de Londres.

Tolain, proudhoniano convencido, era escéptico respecto de la democracia imperial. Junto con sus colegas tomó una actitud intermedia, aunque más distante de los pocos trabajadores que constituían, junto a los estudiantes revolucionarios, los extintos cuadros del nuevo grupo organizado por Auguste Blanqui después de la amnistía, que de los trabajadores simpatizantes del imperio.

Era un adversario declarado del comunismo y de cualquier acción directa contra el régimen político existente. Si bien se declaraba republicano, creía en la posibilidad de conquistar las instituciones democráticas en forma pacífica, utilizando sistemáticamente todas las posibilidades legales y con una actividad rígida de educación de los trabajadores. Como condición indispensable para esta agitación política, puso en primer plano el reclamo de la libertad de asociación y reunión y la creación de instituciones educativas para los trabajadores.

Fueron éstas las reivindicaciones que acercaron a Tolain y a sus compañeros a los trabajadores simpatizantes del imperio, quienes creían sinceramente que este último, habiendo ayudado a las corrientes anticlericales después de la guerra italiana e inaugurado la política del libre cambio, habría garantizado también otras concesiones políticas.

Tolain dirigió una carta abierta a la redacción de *Opinion Nationale*, en la cual desarrolló el punto de vista de su grupo. También él creía que los trabajadores debían ayudarse por sí mismos. ¿Por qué entonces —se preguntaba— no lo hacen? Cuando la iniciativa viene desde lo alto, de las autoridades gubernamentales y de los empresarios, provoca la desconfianza de los trabajadores porque se sienten dominados y limitados en su libertad. Pero una iniciativa desde abajo está destinada a encontrar obstáculos insuperables, porque cada intento de los trabajadores por organizarse, por constituir una comisión, por organizar una reunión, puede volverse para ellos incluso peligroso.

Queda entonces una sola salida, decirle a los trabajadores: *"son libres, organicense, alcancen sus intereses por ustedes mismos, no pondremos obstáculos. Nuestra ayuda, si la necesitan, si lo creyeran necesario, será completamente desinteresada y mientras se mantengan dentro de estos límites, no intervendremos"*.

La carta provocó el interés general. Es muy probable que sólo después de esto se haya producido el acercamiento entre el grupo de Tolain y los trabajadores filomonárquicos. Una cosa es cierta: previamente, Tolain no tenía ninguna relación con el grupo de *L'Espérance*, del cual sólo su futuro amigo, Perrachon, era miembro. Quizá fue Armand Lévy, que en su carácter de redactor de la *Opinion Nationale* podía conocer al autor de la carta, quien ofició de intermediario.

De cualquier forma, Tolain fue consultado después de su carta. Sólo a partir de entonces su nombre figura entre las firmas que encontramos en el petitorio de los trabajadores al príncipe Napoleón, y cuando quienes reclamaban recibieron una respuesta positiva, con la recomendación de mandar una delegación al príncipe Napoleón; fueron designados Chabaud, Countant y el mismo Tolain. Después de este coloquio, los trabajadores presentaron un boceto que regularía la composición de la delegación que se enviaría a Londres, y se vieron obligados a conceder a Tolain y a sus compañeros algunos cambios.

La diferencia principal con el plan precedente era la siguiente: la comisión de trabajadores que debía dirigir las elecciones para la formación de la delegación, sería electa por los presidentes de las Cajas de socorro mutuo de los diferentes oficios en lugar de que, como estaba previsto anteriormente, lo fuese por los miembros de las magistraturas del trabajo, quienes eran elegidos al azar. No obstante, la oposición del prefecto de la policía, Boitelle, quien declaró que prefería la derogación de la ley en contra de estas asociaciones a permitir estas elecciones; los trabajadores obtuvieron el permiso a fines de enero de 1862, y ya el 2 de febrero la comisión se constituyó con Chabaud como presidente, Wanschooten como vicepresidente, Coulant como secretario y Coquard como tesorero. El 21 de febrero, la misma publicó un llamamiento a todos los trabajadores de París.

Todo trabajador en condiciones de demostrar que era un obrero, podía participar de las elecciones. En total fueron instaladas 50 secciones electorales para 50 profesiones, con 150 tipos de especializaciones diferentes. Casi 2.000 trabajadores votaron y eligieron a 200 delegados. Para cubrir los gastos, la comisión imperial de la Exposición y la ciudad contribuyeron con 20.000 francos cada una. Además, se hizo una

colecta en las fábricas con una recaudación —según Tolain— de 13.000 francos. Una particular energía en relación a las colectas se demostró en la corporación industrial, en la cual Tolain era muy influyente. En promedio, cada delegado recibió 200 francos, incluida una pequeña contribución para la familia.

Antes del fin de las elecciones, la comisión publicó un texto donde estaban explicados la historia y los objetivos de esta delegación. En el prefacio, firmado por L. B. Vasseur, se acentuaba la tarea puramente técnica y profesional de la delegación. Allí se lee:

“El nuevo tratado comercial impone a los obreros, a los industriales y al Estado, grandes obligaciones. La objeción más grave al libre comercio es que las salidas que los ingleses buscan con fatiga en cada parte del mundo, vendrían ahora a buscarlas en Francia; para luchar contra la competencia, los dirigentes industriales se verían obligados a producir al más bajo costo posible, y como consecuencia de la progresiva y forzada reducción de los salarios, los obreros ingleses afluirían a Francia. Es importante demostrar que tales temores no tienen fundamentos”.

De esta manera, la delegación tuvo el deber de sacar las dudas a una parte de la burguesía industrial, la cual ya irritada por el tratado de comercialización con Inglaterra, era muy escéptica sobre el futuro de la industria francesa y sobre su capacidad para competir con la inglesa.

La introducción se cerraba con el augurio de que entre Inglaterra y Francia hubiera armonía: *“llegará el día en el cual no habrá más realidad de clases en la nación, sino buena armonía en las fábricas; en el cual, con el desarrollo de la fraternidad entre los pueblos, se podrá decir ‘el estrecho no existe más’ con mayor fundamento que cuando hace un tiempo se decía ‘los Pirineos no existen más’, o que cuando hoy se dice ‘los Alpes no existen más’”.*

Countant escribió algunas consideraciones sobre el significado de las delegaciones. Los obreros tenían que cumplir escrupulosamente con sus tareas para demostrar fehacientemente el progreso de su formación y de su capacidad. Las delegaciones constituían por esto el punto de partida de un nuevo desarrollo, el primer paso al que otros seguirían. Chabaud ilustró las ventajas que las Exposiciones Univer-

sales podían ofrecer a los obreros, instándolos a elegir como delegados sólo a los más capaces. Coquard elaboró un balance sobre las delegaciones de 1851, atribuyendo el fracaso al hecho de que no habían sido formadas a partir de elecciones generales, como sí había ocurrido con las últimas.

Tolain, en su artículo de clausura, describió la necesaria evolución del mundo de la industria hacia el libre cambio. A su modo de ver, la división del trabajo, fuente de progreso en el interior de cada país, constituía también la fuente de progreso al interior del consenso entre las naciones. En este sentido, el acuerdo comercial francés con Inglaterra, como también con Bélgica, constituían una bendición para los tres pueblos. Como medida contra la consecuencia no favorable de la creciente división del trabajo, puso en evidencia la instrucción profesional, en la cual veía la garantía de la pacífica solución del problema de la pauperización.

Así eran formulados los deberes de la delegación obrera por los dirigentes de la gran mayoría de los trabajadores parisinos, éstas eran sus opiniones en las vísperas del viaje. La salida del primer grupo fue el 19 de julio, la del último el 15 de octubre de 1862.

Delegaciones similares a Londres partieron, no sólo del departamento de Sena y de París, sino también de otros departamentos. Después de la de París, las más numerosas eran las delegaciones de Amiens (40 delegados) y la de Lyon (60 delegados). Esta última estaba formada por los elementos más avanzados entre los obreros de Lyon: Emile Richard, Monet, Milcent, Domenget, Faure.

Según un cálculo oficial, durante 1862 alrededor de 750 obreros franceses, elegidos por sus compañeros o por orden de los propios empresarios, visitaron la Exposición Universal de Londres.

La Exposición Universal de 1862, la reunión de agosto en Freemason's Hall y su real relevancia como lugar de origen de la Primera Internacional.

La llegada de una gran delegación obrera era un acontecimiento que no podía pasar inadvertido en los círculos proletarios ingleses ni

entre los inmigrantes franceses en Londres. Es comprensible que el carácter oficial de la delegación, la manera en la cual se había constituido, causaran poca confianza en el seno de los inmigrantes revolucionarios y republicanos. Esta circunstancia explica, quizá, por qué la idea de organizar una recepción solemne fue impulsada sólo por la redacción de un órgano del movimiento cooperativista, con el cual colaboraban algunos miembros de la inmigración francesa. Joseph Collet era parte de la redacción y Alfred Taladier, propagandista del movimiento cooperativista también en sus escritos para los diarios franceses, aparecía frecuentemente como autor. El periódico era *The working man. A political and social Advocate of the Rights of Labour and a monthly record of Cooperative Progress.* (*El obrero. Defensa social y política de los trabajadores y resumen mensual del proyecto cooperativo.*)

En julio, por iniciativa de la redacción del *Working Man*, fue constituido un comité para preparar una recepción solemne a los obreros franceses. La reunión, organizada y patrocinada por políticos e industriales, fue anunciada en la primera hoja del *Working Man* para el 5 de agosto en la Freemason's Hall, Great Queen Street, Lincoln's Inn Fields. Tenía que presidir el miembro del parlamento H. B. Sheridan. Entre los participantes mencionados también están J. Morton Peto, W. S. Clay, R. Clifton, Joseph Paton.

La participación de Peto, uno de los principales dirigentes de los empresarios en sus enfrentamientos con los obreros rurales, se explica considerando que el Trades Council de Londres, dirigido por representantes de los obreros rurales, se mantuvo alejado de esta iniciativa. Acerca de la reunión, a menudo considerada como el origen de la AIT, tenemos dos informes: el inglés, más detallado, y el francés, más sintético.

La reunión tuvo lugar como estaba planeada pero no fue presidida por Sheridan, sino por I. A. Nicholay, "el viejo amigo del pueblo", como lo define el informe inglés. En su discurso de apertura invitó a todos los oradores "a la moderación, en consideración de la voluntad del Comité que desea evitar en esta 'fiesta' fraternal, toda alusión política que pudiera conducir a polémicas".

El secretario E. Harris leyó entonces algunas cartas en las cuales varios exponentes políticos se declaraban a favor de los objetivos de las

reuniones. Había también una carta del Premier inglés Lord Palmerston: *"Envía a Usted la contribución prometida para la reunión. Me complace que Ud. esté organizando la bienvenida a los obreros franceses llegados a visitar nuestra Exposición y espero les explique que entre las fábricas inglesas y las francesas tiene que haber un espíritu de reconocimiento, nunca de envidia"*. Esta carta resumió el tema de fondo de toda la asamblea.

Tampoco en el discurso de los obreros ingleses, que fue leído primero, había rastros de la hostilidad que caracterizaba poco tiempo atrás a las relaciones entre los empresarios ingleses, como M. Peto, y los obreros. En nombre de los trabajadores ingleses tomó la palabra quien estaba profundamente convencido de que *"una buena relación con los patrones es la única manera de resolver los problemas actuales"*. Se reconocía claramente que el desarrollo de la maquinaria, la utilización creciente del vapor y de la electricidad, cambiaban continuamente las condiciones sociales llevando a una reducción en la demanda de obreros. Esto planteaba importantes interrogantes. *"¿Qué hacer con los desocupados? ¿Tienen que permanecer improductivos y, como potenciales competidores, condenados a morir de hambre? ¿Deben ser subvencionados por aquellos que trabajan? No pretendemos resolver solos este problema, sino que pensamos que tiene que ser resuelto con la contribución de todos: teóricos y economistas, hombres de Estado, historiadores, empleadores y obreros de todos los países"*. El discurso se cerraba con la esperanza de alcanzar *"vías de comunicaciones en el ámbito internacional"*.

Los franceses contestaron con gran entusiasmo. Se auspiciaba la superación de las diferencias nacionales entre Francia y Inglaterra: *"aunque con idiomas diferentes, ¿no expresamos acaso las mismas ideas? Basta, entonces, del loco odio entre naciones. La clase trabajadora de todas las naciones tiene que marchar junta hacia la conquista de la libertad"*.

A pesar de todos los esfuerzos de los organizadores por mantener rigurosamente apolítico el carácter de la reunión, en los discursos de algunos participantes se escucharon notas disonantes; pero de conjunto, la orientación fue la programada, como resulta claro de ambos

informes. Tampoco en el discurso del viejo cartista Charles Murray se habló de la lucha de la clase obrera contra los empresarios. Ningún orador hizo mención a la necesidad de una coordinación internacional permanente entre los trabajadores de los diferentes países en su lucha por la emancipación. Los intereses de la industria, como se ve también en el discurso inglés, fueron considerados prioritarios, y se puso mucho énfasis en la necesidad de un acuerdo entre obreros y empresarios como la única vía para mejorar la desgraciada situación de los trabajadores. También en el discurso de Melville Glover, que tuvo la función de traductor y expresó el augurio de fundar un comité obrero, se habla de intercambio de noticias y de informaciones relativas a la industria a nivel internacional.

Hemos subrayado desde el comienzo, que las manifestaciones de bienvenida no habían sido preparadas sólo por los obreros ingleses. La mejor prueba está dada por la carta de Palmerston, y nada puede caracterizar mejor esta reunión que el discurso inglés y el discurso de Melville Glover, en los cuales ciertos estudiosos quisieran ver en germen incluso a toda la AIT.

Sin embargo, hemos observado que los verdaderos dirigentes de los obreros ingleses no tuvieron nada que ver con esta reunión. Ninguno de ellos compareció como orador y faltó cualquier mención al Trades Council. No podemos, por esa razón, considerar a estas reuniones como originarias de la AIT, y tampoco al discurso inglés que allí fue leído como su acta de nacimiento. Esta leyenda encuentra su explicación en las condiciones particulares en las cuales la AIT se desarrolló más tarde en Francia.

Es verdad que esta visita, con sus consecuencias indirectas, tuvo gran significación como parte del camino al entendimiento entre los obreros ingleses y franceses. Veremos también cómo el contacto personal con los compañeros ingleses y el conocimiento de sus condiciones dieron rápidamente sus frutos. Probablemente con la mediación de algún miembro de la inmigración, seguramente algunos delegados franceses, entre los cuales Tolain, entraron en contacto con los dirigentes sindicales ingleses. Esto es confirmado por el mismo Tolain. El agrega, sin embargo, que en un principio las relacio-

nes fueron más bien modestas. Más tarde mejoraron, pero el impulso fue dado por los nuevos acontecimientos que no dependían de ninguna manera de la Exposición Universal de Londres.

Como intermediarios pudieron oficiar algunos obreros franceses que, durante su visita a Londres, habían encontrado un lugar de trabajo y se habían establecido durante un largo tiempo, por ejemplo E. Dupont, futuro secretario de la AIT para Francia. Es también posible que durante su estadía en Londres, los obreros franceses hayan establecido relaciones personales no sólo con los obreros ingleses, sino también con obreros de otras nacionalidades. Así —escribe Heligon— los delegados se encontraron con belgas, alemanes, italianos y españoles, y discutieron sobre la situación de los trabajadores en los distintos países. No sabemos si los delegados franceses conocieron a miembros de la emigración alemana.

El regreso a Francia. Los "fascículos rojos".

Una de las consecuencias más importantes de esta visita fue la escisión al interior de la misma Comisión, entre los obreros que se mantenían en el ámbito del socialismo imperial y aquellos que, bajo la guía de Tolain y su grupo, defendían la autonomía de toda tutela oficial. La ruptura tuvo lugar inmediatamente después del regreso de Londres. La comisión, que había organizado las elecciones de las delegaciones, se dividió y Vasseur, Countant y Tolain se retiraron. Según una declaración hecha por este último en 1865 y sobre la cual regresaremos en breve, presentó su renuncia cuando aún se encontraba en Londres. Tolain refirió más extensamente el origen de esta escisión frente a una comisión de sumario en 1871.

Cuánto fue de profunda la impresión del viaje a Inglaterra sobre los delegados, resulta de los informes publicados a su regreso.

"Estos informes —escribe el profesor Lexis, quien los ha recabado— son por un lado una suerte de continuación de los "fascículos rojos"; por otro, inauguran con tono relativamente moderado la serie de comunicados obreros que desde entonces, y con un carácter cada vez más definido, han acompañado a las Exposiciones Universales.

Los orígenes de la primera internacional

Sólo unas pocas de las 53 ponencias se limitan a los aspectos puramente técnicos, la mayoría describe, a menudo en forma interesante, también las condiciones particulares de sus fábricas, establecen comparaciones con las condiciones inglesas y formulan propuestas para el mejoramiento de la situación de los obreros. Derecho de asociación, reunión y coalición son los principales reclamos, constantemente repetidos. Muy en particular, sin embargo, los delegados reivindicaban, según el ejemplo de las uniones sindicales inglesas, la conformación de cámaras sindicales que tuvieran la tarea de fijar los salarios tratando con las asociaciones empresariales, o cámaras mixtas, en las cuales ambas categorías estuviesen representadas de modo paritario".

Esta exposición es en general correcta. Es necesario considerar, de todas formas, que todos estos informes fueron recabados y publicados por la comisión obrera tiempo después de que Tolain y los elementos más radicales se alejaron. Claro que la mayor parte de los informes, con poquísimas excepciones, se caracteriza por una posición absolutamente independiente en los enfrentamientos del gobierno y del príncipe Napoleón, pero la influencia del grupo de *L'Espérance* es todavía bastante notoria. Los informes son prácticamente unánimes en el reclamo de la abolición de toda prohibición de coalición, pero las cámaras sindicales promovidas por ellos son más similares a las corporaciones defendidas por Lévy que a los sindicatos ingleses.

Esto es cierto también para los informes más radicales. Ciertamente, éstos resaltan más la libertad de asociación observada en Inglaterra, pero de todas las organizaciones de los obreros ingleses, las cajas de socorro mutuo y las sociedades cooperativas parecían haber despertado un mayor interés. De cualquier forma, el ejemplo inglés dio sin lugar a dudas un fuerte impulso al movimiento por la abolición de la prohibición de coalición y tuvo gran influencia en la formación de las uniones sindicales en Francia en los años sucesivos a la visita a Londres. Esto se tradujo en la preparación y promoción del movimiento por la reducción de la jornada de trabajo con el reclamo de la jornada laboral de 10 horas.

Toda la iniciativa hizo madurar inesperadas consecuencias políticas. De hecho, el gobierno esperaba que los miles de obreros que ha-

bían participado en las elecciones de los delegados habrían votado por los candidatos del gobierno también en las inminentes elecciones de mayo de 1863, pero se había equivocado groseramente.

La oposición republicana obtuvo un gran triunfo electoral. Ganó en todas las grandes ciudades: París, Lyon, Marsella, etc. La inmensa mayoría de los obreros votó de hecho por la burguesía radical.

La crisis del sector textil refuerza los lazos entre obreros ingleses y franceses. El eco de la cuestión del esclavismo en América y de la lucha por la libertad de Polonia. La reunión internacional del verano de 1863 en St. James Hall.

Los lazos entre los obreros ingleses y franceses restablecidos después de la visita de las delegaciones, se habrían interrumpido quizá nuevamente como en el pasado, si dos acontecimientos —la crisis del algodón y la insurrección polaca— no hubieran suscitado movimientos similares en ambas orillas del Canal.

La crisis del algodón, resultado de la guerra civil americana, se agravó en la segunda mitad de 1862. En Inglaterra, la importación de algodón sin procesar se había reducido de 1.140,6 millones de libras en 1860 a 309,3 en 1862. En Francia ocurrió lo mismo. La crisis produjo graves efectos sobre las condiciones de los obreros. Según estimaciones creíbles, en octubre de 1862 se paralizaron el 62,3% de los husos y el 58% de los telares. La situación en el Lancashire era terrible. La situación de los obreros franceses no era mejor.

En noviembre de 1862 se constituyó en Londres el *Working Men's Central Committee for the relief of the distress in Lancashire*, con Odger y Cremer como principales dirigentes. El 20 de enero de 1863 apareció en la *Opinion Nationale* un llamamiento de Tolain, Coutant, Perrachon, Blanc, Kin, etc., invitando a los obreros de París a organizar colectas en favor de los trabajadores textiles franceses. Siguió otro llamamiento el 26 de enero, suscripto por Chabaud, Wanschooten y otros miembros de la Comisión Obrera que habían permanecido fieles a las directivas del Palais Royal. Esto confirma que la división de la cual ha-

blábamos arriba tuvo lugar inmediatamente después del regreso de los delegados de Londres.

A pesar de las dificultades causadas por la guerra civil americana, los obreros ingleses llevaron adelante una campaña apasionada en contra del gobierno que —como es sabido— era propenso a posicionarse del lado de los propietarios de esclavos, a la par de la burguesía y la aristocracia. A fin de 1862, tuvieron lugar grandes manifestaciones en Manchester y en Londres que enviaron a Lincoln mensajes de simpatía. Es el viejo dirigente cartista Ernest Jones quien conduce esta agitación en el Norte de Inglaterra, mientras en Londres son los mismos obreros, que ya habían sido protagonistas de la agitación por la jornada de nueve horas.

Cuando en el año nuevo de 1863 Lincoln anunció la liberación de todos los esclavos en los Estados confederados —iniciativa que el gobierno inglés calificó de acto ilegal— los obreros ingleses organizaron nuevamente una campaña de manifestaciones, entre ellas las reuniones del 4 de febrero en el Exeter Hall y del 26 de marzo en St. James Hall. En esta última iniciativa, según la crónica aparecida en el *Bee-Hive*, hicieron uso de la palabra, entre otros, Howell Cremer, Conolly. En el Comité se sentaban Odger, Charles Murray, Robert Shaw, Applegarth.

El movimiento de los obreros ingleses a favor de los estados del Norte era sin duda fuerte. De toda forma, no podemos ignorar el hecho de que entre los obreros, especialmente en Londres, había también una minoría que, aún no siendo favorable a la esclavitud, sostenía junto a parte de la burguesía, que los Estados del Sur tenían derecho a constituirse como Estados independientes. Estas simpatías por los Confederados eran precisamente una variante más de la aversión por las tendencias centralistas y no casualmente estaban más difundidas entre los trabajadores contrarios a la centralización en grandes sindicatos, es decir, los que se reconocían del grupo de Potter.

De modo igualmente enérgico pero más masivo, al inicio de 1863 los obreros ingleses tomaron posición a favor de la insurrección polaca. Hicieron todos los esfuerzos para empujar al gobierno a favor de los polacos. La primera reunión se mantuvo en Saint James Hall el 28 de abril de 1863 y fue presidida por el profesor Beesly, que ya se había mani-

festado enérgicamente a favor de la causa polaca en el *Bee-Hive*. En su discurso, Beesly criticó ásperamente la posición del gobierno inglés. Una delegación designada por la asamblea fue recibida por Palmerston, pero la respuesta fue evasiva. Sin Francia era imposible una intervención armada [en favor de Polonia]. Para acentuar la presión sobre el gobierno, se decidió organizar una nueva manifestación, esta vez con la participación de los representantes de los obreros franceses.

En París, el entusiasmo por la sublevación polaca era de hecho igualmente grande. En los talleres parisinos el destino de los polacos suscitaba grandes emociones. Los obreros organizaron colectas. La agitación fue promovida por Tolain y sus compañeros. Fue lanzada una petición, pero el emperador la rechazó. Rápidamente Tolain y sus colaboradores aceptaron la invitación de los obreros ingleses. También en París se sostenía que una manifestación común a favor de Polonia hubiera servido como una presión más eficiente sobre los dos gobiernos.

La reunión se efectuó el 22 de julio de 1863 en Saint James Hall. Presidía John Villiers Shelley, miembro del parlamento. Entre otros, hicieron uso de la palabra Stainsby, Dell, Facey, Odger y Cremer. Este último sometió a la totalidad de la política exterior de Palmerston a una dura crítica. Recordó cómo Palmerston había tratado a Hungría y expresó la convicción de que habría sacrificado también a Polonia si el pueblo inglés se lo hubiera permitido. Odger habló del mismo modo apasionado y exhortó a la guerra contra Rusia.

En nombre de la delegación francesa, guiada por el conde Zamoyzky, habló Tolain. Después del informe inglés éste dijo *“haber sido delegado, junto a sus colegas, por los obreros de París para transmitir sus sentimientos de profunda estima y afecto por sus hermanos en Inglaterra, y para incitarlos a la unidad de acción en favor de la desafortunada Polonia. Después trazó —entre grandes exclamaciones— un vívido cuadro de la dramática lucha en la cual Polonia estaba empeñada en ese momento, entre continuos esfuerzos, herida y sangrante, pero siempre indómita. Era necesario, por el bien de la cultura, que la usurpación de Rusia fuese detenida. Toda Europa junta habría tenido que intervenir, levantando la voz en nombre de toda la humanidad al grito de ‘viva Polonia’”*. (*Bee-Hive*, 25 de julio de 1863).

En la conclusión, Tolain recordó la generosidad y la hospitalidad con la cual había sido recibida en Londres, durante la última Exposición, la delegación francesa de la cual también él había tenido el honor de ser miembro. Después de Tolain hablaron también Michail Barry, Stainby y Conolly.

No hace falta exponer aquí los motivos por los cuales el objetivo inmediato de esta manifestación no fue alcanzado. Ciertamente, la agitación obligó a los gobiernos inglés y francés a volver más activa su intervención a favor de Polonia, pero sólo formalmente. Esta posición vacilante hacia Rusia fue motivo para una represión todavía más enérgica de la insurrección.

Nuevas relaciones entre obreros ingleses y franceses. El encuentro con el Trades Council de Londres y la reunión en el Bell Inn. Llamamiento de los obreros ingleses a los franceses de diciembre de 1863.

La reunión del 22 de julio de 1863 tuvo, sin embargo, otras consecuencias, que no habían sido concebidas como meta directa. En un año, los obreros franceses e ingleses se habían reencontrado juntos por segunda vez. Era obvio empezar a pensar cómo hacer más estables esas relaciones. ¿Cómo sucedió?

Los múltiples testimonios disponibles de los personajes directamente involucrados, se contradicen. Así, Fribourg cuenta que, precisamente después de este encuentro, Tolain y los suyos auspiciaron en los coloquios con los ingleses relaciones estables entre los obreros ingleses y franceses. Habrían derivado tratativas con la participación de Potter, Collet, Odger, Dupont y otros. Sin embargo, Fribourg no provee datos precisos.

El artículo anónimo en el *Times* [del 27 de octubre de 1871, se trata de un escrito de Eccarius] describe, en el contexto de una historia sintética de la AIT, los acontecimientos sucesivos del siguiente modo: *“Después de la reunión, los franceses fueron invitados a discutir en un lugar público no lejano. Hubo acuerdo en que a la noche siguiente se hi-*

ciese en el Bell Inn de Old Bailey una reunión específicamente dedicada a la hipótesis de una alianza internacional de los obreros. Se le pidió a George Odger meditar la cuestión y considerar sobre qué base se podría fundar una alianza de esta índole; pero en tiempos tan breves, sobre una cuestión de tanta importancia, muy poco se pudo concluir más allá del acuerdo general sobre la necesidad de dar vida a tal alianza internacional.

“Odger se detuvo en la necesidad de terminar con las maniobras secretas de la diplomacia, de establecer una paz universal y de proteger al trabajo de las prevaricaciones del capital. Los franceses no objetaron nada, pero para ellos era oportuno limitar momentáneamente los esfuerzos a la liberación de Polonia. Un comité compuesto por W. Cremer, leñador; Eglinton, carpintero, y G. Odger, zapatero; fue el encargado de desarrollar la cuestión y comentarla en una reunión siguiente. El comité asignó a Odger la tarea de escribir un llamamiento a los obreros de Francia”.

También Howell –cuya reconstrucción de los hechos no se destaca por la precisión– marca el origen de la AIT en la reunión del 22 de julio y en la sucesiva discusión entre los trabajadores ingleses y franceses: “La circunstancia inmediata que llevó a la formación de la Internacional fue una reunión a favor de la independencia polaca desarrollada en Londres en el St. Martin’s Hall en 1863 [confunde lugar o fecha], de la cual formó parte una delegación llegada de París. Después de la reunión, algunos de los promotores se citaron en una hostería de Long Acre con la finalidad de promover ‘Una gran fraternidad entre los pueblos... Una declaración escrita inmediatamente después y firmada por cinco obreros londinenses... fue enviada a París ... De esta manera nació la Internacional’”.

El profesor Beesly habla también de la reunión en St. James Hall como origen de la AIT, pero confunde la primera reunión, realizada bajo su presidencia, con aquella del 22 de julio, e indica además como miembro de la delegación francesa a Fribourg, que en esa época no tenía ninguna relación con Tolain y su grupo. Se refiere solamente a que [los franceses] “antes de volver a casa tuvieron un coloquio con algunos dirigentes de los obreros londinenses y se llegó a la determinación de or-

ganizar una asociación internacional. Un Llamamiento a los obreros franceses fue redactado por Odger, traducido y enviado a París”. Esto le era ciertamente conocido: él mismo había traducido este llamamiento al francés.

Friedrich Lessner –cuyas memorias fueron redactadas después de 30 años de los acontecimientos– menciona igualmente la reunión sobre Polonia, pero aplaza la fecha a abril de 1864: “la derrota de Polonia había encontrado en todos lados una ardiente participación. En abril de 1864 tuvo lugar en St. James Hall una reunión de los obreros ingleses, para ganar a la causa de Polonia a la opinión pública y para hacer presión a su favor sobre Lord Palmerston, en aquel entonces premier inglés. A la reunión enviaron una delegación también los obreros franceses. Después de la reunión se constituyó una comisión de obreros ingleses que envió un ‘fraterno llamamiento’ a los compañeros franceses”.

De todas estas reconstrucciones se llega a una sola conclusión: después de la reunión del 22 de julio de 1863 en St. James Hall, hubo contacto entre los trabajadores ingleses y franceses, y en esa ocasión quedó en evidencia y fue discutida la necesidad de una unión más estrecha y duradera entre los trabajadores de los dos países. De todas maneras, sigue siendo poco claro el carácter de este encuentro y cuáles hayan sido las relaciones con las instancias oficiales de los sindicatos londinenses. Veremos en breve cómo hasta los principales participantes de estos acontecimientos han olvidado hechos muy importantes.

Efectivamente, inmediatamente después de la reunión del 22 de julio hubo una segunda reunión. No se trataba sin embargo de un encuentro privado sino, como es evidente en la crónica del *Bee-Hive*, de una solemne recepción oficial, organizada esta vez por el Trades Council de Londres como representante plenamente legítimo de los trabajadores londinenses. Esta reunión, fijada para el domingo 23 de julio se realizó en el Bell Inn de Old Bailey como Eccarius lo cuenta en su artículo del *Times*.

Según la reseña del *Bee-Hive* (25 de julio de 1863) estaban presentes sólo cinco delegados parisinos: Perrachon (obrero del bronce), Aubert (maquinista), Bibal (camisero) Cohadon (albañil) y Tolain, que figuraba como obrero de la seda. Presidía Facey; el traductor era Jour-

dain, que en su discurso de saludo subrayó cómo la emancipación de los trabajadores era la aspiración común de los obreros ingleses y franceses.

Le contestó Odger. *"Se declaró convencido de que los obreros ingleses hacían propia la causa de Polonia y que no tenían intenciones de permitir a Lord Palmerston obstaculizarla otra vez, como ya lo había hecho en otra ocasión. Como secretario del Trades Council, junto a Goddard, Coulson, Applegarth, Butler, Potter y otros, daba la bienvenida a la delegación francesa y esperaba que estuviera surgiendo el día en el cual los obreros de todo el mundo, informados de esta solidaridad entre los trabajadores ingleses y franceses, impusieran libertad y solidaridad en lugar de guerras y esclavitud"*.

Además de Odger, pronunciaron discursos inaugurales también Potter, Cremer, Goddard y Wallarge, verosíblemente el mismo que había hablado en la reunión del 5 de agosto del año anterior. Estaba también presente una delegación polaca y un obrero alemán, Weber, que ilustró los efectos positivos de la cooperación de los obreros de diferentes países. Al final se adoptó por unanimidad la resolución de elegir un comité que redactase un Llamamiento y lo enviara a los obreros franceses a través del *Bee-Hive*.

El comité estaba formado por cinco miembros. Sin embargo, tuvieron que transcurrir más de tres meses antes de que terminase su tarea y de que el borrador del Llamamiento fuese presentado en una nueva reunión. Como sede fue designado nuevamente el Bell Inn de Old Bailey, para el 10 de noviembre de 1863. Hicieron uso de la palabra Odger, Cremer, Eglinton, Nieass, Graham, Ackrill, Applegarth. El borrador fue aprobado por unanimidad. Este Llamamiento, según algunas fuentes, fue redactado por Odger. Fue publicado por primera vez en el *Bee-Hive* el 5 de diciembre del 1863, bajo el título *Address of English to French Workmen (Llamamiento de los obreros ingleses a los franceses)*, con el siguiente texto:

"Hermanos franceses:

La agradecida visita que nos han realizado en ocasión de la gran asamblea convocada por nosotros para expresar nuestra indignación frente a los malhechores, que por tantos años han inflingido las más

atroces injurias y crueldades a un pueblo noble pero infeliz, el polaco; nos ha inducido a esperar un futuro más luminoso y feliz para los pueblos europeos olvidados y despreciados.

"Esta visita no habría podido tener un motivo más digno o más noble que la causa polaca, que la lucha devota, leal y heroica por la libertad que este pueblo está llevando a cabo; una causa que obtiene la solidaridad y la admiración de cualquiera que, independientemente de su posición social, esté en condiciones de hacer un juicio honesto y ponderado.

"Es para nosotros motivo de orgullo saludar a los representantes de un pueblo amante de la libertad como el francés, que está promoviendo una gran fraternidad entre los pueblos, objetivo maduro desde hace tiempo. Nadie habría podido empezar la obra con mejor perspectiva de éxito que los franceses, entusiastas y generosos. La pericia en los productos artesanales, la maestría en el arte, en la ciencia y en la literatura, el amor por la belleza de la naturaleza y por la elevada calidad de los productos del ingenio humano, les han asegurado desde hace tiempo un lugar elevado en la consideración de todos los hombres.

"Su derecho a ocupar tal posición es demostrado hoy mejor por el intento de promover una asociación común entre aquéllos que con el propio trabajo producen todo lo que es esencial para la vida de la humanidad. Su lucha en común por la libertad apunta a confrontar a aquéllos que han humillado a algunas naciones con declaraciones y promesas nunca cumplidas, concordando tratados que los países débiles deben observar al pie de la letra, mientras que los fuertes pueden violar a su antojo.

"Reyes y emperadores tienen sus convenios y recibimientos, sus pomposas ceremonias son exhibidas a los ojos del mundo, para la satisfacción de los estratos más acomodados y de los frequentadores de los salones mundanos, mientras que al mismo tiempo, gravosas cargas son impuestas sobre las espaldas de los hombres que trabajan honestamente. En estos convenios, los crímenes perpetrados encuentran justificación y ministros sin escrúpulos los legitiman, exaltando a los criminales. Y en tanto, hombres dotados de grandes talentos y de las más elevadas virtudes, cuyo viril comportamiento no retrocede frente a la des-

mesurada arrogancia ni delinque con los vicios de las cortes disolutas, hombres que abogan por la libertad de las naciones y los derechos de las masas; cuando escapan a la muerte, son encadenados en esclavitud sin fin o despiadadamente enviados al exilio con sus familias, a buscar en tierra extranjera lo que en sus patrias les es negado.

"Este estado de cosas es indigno de nuestra historia pasada tanto cuanto es innoble en nuestra época. Y nosotros advertimos también a aquéllos que se someten a tales agresiones sin luchar con todo método legítimo. Sepan que de esa manera delegan parte de su responsabilidad, ya que se sustraen a sus propios deberes. Tendrán, tarde o temprano, que desembarazarse de tal degradante apatía.

"Para detener el actual abuso de poder nos hacemos eco de vuestra apelación a la fraternidad de los pueblos. Que haya una común asociación entre los pueblos de Francia, Italia, Alemania, Polonia, Inglaterra y de todos los países en los cuales exista una voluntad de cooperación por el bien de la humanidad. Realicemos nuestros congresos, discutamos las grandes cuestiones de las cuales depende la paz de las naciones. Dirijamos con decorosa dignidad nuestra razón y nuestro derecho moral contra las trampas y la brutalidad de aquellos que se califican como gobernantes. Tengamos la certeza de que el poder despótico será debilitado y los astutos charlatanes, en vez de deshonorar los altos deberes que les fueron confiados, tornando vanos los esfuerzos de los hombres de talento, serán devueltos a las sombras. Hombres inteligentes y honestos podrían conquistar así un rol público y legislar por el derecho de los muchos, no por los privilegios de los pocos.

"La fraternidad entre los pueblos es más que necesaria para el interés de los trabajadores, porque comprobamos que cada vez que se intenta mejorar nuestra condición social con la reducción de la jornada laboral o con el aumento de los salarios, los empleadores amenazan con contratar trabajadores franceses, alemanes, belgas y otros, que estarían dispuestos a hacer nuestro trabajo con salarios inferiores. Lamentablemente a veces esto ocurrió, si bien sin voluntad alguna de nuestros hermanos del continente de hacernos daño, sino a causa de la falta de una regular y sistemática organización entre las clases trabajadoras de todos los países. Nosotros auspiciamos que dicha organización se concre-

te cuanto antes, ya que nuestro principio es elevar el salario de los obreros mal retribuidos al nivel más próximo de los mejor retribuidos, y no permitir a los empleadores enfrentarnos los unos contra los otros para imponernos la condición económica peor mediante contratos que apuntan a su exclusivo provecho.

"Las masas deben salir al frente en primera persona. Las pocas libertades en el haber de las masas fueron conquistadas por ellas mismas y la experiencia reciente nos ha demostrado que cuanto más fe ponemos en príncipes y soberanos, más podemos estar seguros que seremos engañados y traicionados. Mírese por ejemplo la lucha por la liberación italiana, cuando en el momento de guiarla había alguien que venía del pueblo, y compáresele con la vil conducta de los traicioneros que habían disparado en contra de Garibaldi, el más grande de todos los líderes militares de la edad moderna, después de haber recibido de sus propias manos el fruto de su acción valerosa. Aquél no tiene hoy más que la ingratitud del gobierno. Piénsese en la supresión por parte de un déspota extranjero de la República Romana, la más libre y pura forma de gobierno jamás vista en Europa. Lámentese el ingrato atentado al gobierno soberano suizo; seguido por la infame intervención en México en el vil intento de instalar un gobierno imperial en lugar de la república, empresa odiosa a los ojos de los mexicanos, que se mantuvieron íntegros a pesar de la opresión, y contraria a las tradiciones y a los sentimientos de los pueblos de aquel vasto continente. A estos crímenes añádese el modo innoble con el cual nuestros gobernantes han provocado la nefasta guerra en China, primero contra las tropas imperiales, ahora contra los insurrectos, y estamos seguros de que resultará claro que estas injusticias producirán ulteriores choques en un futuro, a menos que los pueblos hagan sentir su unánime protesta.

"Volvemos a decir: confraternicemos. Encontremos un perfecto acuerdo con todos los hombres cuyas expectativas son la paz, el desarrollo económico, la libertad y la humana felicidad extendida en todo el mundo. Hágase sí, que los fuertes y los valientes, en vez de verse obligados a asesinar y destruir con el hierro y el fuego para satisfacer la ardiente llama de oro de los comerciantes, de los sillones de los ministros, de las conquistas de los déspotas; puedan vivir para hacer felices a sus

hogares, y usar su fuerza para socorrer a los débiles, los ancianos y los necesitados, contentos de no sufrir las consecuencias ruinosas de las guerras.

"Decimos junto a ustedes: que nuestro primer esfuerzo común vaya a favor de la libertad de Polonia. La justicia de su causa lo exige, los deberes de nuestra causa lo hacen imperativo y el deber muestra el camino. Sean inmediatamente preparadas peticiones de masas en ambos países para expresar la incontestable reivindicación del derecho de belligerancia de parte de los polacos [o sea, reconocer la soberanía nacional de Polonia], y sean presentados simultáneamente a los respectivos gobiernos con sostenimiento de la firme determinación de ulteriores acciones a favor de aquel digno pueblo. Debemos hacerlo para prevenir las intrigas de la diplomacia secreta, este flagelo de las naciones, que renovarían la infernal tragedia en la cual los más nobles hijos de Polonia serían masacrados, sus hijas devendrían presa de los regimientos brutales, haciendo otra vez de aquella bella tierra una atroz matanza para la eterna vergüenza e ignominia del mundo civilizado.

Firmado en nombre de los obreros de Inglaterra:

Thos. Grant Facey, pintor, presidente

William Cremer, leñador

C. Godgard, encuadernador

John Eglinton, carpintero.

Geoge Odger, zapatero, etc."

Es suficiente llamar la atención sobre los pasajes destacados de este llamamiento para reconocer, en la reunión del 23 de julio de 1863, los orígenes reales de los acontecimientos y los motivos que condujeron a la fundación de la AIT. Mientras que la Exposición Universal de Londres y la reunión del 5 de agosto de 1862 no pueden ser consideradas ni siquiera la ocasión fortuita para la fundación del AIT, los convenios de 1863 tienen un rol bien distinto. La vieja tesis que pone en relación la fundación de la AIT con la insurrección polaca de 1863, halla su confirmación en los hechos.

Sin embargo, mientras esta insurrección ofrece la ocasión a los obreros ingleses y franceses de proclamar la fraternidad entre los pue-

blos como principio de su política, el Llamamiento indica otro factor, que vuelve a esta fraternidad absolutamente necesaria para los trabajadores. Es la exigencia de mejorar su situación social a través de la reducción de la jornada laboral y el aumento de los salarios, objetivos irrealizables sin una organización internacional de los trabajadores.

Salta a la vista la diferencia de fondo entre este Llamamiento de los tradeunionistas ingleses y el Llamamiento leído por los ingleses en la asamblea del 5 de agosto de 1862. La diferencia en la línea política es radical. Encontraremos de hecho en el Manifiesto Inaugural de la AIT, una inspiración directa en el Llamamiento de los obreros ingleses, ahí donde está puesta la exigencia de luchar contra las "intrigas de la diplomacia secreta".

Si transcurrieron no menos de tres meses y medio antes de que los trabajadores ingleses terminasen su Llamamiento, pasaron también más de ocho antes de que los trabajadores franceses hicieran llegar a Londres su respuesta. Las causas de este atraso se nos aparecen claras si recordamos los acontecimientos franceses desde julio de 1863 hasta agosto de 1864.

Sin embargo, antes de seguir la suerte del Llamamiento inglés en Francia, nos parece oportuno recordar algunos episodios significativos de la situación del movimiento obrero inglés después de la redacción del Llamamiento. Son aspectos muy poco conocidos, pero esclarecen el contexto en el cual se desarrollaron sobre suelo inglés los antecedentes de la AIT y ayudan a comprender las sucesivas luchas internas.

El movimiento sindical en Inglaterra: Luchas económicas, organizaciones locales y nacionales, agitación por la extensión del sufragio electoral. La lucha por el derecho de coalición.

Empecemos por un episodio que indica cómo en los círculos sindicales el Llamamiento fue considerado una declaración del Trades Council de Londres. Se trata de la oposición que este Llamamiento encontró en el sindicato de encuadernadores.

La campaña contra el Trades Council comenzó inmediatamente

después de la publicación del Llamamiento a los obreros franceses. El 19 de enero de 1864, en la sesión del Trades Council, Potter atacó ásperamente a Odger, sosteniendo que la costumbre de este último de firmar distintos escritos como Secretario provocaría el retiro de sindicatos del Council.

Enseguida, el 1° de febrero de 1864, en la asamblea de los encuadernadores, James Cameron propuso retirar del Trades Council a su representante, que era el mismo Charles Goddard que había escrito junto con Odger el Llamamiento, ya que a su parecer se trataba de un “documento político”.

La moción obtuvo el apoyo de la mayoría. En el órgano de la Unión, donde encontramos la reseña de la reunión, se reproduce también el Llamamiento, acompañado de los comentarios críticos del redactor Dunning: *“Cuando [el Llamamiento] da a entender que representa las opiniones de los ‘obreros de Inglaterra’ llega al máximo del ridículo ya que tal asunto carece de todo fundamento o de alguna autoridad...”* En relación a los contenidos, Dunning afirma: *“Como documento republicano rojo es un claro ejemplo de su especie. Como discurso dirigido a promover una unión entre los obreros de Inglaterra con los de Francia para una finalidad concreta –y tal era su intención– es la más insulsa de las efusiones...”*

Es significativa la conclusión, en la cual Dunning encara la defensa de Napoleón III frente a los diversos ataques: *“si es verdad, como fuimos informados, que el emperador francés es menos contrario a las asociaciones obreras de cuanto lo es la propia ley francesa, es ciertamente una movida bastante discutible –si se quiere seguir sacando ventaja de esta situación y tranquilizar a quien sea– poner en peligro la condición de los obreros franceses con una descarga republicana polémica, destruyendo lo poco de benevolencia que el emperador conserva para con ellos. El discurso puede parecer de escaso peso para determinar ese efecto, pero la locura del experimento no queda disminuida por su ineficacia”*.

En Londres, mientras tanto, no se había llegado a una ruptura abierta entre las dos fracciones antagónicas, las dirigidas por Odger y por Potter. Conflictos y contrastes se hacían cada vez más frecuentes,

explotaban en cada circunstancia, y muchas veces asumían carácter personal. Así ocurrió durante la agitación contra la *Annities Bill*, propuesta en enero de 1864 por el gobierno de Gladstone, con la cual el Correo habría podido vender títulos del Estado por sumas limitadas.

En estas circunstancias –aunque B. y S. Webb acreditan la tesis de una posición sindical favorable a tal disposición– se declararon contrarios no sólo los “viejos unionistas”, que no querían aceptar ninguna relación entre las instituciones estatales y las cuestiones obreras, sino también el Trades Council de Londres, así como también las innumerables *Friendly Societies*, las cuales veían en algunas cláusulas de la ley un peligro para el desarrollo de los sindicatos y para la libertad de las sociedades de socorro mutuo. [Las organizaciones obreras temían que la compra de títulos estatales vaciara los ahorros de los trabajadores de las cuotas sindicales en un momento de difícil ascenso organizativo, mientras se delineaba una campaña patronal que acusaba a los sindicatos de hacer uso de medios coercitivos y terroristas para obligar a los trabajadores a ingresar en sus filas].

No sólo Potter, sino también Creme y Odger, se declararon decididamente en contra de ese proyecto de ley. Y cuando Gladstone, después de una gran manifestación encabezada por Potter, defendió en el Parlamento la orientación de su proyecto de ley de los ataques de los sindicatos, basados, según él, en el principio de la violenta represión de las minorías; el 15 de marzo de 1864 el Trades Council de Londres decidió enviar a Gladstone una delegación (Odger, Applegarth, Coulson). No, como dicen B. y S. Webb, para “reprobar la acción de Potter y acoger la propuesta gubernamental de utilizar el órgano administrativo para favorecer a la clase obrera”, sino para presentarle las protestas y las objeciones de los trabajadores.

Tanto Odger como Applegarth protestaron contra la afirmación de que los sindicatos eran instituciones coercitivas, y agregaron que la desconfianza de los trabajadores estaba motivada por el hecho de que el gobierno no había mantenido la promesa, repetidamente hecha, de extender el derecho al voto. Gladstone contestó admitiendo abiertamente que el partido liberal efectivamente no cumplía su deber y, con la misma sinceridad, que él mismo estaba equivocado con respecto a

los sindicatos. Esto impresionó muchísimo a la delegación y disipó las dudas. Odger, después de esta charla con Gladstone, cambió radicalmente de posición, motivando una gran insatisfacción hacia él. Es muy verosímil que con este desencuentro haya tenido inicio su enemistad de años con Potter.

La abierta ruptura entre ellos llegó en abril de 1864, durante la visita de Garibaldi a Inglaterra. Odger y sus colaboradores lograron alejar a Potter del Working Men's Committee, organizador de todas las manifestaciones. Odger era presidente, y como tesorero había nombrado a W. Dell, futuro responsable administrativo de la AIT. Cuando Garibaldi recibió la orden del gobierno de dejar Inglaterra inmediatamente después de la grandiosa acogida londinense, una delegación obrera —nuevamente formada por Odger, Applegarth, Cremer y Nieass— fue encargada de persuadir a Garibaldi para que no codiese a las presiones del gobierno y, después de su partida, tuvo a su cargo organizar una manifestación de protesta, que de todas formas fue dispersada por la policía.

Los dirigentes obreros ingleses utilizaban eficientemente cada circunstancia para poner en evidencia el punto de vista del proletariado. De esta manera, en ocasión del aniversario número 300 del nacimiento de W. Shakespeare, organizaron una manifestación masiva en Primrose Hill, después de que el gobierno la hubiese prohibido en el Hyde Park. El *Annual Register* afirma que ésa fue la única manifestación pública en honor a Shakespeare en Londres.

A comienzos de junio, este grupo dirigente intentó nuevamente relanzar el movimiento por la extensión del derecho a voto. El impulso provino de la aclaración hecha por Palmerston en el Parlamento en ocasión del *Country Franchise Bill* propuesto por Lockeking. Palmerston dijo que no se registraba en el país ninguna exigencia de reforma al derecho a voto. Odger y sus colaboradores decidieron entonces demostrar que las cosas no eran así. Publicaron un llamado en el cual reivindicaban el derecho a voto para todos los que estuvieran en una posición idónea desde el punto de vista moral e intelectual, apelación que fue suscripta por Odger, I. Weston, W. Cremer, T. G. Facey.

Ya el 22 de junio de 1864 hubo en Freemason's Hall una gran reu-

Los orígenes de la primera internacional

nión bajo la presidencia de Edmond Beales, en la cual figuraban nuevamente como oradores principales Odger, Howell, Davis, Worley, G. H. Wheeler, G. B. Leno. Como resultado de esta agitación, en septiembre de 1864 (es decir, casi en las vísperas de la reunión de fundación de la AIT), fue creada una nueva organización denominada *Trades Unionist Manhood Suffrage Association* (Asociación Sindical por el derecho al sufragio universal), con Odger como presidente.

Un candidato obrero en las elecciones en Francia. El Manifiesto de los Sesenta, programa del "socialismo" francés de febrero de 1864.

Volvamos a Francia. El Llamamiento de los trabajadores ingleses —como ya sabemos— fue traducido al francés por Beesly y transmitido a los trabajadores franceses por Jourdain. Esto no puede haber sucedido antes de fines de noviembre o de principios de diciembre de 1863, quizá todavía más tarde. De todas maneras, el Llamamiento llegó a París cuando Tolain y sus colaboradores estaban trabajando para la presentación de una candidatura obrera para las elecciones complementarias [marzo de 1864] en la primera y quinta circunscripción de París. [Después de las elecciones precedentes] tal tarea se había vuelto difícil. El avance de la oposición republicana volvía la presentación de una candidatura obrera aún más ardua. Se volvieron políticamente sospechosos no sólo Tolain, que había sido presentado como candidato, sino también todos los demócratas declarados a favor de su candidatura, como Henry Lefort, que oficiaba como mediador entre obreros y republicanos. La oposición republicana, ahora aún más fuerte, veía detrás de la candidatura obrera un nuevo intento por evocar el "espectro rojo" para comprometerla respecto de la burguesía y sospechaba que hubiera una conexión con el Palais Royal [morada del sobrino del emperador].

Para combatir estas sospechas y justificar la necesidad de una candidatura obrera, se decidió publicar un manifiesto elaborado durante algunas reuniones mantenidas en la casa de Henry Lefort. El texto es esencialmente obra de Tolain. Conocido como *Manifiesto de los Sesenta*.

ta por el número de sus firmantes, apareció por primera vez en la *Opinion Nationale* el 17 de febrero de 1864, e inmediatamente después fue reproducido en muchos otros periódicos de París y del interior. Este documento es de mucha importancia ya que ilustra de la mejor manera las posiciones generales de los obreros franceses que fundaron la AIT en Francia y que jugaron un rol decisivo en su seno. Sostenemos por eso necesario referirnos a él de un modo detallado.

El manifiesto constataba al comienzo que el año anterior los obreros parisinos habían votado por la lista de la oposición republicana, dando así una prueba decisiva de su amor por la libertad. La hipótesis de una candidatura obrera había sido considerada como secundaria y no se había destacado la gran cuestión del pauperismo.

Era entonces importante considerar la situación extraordinaria que había dado a las elecciones del año anterior un carácter particular. De hecho, en las inminentes elecciones complementarias, el cuadro era del todo distinto. La oposición había registrado en París una gran victoria, nuevos electos en todo caso no habrían aumentado su fuerza, sin contar que en las cuestiones políticas el *Manifiesto de los Sesenta* se declaraba de acuerdo con ella.

“¿Pero si estamos de acuerdo en política, lo estamos también en la economía social? ¿Las reformas que deseamos, las instituciones que pedimos, la libertad de trabajar, son aceptadas por todos aquéllos que en el cuerpo legislativo representan al partido liberal? Este es el problema, el nudo gordiano de la cuestión”.

Ya el hecho de que los obreros fueran forzados a fundamentar su derecho [a elegir un representante propio] indicaba que su situación no era normal. El derecho electoral los había vuelto políticamente adultos, pero su emancipación social estaba todavía por venir:

“Se repitió hasta el hartazgo: no hay más clases; desde la revolución del ‘89 todos los franceses son iguales ante la ley. Pero nosotros, que no poseemos sino nuestros brazos, que soportamos día tras día las condiciones legítimas o arbitrarias del capital, que vivimos bajo las leyes excepcionales (como la ley sobre coaliciones y el artículo 1781, que golpean nuestros intereses y al mismo tiempo nuestra dignidad), tenemos mucha dificultad en creer esta afirmación.

“En este país tenemos el derecho a nombrar diputados, pero no siempre tenemos los medios para aprender a leer. La imposibilidad de reunirnos, de asociarnos libremente no nos permite organizar la instrucción profesional, este precioso instrumento del progreso industrial que vemos convertirse en privilegio del capital. En esta situación no podemos hacernos ilusiones de igualdad ante la ley.

“Nuestros hijos transcurren sus primeros años en el ambiente de las fábricas, malsano y no apto para las criaturas, o como aprendices, condición aún similar a la servidumbre. Nuestras mujeres descuidan obligatoriamente la casa por un trabajo excesivo contrario a las leyes de la naturaleza, que destruye la familia. No tenemos el derecho de ponernos de acuerdo entre nosotros para defender pacíficamente nuestro salario, para asegurarnos contra la desocupación. Sobre estas bases, nosotros afirmamos que la legalidad escrita en las leyes está bien lejos de la práctica social y debe ser aún realizada en los hechos.

“Si se está desprovisto de capital o de elevados niveles de instrucción, y no se está en condiciones de resistir con una lucha libre y solidaria las pretensiones egoístas y las presiones coercitivas, se está fatalmente destinado a sufrir el dominio del capital: los intereses de estos hombres quedan subordinados a otros intereses”.

El manifiesto subrayaba además que los trabajadores habían defendido sus intereses de manera rigurosamente legal. Declaraban no tener ninguna intención de utilizar la libertad para organizar huelgas en lo inmediato. Los objetivos eran de otra índole y no tenía sentido agotar las fuerzas en una lucha cotidiana. No esperaban el apoyo de la burguesía, sino la conquista de las mismas libertades de las cuales ésta gozaba. Y no se les podía acusar de revindicar una ley agraria, una quimérica igualdad, la repartición de bienes, los precios impuestos por la ley o los impuestos obligatorios. Hubiese sido pura difamación.

“La libertad del trabajo, el crédito mutuo, la solidaridad, he aquí nuestros objetivos generales. El día en el cual se realicen, por la gloria y la prosperidad de un país que nos es caro, no habrá más ni burgueses ni proletarios, ni patronos ni obreros, todos los ciudadanos serán iguales en sus derechos”.

Sigue entonces la refutación de los argumentos utilizados contra las

candidaturas obreras. Según el *Manifiesto de los Sesenta*, sin representantes directos, sus principios no habrían podido ser representados en el cuerpo legislativo. O mejor, en éste se habrían escuchado voces a favor de los trabajadores, pero nadie habría expresado claramente sus reivindicaciones. Los trabajadores no aceptaban ser tratados como ciudadanos inferiores: “*Nosotros no queremos ser ni clientes ni asistidos; queremos ser iguales, rechazamos las limosnas, queremos justicia*”.

Nadie dijo nunca [en el Parlamento] —continuaba el manifiesto— que la miseria desmerecida, las enfermedades, la desocupación pueden desaparecer. Nadie dijo que la ley en contra de las coaliciones es mucho más que un simple espantajo y que sólo ha prolongado hasta el infinito el mal contra el cual estaría dirigida. En las Cámaras sindicales hay particular confusión entre aquellos que las impulsan: piensan que debieran ser compuestas por los empleadores y por los trabajadores, que debieran constituir una especie de “magistratura del trabajo” que sea capaz de dirimir los conflictos que cotidianamente se presentan. En realidad, los trabajadores reivindican una Cámara que comprenda sólo a los trabajadores elegidos a través de una elección general entre los trabajadores, una Cámara de Trabajo, una *Chambre du Travail*. Nadie ha ilustrado los caracteres del movimiento de los trabajadores por el crédito mutuo, un objetivo por el cual le es necesaria, una vez más, la libertad. Todas las cualidades que no se reconoce a los obreros —talento oratorio, instrucción, un nombre notable— no constituyen requisitos indispensables [para sus candidatos]. Ya el hecho de representar las reivindicaciones de las masas les conferirá la necesaria autoridad. Derecho general al voto, libertad de prensa, de reunión y de asociación, separación entre Estado e Iglesia, equilibrio de la balanza, libertades municipales; todo esto es auspiciado por los trabajadores no menos apasionadamente de cuanto lo sea por la burguesía liberal. Hay, sin embargo cuestiones, que para los obreros son todavía más importantes. Son la escuela libre y obligatoria y la libertad del trabajo. “Sin nosotros... la burguesía no puede constituir nada sólido”.

El manifiesto resume con las siguientes palabras el significado político específico de la candidatura obrera: “*reforzar, completándola, la acción de la oposición liberal. Esta ha pedido las libertades necesarias*

en términos demasiado modestos. Los diputados obreros pedirán las reformas económicas necesarias”.

Como se ve, es difícil encontrar en este manifiesto algo que no sea una fiel repetición de las ideas fundamentales de Proudhon. Y si esta circunstancia se presentará aún frecuentemente, esto se explica por el hecho de que entre los “Sesenta” encontramos a los mismos hombres que, más tarde, en la AIT se destacarán como los representantes más resueltos del proudhonismo. Justamente en este manifiesto estaban expuestas, una vez más, las ideas fundamentales de Proudhon sobre el programa político obrero, en una forma capaz de recoger el más amplio consenso entre los trabajadores franceses. De hecho, su última obra *De la capacité politique des classes ouvrières (Acerca de la capacidad política de la clase obrera)* —aparecida inmediatamente después de su muerte y de la fundación de la AIT, y a cuya redacción Proudhon había sido inducido justamente por el *Manifiesto de los Sesenta*— se volvió la fuente principal de la cual los adherentes franceses de la Primera Internacional tomaban todos sus argumentos.

De todas formas, la participación en las elecciones era muy poco proudhoniana. Se trataba de una acción política sobre la base del derecho electoral, sobre la cual Proudhon se había declarado absolutamente en contra aún en 1863.

Lo que caracteriza al manifiesto, no es tanto el contenido teórico que, en realidad, es un intento de revelar las contradicciones entre la práctica social y los principios generales de la democracia burguesa. Los autores estaban a favor, no de un partido obrero en contraste con la oposición, sino de un partido obrero que representara mejor que la oposición las reivindicaciones inmediatas del momento.

Lo que señala el manifiesto es el acento sobre el principio de que la emancipación de los trabajadores es tarea de los trabajadores mismos. No en el sentido de que esta emancipación signifique una transformación radical en el orden económico existente, sino en el sentido de utilizar todas las posibilidades que éste ofrece. Los autores del manifiesto no sostienen la “lucha de clases”, sino la “cooperación de las clases”. Y la obra póstuma de Proudhon causó sobre Tolain y sus compañeros una impresión tan grande, justamente porque les ofrecía un programa

completo de trabajo al amparo de la independencia política respecto de la oposición liberal.

En un primer momento, los “Sesenta” no hallaron una acogida benévola. El manifiesto no pasó desapercibido, fue publicado no sólo en París, sino también en muchos diarios del interior. También en el extranjero, especialmente en Bélgica, fue objeto de numerosos comentarios. Pero la desconfianza fue grande. Rápidamente se le opuso otro manifiesto, en el cual ochenta trabajadores rechazaban las candidaturas obreras independientes y depositaban su confianza en la oposición republicana.

No tuvo un efecto positivo el hecho de que la candidatura de Tolain fuese apoyada por republicanos como Etienne Arago, Jean Macè, Bancel, y que Tolain hiciera público en su llamado una carta de Delescluze, Noël Parfait y Laurent Pichat, en la cual se impulsaba fervorosamente su candidatura. Tolain, de hecho, recogió poco más de 400 votos.

Pero si así de escasos fueron los resultados inmediatos de esta campaña electoral, en cambio fue grande el significado político de la candidatura obrera y la agitación que la acompañó, al punto de despertar del letargo a las masas indiferentes de la clase trabajadora. Se puede decir que fue esta agitación la que obligó al gobierno a tomar seriamente el tema de la modificación de la ley contra las coaliciones.

Cierto que la nueva ley del 25 de mayo de 1864 no concedió aún por largo tiempo la libertad de coalición. La nueva redacción de los artículos 414-416 del código penal redujo la pena en vigor, pero dejó subsistir la vieja arbitraria praxis judicial. Además, faltaba la reforma de la legislación relativa a coaliciones y reuniones, que consideraba ilegales a la constitución de sindicatos sin previa autorización y a cada reunión con más de 20 participantes.

Sin embargo, las nuevas condiciones hacían posible la constitución de distintas organizaciones que no estuviesen en abierto contraste con las normas penales, favoreciendo de esta manera los intentos de los obreros que se mantenían en el cuadro de las leyes vigentes.

Este era el punto de vista de Tolain y de sus compañeros. Este grupo debía conducir una lucha política en contra de los diputados y, al mismo tiempo, defenderse de las sospechas y de las acusaciones de las

minorías revolucionarias de los obreros parisinos, quienes, guiados por los blanquistas, daban vida a organizaciones secretas. Cuán difícil fue para ellos arreglárselas sin la ayuda de los elementos “burgueses”, lo demostraron también las elecciones complementarias de marzo de 1864.

Contactos por la creación de una asociación internacional. La reunión en St. Martin's Hall del 28 de Septiembre de 1864.

También en la prosecución de las tratativas con los obreros ingleses —promovidas por Tolain y sus compañeros— se demostró indispensable la colaboración de los emigrados y de los intelectuales de la oposición. El mismo Lefort, que les había prestado tantos servicios durante la campaña electoral, actuó de intermediario. Como cuenta en su carta a la redacción del *Rappel* del 5 de julio de 1870, en 1863 había sido delegado de un grupo de obreros parisinos para presentar en Londres la propuesta de una asociación internacional. En esa ocasión, su amigo Le Lubez, que oficiaba de intérprete, lo había introducido en una reunión de obreros ingleses presidida por Odger. Fue presentada una declaración de los trabajadores parisinos, que encontró un amplio consenso. En esta reunión veía Lefort los orígenes del AIT.

Pero ubicar estos sucesos en 1863 es inexacto, como se deduce de lo siguiente: “La idea fue precisada y su realización fue promovida por un grupo de obreros, con el cual fui puesto en contacto a propósito de la candidatura obrera del ciudadano Tolain” [que es de los primeros meses del año siguiente]. Cernov, que ha reseñado el informe de Lefort, no ha reparado en esta contradicción.

Pero una nueva cuestión, que Lefort le comunicó verbalmente, debería haber reclamado su atención sobre el error cronológico. Lefort le contó que en la reunión presidida por Odger se había discutido sobre el programa para el recibimiento de Garibaldi en Londres. Pero es notorio que la estadía de Garibaldi en Londres tuvo lugar desde el 3 al 22 de abril, o sea después de las elecciones de marzo de 1864.

Es entonces lícito suponer que Lefort estuvo en Londres en abril de

1864 y que entregara la respuesta de los obreros parisinos al Llamamiento de los obreros ingleses mencionada por nosotros u otra comunicación de que se tratase. Lamentablemente, no podemos decir con exactitud dónde fue hecha la propuesta de la cual habla Lefort. En sus encuentros con los obreros ingleses, se valió de la ayuda del prófugo francés Le Lubez, a quien había conocido durante su estadía en Jersey. Este afirma en una carta que Lefort, inmediatamente después de las elecciones, se enteró de que los obreros franceses tenían que contestar a una carta o a un Llamamiento de los obreros ingleses.

Según Tolain, después de que Jourdain les transmitiese el Llamamiento de los ingleses y de que se lo hubiese leído en una reunión, él y sus colaboradores decidieron contestar con la propuesta de un gran congreso obrero: *“Después llegaron las elecciones del 20 y 21 de marzo y el movimiento electoral en el cual conocimos a Lefort, y esto nos impidió proceder inmediatamente con el proyecto del congreso. Después de las elecciones, en la reunión convocada para hacer un balance, propuse a los compañeros presentes la lectura de la respuesta a los obreros ingleses, cuya preparación me había sido encargada. Lefort, que estaba presente y no sabía nada de la cuestión, pidió ser informado; lo pusimos al tanto, poniéndolo al corriente del proyecto del congreso. El estuvo de acuerdo con la propuesta y, debiendo dirigirse a Londres, manifestó el deseo de transmitir nuestra respuesta”*.

Esta afirmación data de 1865 y ya que fue sostenida también por Le Lubez, que en el enfrentamiento entre Tolain y Lefort —del cual nos ocuparemos más adelante— se puso del lado de éste último, podemos admitir que, desde abril de 1864 en adelante, Henri Lefort y su amigo Le Lubez, hicieron de intermediarios entre los obreros parisinos y londinenses. Si por esto, ellos deban ser considerados los verdaderos fundadores de la AIT, ésa ya es otra cuestión.

Le Lubez sostuvo —y Max Nettlau lo cree— que Lefort pudo pensar en la fundación de una asociación internacional porque el propio Le Lubez estaba en Londres. Decía Le Lubez: *“Lefort pensaba: mis amigos Denoual y Le Lubez están en Londres, éste último debe conocer a los demócratas ingleses libre pensadores, habla los dos idiomas, y como masón debe conocer también a algunos ciudadanos de diferentes nacionalida-*

des. Yendo a Londres, puedo aprovecharlo. Lefort llegó a mi casa, en el 4 de New Cross Road, me habló de su idea y me confió la tarea de elegir a quienes habrían de participar de la fundación. Los obreros parisinos lo habían alertado sobre Potter, redactor del “Bee-Hive”, juzgado por ellos como un jesuita que se habría vendido a cualquiera. A mí me hicieron falta 5 meses para encontrar a los obreros adecuados, ingleses, polacos, alemanes, italianos, suizos, etc. Así, al final, tuvo lugar la reunión en St. Martin’s Hall”.

Ya hemos observado que la cuestión no fue así de simple. Y hay también otra prueba de que los dos amigos, Lefort y Le Lubez, no sabían nada de todos los pasos preparatorios hasta marzo de 1864.

Su adversario Tolain nos informa sobre las ulteriores actividades de Lefort: *“Nosotros le dimos esa respuesta, al igual que las direcciones de Bocquet y Jourdain. Así comenzó la actividad de Lefort. Usted [Le Lubez] sabe mejor que yo lo que hacía Lefort en Londres por el buen resultado de la empresa, pero lo que Usted no sabe, es que, de vuelta en París, ya que insitía que nosotros no actuábamos con suficiente rapidez, después de dos semanas dejó de participar en nuestras reuniones. De todas maneras, su ausencia no obstaculizó en modo alguno la regular recolección de aportes para afrontar los costos de envío de los delegados a Londres”*.

Ya que Lefort no aparecía, nuestro amigo Perrachon fue encargado de ir a buscarlo para informarle que estábamos listos para partir. El prometió escribirle a Usted, Le Lubez, para avisarle. Trascurren quince días y ninguna respuesta. Después de una nueva visita de Lefort, éste responde: ‘Como consecuencia de su atraso, los ingleses han interpretado que le atribuíamos escasa importancia a la cuestión y han cambiado de opinión respecto de la reunión pública. Serán recibidos solamente de manera familiar por parte de las uniones obreras’. Recibimiento público o no, nosotros estamos listos, le fue contestado. Lefort: ‘Bien, escribiré y les haré llegar su contestación’. Finalmente, después de una última visita de Perrachon, Lefort nos hizo saber que se mantendría una reunión pública y que había sido fijada para el 28 de septiembre”.

Que Tolain tenga o no razón, el hecho es que trascurrieron nuevamente más de cinco meses antes de que se realizara finalmente la reu-

nión proyectada desde hacía más de un año y la entrega de la respuesta de los obreros parisinos. En el *Bee-Hive* del 17 de septiembre de 1864, leemos el siguiente comunicado.

Este comienza con una cita de Giuseppe Garibaldi: "Cuando los pueblos de Francia e Inglaterra entiendan sus deberes y se unan, el gran problema del futuro estará resuelto". Luego continúa: "Una reunión pública tendrá lugar en St. Martin's Hall de Long Acre la noche del miércoles 28 de septiembre de 1864; en tal ocasión una delegación elegida por los obreros de París entregará su respuesta al discurso de los hermanos ingleses y someterá a debate un plan para un mejor entendimiento entre los pueblos. La reunión será intercalada con música, etc. Hacerse presente a las 8 en punto". En el número del 24 de septiembre podemos leer también una carta de J. Weston que invita a los obreros londinenses a preparar una cálida bienvenida a los obreros franceses.

La reunión, ámbito de nacimiento de la AIT, fue efectivamente realizada el 28 de septiembre de 1864. Ya que los relatos de esta histórica reunión son tan escasos, hemos buscado todas las publicaciones provenientes de contemporáneos o de participantes directos. El resumen más detallado lo encontramos en el *Bee-Hive* del 1° de octubre de 1864.

Casi al mismo tiempo que el informe del *Bee-Hive* había aparecido otro de Tblain, en la *Opinion Nationale*. Se presentaba bajo la forma de una carta a la redacción y estaba fechado el 29 de septiembre. Cabe observar que fue escrito *ad usum delphini*: mucho debió ser disfrazado para no levantar las sospechas de la policía sobre la nueva asociación. Ni una palabra sobre los discursos que se habían pronunciado. Según este resumen, se trató sólo de un debate sobre diferentes cuestiones que interesaban a los obreros (libertad de trabajo, libre cambio, asociación, etc.), que había culminado con la convocatoria en Bruselas para 1865 a un congreso obrero internacional para profundizar estos temas.

Un informe francés más detallado está publicado en *Le Phare de la Loire* del 2 de octubre de 1864. El discurso de Beesly es informado del siguiente modo: "Condenó enérgicamente la ocupación de Roma, pero no se olvidó de la de Gibraltar. Desaprobó el comportamiento ruso en Polonia y Asia cercana. Dijo que tal conducta era comparable a la con-

ducta de Inglaterra en Irlanda, China y Japón, en las Indias orientales y, sobre todo, en Nueva Zelanda, donde se mataba a los nativos sólo para robarles. Allí, declaró el orador, Inglaterra es aún más cruel que Rusia en Polonia, porque los maoríes querían vivir bajo la tutela de las leyes inglesas, mientras que esto es precisamente lo que Rusia pretende de los polacos".

Confróntese esta narración con la carta de Le Lubez a Lefort, fechada el 29 de septiembre de 1864, publicada por primera vez por Cernov, y se notará enseguida que estos dos documentos coinciden en las partes más importantes. Hasta se podría pensar que el artículo para *Le Phare de la Loire* haya sido escrito sobre la base de la carta de Le Lubez. Como nos aclara Lefort, había sido él quien había mandado ese resumen a *Le Phare de La Loire*.

Tenemos un posterior resumen del *Bee-Hive*. Nettlau encontró entre los documentos de Paul Vésinier dos manuscritos: el programa de la reunión y el esquema organizativo leído por Le Lubez.

El programa: "Coro de apertura del comité alemán, titulado 'El Taller'. Discurso de apertura del presidente. Odger lee el Llamamiento de los obreros ingleses a los franceses (y comunica la renuncia del comité [estas palabras fueron borradas en el manuscrito]). Le Lubez lee la respuesta de los obreros franceses. Canto 'The social Brotherhood of Mann'. Discurso de Lefort, representado por Le Lubez. Canto del comité Alemán. Resolución propuesta por... [dejado en blanco], sostenida por Dell y por Eccarius, trabajador alemán. Nómima del nuevo Comité. Votación de agradecimiento al Presidente, presentada por Weston y sostenida por Whitelock".

El texto de la intervención leída por Le Lubez es reportado de la siguiente manera:

"La reunión internacional de los trabajadores.

En lugar de esperar a la Providencia con la finalidad de mejorar su situación, en lugar de seguir las enseñanzas cristianas, 'de conformarse con la situación en la cual la Providencia ha querido colocarnos' o de 'no preocuparse por el mañana', los obreros de los dos países, entendiendo que sus intereses y necesidades son idénticos, que el bienestar de algunos no puede ser alcanzado sin que se resienta el de otros, han deci-

dido constituir entre ellos y con los obreros de los demás países un pacto de fraternidad y solidaridad, gracias al cual la situación de toda la clase obrera en cada país pueda ser elevada desde la de ciudadanos más o menos serviles y subordinados a la de ciudadanos libres y relativamente independientes.

“El plan organizativo es el siguiente. Será electa una Comisión central, que comprende trabajadores de distintos países que viven en Londres, la misma tendrá sus reuniones en Londres; otras Subcomisiones serán constituidas en las capitales y en las ciudades más importantes de Inglaterra y Europa. La Comisión central tiene el deber de seleccionar los temas de discusión, que todas las Subcomisiones deberán examinar y discutir, temas sobre los cuales brindarán información; la Comisión central deberá además publicar en distintas lenguas las opiniones expresadas y los resultados alcanzados por todas las Subcomisiones. El próximo año se elegirán delegados de todos los países que han participado en estas discusiones para el primer Congreso, que tendrá lugar en Bélgica.

“No es necesario subrayar la enorme ventaja para los obreros de todos los países que pueda significar un congreso semejante, si es bien preparado y conducido fructíferamente. Este movimiento tiene derecho a la ayuda de todos los verdaderos amigos de la humanidad”.

El rol desempeñado por Karl Marx y el involucramiento de la emigración alemana en Londres. La confrontación de las fuentes disponibles.

Esto es todo cuanto hemos podido extraer de las fuentes inglesas y francesas en relación a la reunión del 28 de septiembre de 1864. Sabemos, sin embargo, que también la emigración alemana participó. Tomamos del programa mencionado el hecho de que Eccarius había sido presentado antes de la reunión como uno de los principales oradores. Marx y Eccarius fueron nombrados, durante la reunión, como miembros del Consejo central provisorio. Surge así el interrogante: ¿en qué medida los comunistas alemanes colaboraron con la preparación de este encuentro?

Una contribución a la solución de tal cuestión nos ofrece el siguiente párrafo de la carta de Marx a Engels del 4 de noviembre de 1864 [reproducida más extensamente en el apéndice].

“... Hace un tiempo los obreros londinenses habían enviado un mensaje a los obreros parisinos a propósito de Polonia, proponiendo una acción común sobre esta cuestión.

“Por su parte, los parisinos enviaron una delegación, encabezada por un obrero de nombre Tolain, candidato de los obreros en las últimas elecciones de París, un muy buen muchacho (como lo eran también sus compañeros). Para el 28 de septiembre de 1864, fue convocado por Odger (zapatero, presidente del local Council of all London Trades' Unions y también de la Trade's Unions Suffrage Agitation Society, que está en conexión con Bright) y por Cremer (albañil y secretario de la Mason's Union); un mitín público en St. Martin's Hall. (Estas dos personas habían organizado el gran mitín de las Trade Unions a favor de América del Norte en St. James Hall bajo la presidencia de Bright y también las manifestaciones por Garibaldi.)

Me enviaron a un tal Le Lubez para saber si yo participaría de la reunión por los obreros alemanes y, especialmente, si quería designar a un obrero alemán como orador para el mitín. Designé a Eccarius, que estuvo magnífico, y yo asistí, sin intervenir, desde la tribuna. Sabía que esta vez, tanto del lado londinense como del parisino figuraban verdaderas 'potencias', y decidí por ello desistir de mi habitual regla de declinar toda invitación de este género.

“(Le Lubez es un joven francés de unos 30 años, que fue criado sin embargo en Jersey y en Londres; habla inglés admirablemente y es un óptimo intermediario entre los obreros franceses e ingleses). (Maestro de música y leçons of french.)

“En la reunión, que estaba llena hasta el sofocamiento (ya que evidentemente hay en curso un despertar de las clases trabajadoras) el mayor Wolff (Thurn-Taxis, ayudante de Garibaldi) representaba a la London Italian Workingmen's Society. Fue decidida la fundación de una Asociación Internacional de los Trabajadores, cuyo Consejo General residirá en Londres y tendrá que 'vincular' a las asociaciones obreras de Alemania, Italia, Francia e Inglaterra. Se decidió también con-

vocar para 1865, un Congreso General de los Trabajadores en Bélgica. En el curso de la reunión fue nombrado un Comité provisorio: Odger, Cremer y muchos otros, en parte viejos cartistas, viejos owenistas, etc. por Inglaterra; el mayor Wolff, Fontana y otros italianos por Italia; Le Lubez etc. por Francia; Eccarius y yo por Alemania. El Comité fue autorizado a cooptar a su discreción a muchas otras personas...”

Entre las cartas de Marx, se encontraron también las dos cartas siguientes, una de Eccarius, con fecha 26 de septiembre de 1864 y una de Cremer con fecha 28 de septiembre de 1864, que en algunos puntos confirman su descripción.

La primera carta dice:

“Querido Marx: Me encuentro en una situación embarazosa, tengo que hablar en una reunión pública sobre un programa del cual no conozco el contenido y no comprendo el idioma. Odger anoche (después de las 11) me pudo decir solamente que se trata de la prensa, de un congreso, de crédito bancario, de sustento recíproco en el viaje, etc. Si por casualidad los franceses hubiesen estado contigo y tú conocieses el contenido del programa, házme saber dónde y cómo se deben mencionar algunos puntos del contenido. Si debo permanecer en la oscuridad hasta cuando lo escuche leer mañana por la noche en la reunión, seguramente podré decir bien poco a respecto.

Hoy tengo mucho que hacer, de lo contrario iría personalmente. Un saludo de tu I. G. Eccarius”.

La segunda carta afirma:

“Al Dr. Marx. Señor: El Comité organizador de la reunión de la cual se informa en el artículo adjunto solicita respetuosamente el favor de vuestra participación. La exhibición de la presente nota le permitirá de acceder a la Sala, donde el Comité se reunirá a las 7:30. Con afecto, W. R. Cremer”.

Tenemos también una mención proveniente de Lessner: “Los trabajadores ingleses han invitado a esta reunión también a los miembros de la C.A.B [asociación de los comunistas alemanes exiliados en Londres] y, al mismo tiempo, nos pidieron contactarnos con Karl Marx para que también él estuviese presente. La C.A.B. me envió a lo de Marx. Le informé del deseo de los trabajadores ingleses y, después de algunos deta-

lles acerca de los promotores y de las metas de la reunión, Marx accedió a participar”. Estas afirmaciones no concuerdan del todo con las palabras de Marx.

Nettlau, deduce de la declaración de Lessner que “del rol de Marx no se puede siquiera hablar” porque él “estaba lejano al grupo activo que al final logró realizar la reunión”, y agrega un testimonio, de Hermann Jung: “Jung le contó a un amigo ruso que antes de la fundación de la Internacional, él le había escrito a 14 protagonistas del Cuarenta y Ocho, y a otras personalidades notables (entre las cuales L. Blanc, Ledru-Rollin, Herzen, Bakunin, Mazzini, Marx, Eccarius) y que sólo Mazzini y Marx le habían contestado”.

No sabemos quién es este amigo ruso. Es, sin embargo, posible que el cuento de Jung fuera mencionado con exactitud, sin embargo, nos hace dudar de las declaraciones de Lessner y aún más de Jung, la circunstancia de que Lessner, como miembro del Comité central de la AIT, haya sido presentado por primera vez y electo el 1° de noviembre (y no en la primera sesión como cuenta, sino en la cuarta) y así también Jung, mientras en cambio Marx fue nombrado al final de la primera sesión.

También la siguiente carta de Le Lubez a Marx, escrita dos días después de la reunión, indica que Marx jugó un rol antes de esta reunión y que desde el principio había sido considerado tanto por los ingleses como por los franceses como un miembro importante del Consejo central recién electo. Es además evidente a partir de esta carta —como ya lo era de aquella de Marx a Engels citada previamente— que Marx no había sido siempre hostil a Le Lubez y a sus colaboradores, como presume Nettlau, sin por otro lado aportar elemento alguno para sostener su tesis.

“Querido ciudadano:

Le envió la dirección de los corresponsales de la Asociación en París: Fribourg, fabricante de agua fuerte, Rue Fontaine des Ternes 4, 18me arrondissement; H. Tolain, Rue Fontaine au Roi, 29; A. Limousin, trabajador de la pasamanería, Rue d’Orillon 34. Le ruego que presente respetuosos saludos a la Señora y las señoritas Marx. Le estrecho cordialmente la mano. Le Lubez”.

Con la misma perentoriedad con la cual Nettlau niega cualquier participación de Marx en los preparativos de la reunión en St. Martin's Hall, John Spargo [en su biografía de Marx 1910] atribuye a los dos alemanes el rol determinante: *"Marx y Eccarius cultivaron la idea de la Internacional mucho antes de que se ponga en la mente de Odger y otros líderes obreros ingleses. Cuando tuvo lugar, en abril de 1864, la gran reunión para protestar contra la brutal represión de la insurrección polaca, seis delegados franceses estaban presentes. En esta reunión fue constituido un Comité de obreros ingleses para enviar un 'discurso de fraternidad', a sus hermanos franceses... Eccarius era miembro de este comité. Hay quien reconoce su mano en los sucesivos desarrollos del plan y sospecha la inspiración en Marx. En una de sus reuniones, el comité decidió extender el ámbito de la futura reunión, invitando a obreros de otras nacionalidades, en particular de Alemania e Italia. Ya no era un movimiento con tendencia a crear una alianza anglo-francesa, sino a crear una alianza de los obreros de todos los países.*

Por razones que aparecen demasiado obvias a la luz de lo que sucede en la reunión, el Comité deseaba obtener sobre todo la cooperación de la C.A.B. y una especial resolución fue adoptada al invitar a dicha organización a participar del encuentro internacional. La resolución expresaba el deseo de que 'el Dr. Marx participara como delegado'.

La narración es del todo plausible, pero Spargo no señala sin embargo sus fuentes. La versión de Lessner nos parece relevante, pero ella no señala propósito alguno. Lo mismo sucede con Eccarius en su artículo en el *Times*. Es del todo verosímil que Eccarius y Lessner, como miembros del C.A.B. y, al mismo tiempo, de los sindicatos ingleses, se encontrasen en contacto con los dirigentes obreros ingleses. Es igualmente posible que —como ya hemos sostenido previamente— tales relaciones hayan sido reestablecidas durante la gran huelga de los obreros agrícolas. Aún más verosímil es que la agitación a favor de los insurrectos polacos las haya vuelto aún más sólidas.

Pero esto es todo lo que los documentos disponibles nos permiten afirmar. Es claro que la presencia de Marx en la reunión del 28 de septiembre y su elección como miembro del Consejo central prueban con suficiente seguridad que él no estaba muy lejano y que directa o indi-

rectamente, estaba en contacto con "el grupo activo que finalmente logró realizar la reunión".

Lamentablemente, ni siquiera la siguiente carta del profesor Beesly aporta algún elemento de hecho. Es una respuesta al pedido del corresponsal en Londres del *Vorwärts*, Max Beer, autor de la Historia del Socialismo en Inglaterra, y fue publicada como contribución a la historia de la AIT, en ocasión del 40° aniversario [en el *Vorwärts* del 28 de Septiembre 1904].

"Cuarenta años de la Internacional.

La primera reunión de la AIT que presidí estaba compuesta principalmente por tradeunionistas ingleses, los elementos de la clase obrera más inteligentes y más interesados en las cuestiones generales. Pocos, o a lo mejor ninguno entre ellos, pertenecía a alguna escuela socialista. La mayoría de ellos —creo— habría dudado en definirse como socialista. Ellos querían el sufragio parlamentario para poder eliminar las leyes antisindicales. Habían adherido a la Internacional porque experimentaban un cálido sentimiento de fraternidad hacia sus compañeros de trabajo del continente, a los cuales se sentían apegados más estrechamente que a las clases poseedoras de su propio país. Sostenían que la Internacional podía contribuir a impedir las guerras y a desalentar el militarismo.

A mi modo de ver, ésta es, sino la única, la principal tarea a la cual una asociación internacional puede dedicarse con gran ventaja. Como me parece un signo positivo de los tiempos el esfuerzo altamente eficaz del Partido Socialista francés en esta dirección. Es verdaderamente deplorable que el militarismo en Inglaterra y en Alemania no haya encontrado todavía una resistencia similar".

Sólo por afán de completar, presentamos también un relato que proviene de uno de los participantes italianos de la reunión. Es la opinión de Amilcare Cipriani, el viejo revolucionario. El 19 de agosto 1910 escribió al historiador italiano Giovanni Domanico: *"Tú quieres saber cuál es el rol que jugué en la fundación de la Internacional. Declaro enseguida que fue algo fortuito lo que hizo que yo me encontrara en esa reunión, que entonces nadie preveía que fuera a volverse célebre. Yo me encontraba de paso en Londres, cuando por casualidad fui presentado*

a Engels, y otros de los cuales me he olvidado los nombres y que fueron, luego, los fundadores de La Asociación Internacional de los Trabajadores. Mazzini fue invitado a participar de esta reunión que se desarrollaría en el St. Martin's Hall, detrás de la National Gallery, Trafalgar Square. El gran republicano rechazó; entonces, un inglés, de quien no recuerdo con precisión el nombre, me suplicó que lo reemplazase como representante de Italia. Me resistí un poco pero terminé aceptando y al otro día, el 28 de septiembre, nos reunimos en la sala posteriormente histórica. Excluyendo a tres o cuatro personas, yo no conocía a los demás. Se sesionó, creo, un par de días. Aquellos que hicieron uso más frecuentemente de la palabra fueron Engels y otros dos de quienes ignoraba los nombres. Entonces cuando todo terminó nos dividimos impresos, estatutos y otras cartas, y yo volví finalmente a Egipto".

Por indudable que sea la sinceridad de este testimonio, su relato parece tan fantástico que lleva a dudar incluso de que Cipriani haya estado en Londres en septiembre de 1864. Como representantes oficiales de Italia figuraban Wolff y Lama. Engels en aquel momento se encontraba en Manchester y, como vimos antes, fue puesto al corriente de los acontecimientos por Marx. La sesión no duró dos días sino una noche. Y aún: en una carta a su amigo Paolo Valera, el mismo Cipriani escribe que él había conocido a Mazzini recién en 1867, a través de Wolff y Domenico Lama.

Toda la historia a lo mejor se aclara considerando que Cipriani en aquel período, en septiembre de 1864, había enviado desde Alejandría, Egipto, a nombre de la sociedad obrera local, un mensaje de simpatía a los obreros londinenses en ocasión del recibimiento que ellos habían organizado a Garibaldi y este hecho, que coincide con la fundación de la AIT, fue confundido por él con otros vividos en Londres en 1867.

En cuanto a Mazzini, a pesar de haber escrito más tarde una serie de artículos sobre la AIT y sus relaciones con la misma, tampoco nos informa nada sobre la reunión de fundación. No menciona ni siquiera la invitación recibida y no aclara las razones por las cuales la declina.

Esto es todo lo que sobre la histórica reunión del 28 de septiembre de 1864 pueden referirnos las fuentes, a mi parecer no muy ricas. A continuación, trataremos de ofrecer un cuadro sintético.

La reunión en St. Martin's Hall, según el relato del Bee-Hive.

A propuesta de Butler, fue electo en la presidencia el profesor Beesly. Recibido con un gran aplauso, dio comienzo a la reunión. Dijo que en última instancia ésta derivaba de la participación de una delegación de los obreros parisinos en la reunión sobre Polonia en St. James Hall. De hecho a continuación de esa reunión, se constituyó un comité de trabajadores ingleses que proyectó y presentó a los trabajadores parisinos una declaración de fraternidad. Este escrito llevó a la actual delegación, enviada aquí por los trabajadores parisinos con una declaración en respuesta. Acoger a esta delegación y recibir la declaración de respuesta es la finalidad de la actual reunión.

Se declaró profundamente convencido que los resultados de esta reunión darán lugar a actividades en común y sentimientos fraternos entre los trabajadores ingleses y los de los demás países. Después, el orador ilustró de modo bastante detallado la necesidad de un estrecho vínculo entre Francia e Inglaterra, en su opinión, indispensable para la seguridad y el mantenimiento de la libertad del mundo entero. Denunció las injusticias cometidas por el gobierno en violación de las normas del derecho internacional y declaró que el gobierno inglés era tan malvado como algunas de las potencias continentales, si no incluso peor. Inglaterra mantenía injustamente sus posesiones en Gibraltar; su conducta en China, Japón, India y en cualquier lado era indigna y carente de principios.

Invitó vivamente a los presentes a rechazar los sentimientos egoístas que a menudo se esconden detrás del patriotismo, y a sostener sólo los principios justos e igualitarios de la conciencia. Comparó luego los diversos métodos con los cuales los franceses y los ingleses buscaban defender el derecho al trabajo, y concluyó su discurso de gran impacto, entre vivos aplausos.

Entonces un coro de obreros alemanes ejecutó en forma excelente dos cantos. Luego Odger dio lectura al Llamamiento que había sido enviado por el comité inglés a los obreros de París y que fue acogido con vivísimas aclamaciones.

Tolain, uno de los delegados franceses, entre el entusiasmo general, leyó entonces, en francés, la respuesta de los obreros connacionales, que enseguida después fue traducida al inglés por Le Lubez, y acogida con explosiones de entusiasmo. He aquí el texto de la respuesta.

“Hermanos y amigos:

Tienen razón, el sentimiento que nos une es el signo de un futuro mejor, por la sinceridad de los pueblos. No es más tolerable que Césares, con la frente manchada por una corona ensangrentada, se repartan pueblos destruidos por la rapiña de los grandes países y devastados por guerras salvajes. Una vez más, Polonia es cubierta por un sudario ensangrentado y nosotros hemos permanecido como espectadores impotentes.

“La opresión de un solo pueblo constituye un peligro para la libertad de los otros pueblos. En nombre de la misma dignidad, cada hombre libre, o que desea serlo, tiene que ofrecer su ayuda a los hermanos oprimidos. Sin duda tendremos muchos obstáculos por superar, más de uno caerá como mártir en la lucha. No importa: a la libertad, al progreso como a la tierra le son necesarios el abono.

“¡Preparémonos alegremente para la lucha! Es necesario que el pueblo haga escuchar su voz en todas las grandes cuestiones políticas y sociales, haciendo notar a los déspotas que el fin de su tiranía ha llegado.

“Trabajadores de todos los países que quieren ser libres, les toca ahora a ustedes hacer los congresos. Finalmente el pueblo vuelve a la escena, conciente de su propia fuerza, erigiéndose contra la tiranía en el orden político y el monopolio, y contra el privilegio en el orden económico.

“Desde hace mucho tiempo, gracias a los descubrimientos científicos, la industria desarrolla cada día su producción; el uso de las máquinas, facilitando la división del trabajo, aumenta su potencia, mientras los tratados comerciales, inspirados en la doctrina del libre cambio, abren en todos lados nuevas salidas.

“Progreso industrial, división del trabajo, libre cambio, éstos son los tres puntos que deben atraer toda nuestra atención, ya que son susceptibles de cambiar las condiciones económicas de la sociedad. Empuja-

dos por las necesidades contingentes, por la fuerza de las cosas, los capitalistas se concentran y organizan potentes asociaciones financieras e industriales. Si no estamos atentos y tomamos medidas de defensa, reinarán pronto de un modo despótico.

“No es el caso de subrayar cuánto haya de ridículo en el consejo que nos vienen prodigado: ‘ahorren’. ¡Vemos a la futura aristocracia apropiarse de la gestión de nuestros más modestos ahorros, inspirada ‘por un sentimiento caritativo y por la necesidad de protegernos!’ Esta se destaca en arrancarle al trabajador, con mucha astucia, la gestión de sus modestos ahorros, en lugar de estimular en él el espíritu de iniciativa. Nuestras débiles pertenencias, engullidas en esta mina de oro, nos hacen siervos de los príncipes de las finanzas, mientras que la división del trabajo tiene el objetivo de hacer de cada obrero un engranaje en las manos de los grandes barones de la industria.

“Frente a esta organización potente e informada, todo se dobla, todo cede, el hombre aislado no es nada: siente disminuir todos los días su libertad de acción y su independencia. Frente a esta organización, la iniciativa individual se apaga o se regula en ventaja para esa organización. El trabajo es la ley de la humanidad, la fuente de la riqueza pública, la base legítima de la propiedad individual. Tiene que ser sagrado y libre.

“Ahora, cualquier cosa que digan hoy los sumos sacerdotes de la economía política y social, nosotros afirmamos que no es verdad. Sabios teóricos encorvados sobre sus libros, formulan axiomas que reciben a cuenta nuestra crueles desmentidas. Parece que queremos ver el problema desde un solo punto de vista, el del consumo. Pero en virtud de la ley de la oferta y la demanda, el obrero es asimilado por ésta como un producto manufacturero. ¿Un hombre ilustre del Estado inglés no ha dicho acaso ‘cuando dos patronos corren tras un obrero el salario aumenta, cuando dos obreros corren tras su patrón el salario disminuye’?

“Cuando el capital, fecundo sustento del trabajo, se vuelve su implacable dominador y reduce al trabajador al hambre, el fenómeno es definido como ‘intercambio de servicios’ o ‘libertad de transacción’. Cuando el industrial, encontrándose en condiciones desfavorables, disminuye el precio de la mano de obra para reestablecer el equilibrio perdido

entre él y sus rivales, lo que tenemos es 'libertad de competencia'. Como si el libre cambio no debiera tener como resultado otra cosa que el desplazamiento del campo de batalla.

“¿De qué nos serviría, el día de la pacificación universal, sepultar en el fondo de los arsenales los cañones y las armas de precisión, si después debemos, gracias al vapor y a la electricidad, sustituirlos con medios de destrucción aún más terribles?”

El libre cambio, completado por la libertad del trabajo, no perpetúa la lucha; por el contrario, desarrollará las actitudes y el genio propio de cada pueblo, transformando finalmente a los enemigos en émulos.

“Pero por falta de formación profesional, la ciencia es privilegio del capital; a causa de la división del trabajo, el obrero no es más que un agente mecánico y el libre cambio, sin la solidaridad entre los trabajadores, originará una servidumbre industrial, más implacable y más funesta para la humanidad de la que fue destruida por nuestros padres en los grandes días de la revolución francesa.

“Esto no es en modo alguno un grito de dolor, no, es un grito de alarma.

“Debemos unirnos, trabajadores de todos los países, para oponer una barrera infranqueable a un sistema funesto que amenaza dividir a la humanidad en dos clases. Una plebe ignorante y furiosa y una oligarquía pletórica y barrigona. La liberación puede venir de la solidaridad.”

Le Lubez, precisaba entonces, querer exponer a la asamblea los aspectos fundamentales del plan de acción de los obreros franceses. Estos proponían la institución de una Comisión central, compuesta por obreros de todos los países que, como estaba proyectado, representase a la Asociación. La Comisión central constituiría subcomisiones con sedes en todas las capitales europeas, en correspondencia con la Comisión central de Londres. La Comisión central debía indicar las cuestiones que todas las subcomisiones debían poner en el orden del día en reuniones cuyos resultados serían informados a la Comisión central. Por el momento las mismas declaraban no poder enunciar normas para la conducción de tales organizaciones locales, ya que éstas debían resultar conformes a las leyes de los respectivos países de pertenencia.

Se propuso realizar en Bélgica, al año siguiente, un congreso obre-

ro con representantes de distintos países para elaborar las normas necesarias para la conducción de la asociación.

Después de la ejecución por parte del coro alemán de algunos cantos, Le Lubez leyó el Llamamiento que Lefort había redactado (el relato inglés define a Lefort como “organizador del movimiento obrero francés”).

“Ciudadanos:

Libertad es la primera palabra que pronuncia en voz alta, o a baja voz, el francés que llega a Inglaterra. Y tampoco nosotros dejaremos de hacerlo, nosotros que, gracias a la libertad de reunión gozada por ustedes, podemos brindarles la santa alianza de la igualdad.

“Igualdad es la primera palabra que el inglés pronuncia cuando llega a Francia.

“Pero cuando se analizan con detenimiento estas palabras, se llega a la dolorosa convicción de que ustedes, los ingleses, no son verdaderamente libres –permítanme decirselo– y que nosotros franceses, no somos verdaderamente iguales. De hecho, ¿qué es la libertad sin la igualdad? ¿Qué es la igualdad sin la libertad? Es un organismo incompleto que no tiene la plenitud de vida a la cual la legítima ambición del hombre puede aspirar.

“Quien dice desigualdad, dice inferioridad. Entonces, ¿se puede ser realmente libre frente a aquél que es superior, no por efecto de facultades naturales fecundadas por el trabajo personal, sino por el efecto de instituciones que arbitrariamente constituyen privilegios? ¿Y se puede ser realmente iguales allí donde la libertad es el privilegio de algunos?... En realidad, ésta es la definición del despotismo.

“Creo que es correcto decir y repetir esta verdad, elementos esenciales de nuestro progreso: la libertad y la igualdad no pueden existir aisladamente, las mismas se completan una a la otra, y es necesario cuidarse de la trampa que nos tienden los aristócratas y los déspotas oponiendo la una a la otra.

“Es sólo a partir de su unión que puede nacer el progreso y ustedes deben perseguir la conquista de la igualdad con el mismo ardor con el cual nosotros debemos perseguir la conquista de la libertad.

“Yo no creo, como muchos amigos sinceros del pueblo, que cada mal político y social venga de la ignorancia. Sí, es verdad, la ignorancia es una noche del espíritu en la cual la verdad no puede ser descubierta. Pero en Inglaterra, con la libertad de prensa y de reunión, y en Francia, después de la revolución del 1792 y de 1848, las penumbras –yo pienso– fueron disipadas, al menos en gran parte, por el esplendor de esta libertad y de estas revoluciones cuyo rastro luminoso dura aún y va a durar por siempre, ¡no importa lo que se diga o se haga! El mal no viene tanto de la ignorancia como del egoísmo y de la vileza.

“Pido perdón a mis conciudadanos que han conquistado gran reputación de valor sobre los campos de batalla, pero enfriaré sus prejuicios nacionales. Francia sería mucho más grande, mucho más gloriosa, en el verdadero sentido de la palabra, si ellos hubiesen dedicado a la reivindicación de sus derechos políticos y sociales aquella energía, aquel ímpetu puramente francés, que han prodigado sobre los campos de batalla, en combates infecundos o, como mucho, fecundos de calamidad. Ellos han servido de hecho para desarrollar el estúpido prejuicio de la gloria militar, para hacer triunfar la ambición mezquina de los déspotas, para fomentar los odios entre los pueblos, para dividirlos infinitamente, para hacer reinar mejor a todos los opresores, cuya razón de ser es justamente este antagonismo entre los pueblos.

“Nosotros venimos hacia ustedes a ponerle fin a esta situación, para decirles: ¡conozcámonos, amigos, amémonos, ayudémonos! Venimos a pedir hospitalidad a la libertad para ponerla al servicio de nuestro triunfo común: igualdad y justicia. ¿Cómo? Con la organización. Aislados no somos nada. Las naciones no menos que los individuos.

“Nosotros podemos mucho a través de la unión de los que saben con los que se atreven. Nosotros sabemos dónde está el mal. Para encontrar el remedio y para aplicarlo hay que buscar, hay que osar, hay que luchar.

“Nosotros, los franceses, estamos encerrados en la misma prisión de una legalidad mal definida, o mejor dicho, bien definida si se la llama arbitrio. Y bien, haremos los esfuerzos para reaccionar en cada caso, sin miedo y de un modo imparable, para reagrupar alrededor nuestro a los más tímidos con nuestra audaz prudencia.

“Y los que no se contentan con proclamar la justicia en teoría sino que buscan también realizarla, no tendrán más el derecho de decir: ¡si supiésemos, si pudiésemos! Gracias a nuestra y a vuestra iniciativa, ellos sabrán, podrán, querrán.

“¿Cómo? No hay que cansarse de repetirlo: con la organización. No somos batallones, seremos un regimiento, un ejército. Es hora de terminar con las apelaciones a la buena voluntad de nuestros adversarios y enemigos. Cromwell decía: ‘tengan confianza en Dios y... tengan seca vuestra pólvora para disparar’. Y decía bien. ¡Paz a los hombres de buena voluntad! Sí, pero guerra a los hombres de mala voluntad.

“¡Tenemos que tener confianza en nosotros mismos! No creamos, como pretenden ciertos filósofos inmersos en el estudio solitario de sus abstracciones, que el progreso esté escrito en el destino. El progreso no es más que la resultante de nuestros esfuerzos. No hay que esperar la salvación de la fuerza de las cosas. Este es un lugar común tan falso como banal. No hay que esperar, resignarse, hay que darse que hacer, hay que luchar. Hay que poner en marcha la fuerza de los hombres, que todos tienen, aunque sea en diversos niveles.

“La realidad es pasiva, no vale más que por la acción que nosotros ejercemos sobre ella. Es de nuestro saber y de nuestra energía o de nuestra ignorancia y de nuestra apatía, que depende la transformación de la realidad en eventos positivos o negativos.

“¿Qué es entonces este trabajo? ¡Ustedes lo saben bien, trabajadores! Es el esfuerzo, es la lucha en contra de las cosas, que pueden ser dominadas por la fuerza de los hombres, fuerza intelectual, moral, material. ¡No esperemos nuestra salvación más que de la fuerza de los hombres, y seremos fuertes uniéndonos!

Nunca se está suficientemente convencido del hecho de que cada uno de nosotros puede llegar a ser agente del progreso general a través de los propios esfuerzos particulares, por pequeños que puedan ser o parecer. No se está nunca suficientemente convencidos del hecho de la potencia o de la iniciativa de cada uno.

“Mis amigos, que hablan inglés, les dirán de los medios que les proponemos para volver efectiva la solidaridad de los trabajadores, orga-

nizando sus asociaciones en todas las naciones en las cuales quieran conquistar la igualdad social”.

Wheeler propuso entonces la siguiente resolución:

“Habiendo esta asamblea escuchado la respuesta de los hermanos franceses a nuestro discurso, una vez más les damos a ellos nuestra bienvenida y, ya que su programa está concebido para el beneficio de la comunidad de los trabajadores, lo aceptamos como fundamento de una asociación internacional. Por lo tanto elegimos un comité, con facultad de incrementar el número de sus miembros, para definir reglas y ordenamientos de dicha asociación”.

En un excelente discurso, como es mencionado en el relato inglés, Wheeler alentó vivamente la aprobación de esta resolución y se alegró por la nutrida participación en la reunión. Considerando el despotismo francés, la aspereza de la legislatura francesa, los compañeros franceses se habían ganado una gran confianza por el modo en el que habían reaccionado.

La resolución fue apoyada por William Dell. El recomendó a los obreros no limitarse sólo a estar presentes esa noche y levantar la mano a favor de la resolución, sino a trabajar con celo y seriedad hasta que la reunión rindiese buenos frutos. Señaló con energía el camino por el cual los trabajadores pueden contribuir a la consecución de grandiosos resultados indicados por la reunión y concluyó entre los aplausos.

La resolución también fue sostenida por discursos brillantes: por el obrero alemán Eccarius; por el mayor Wolff, en nombre de los obreros italianos; por el obrero francés Bocquet y por Forbes, que llamó la atención de la asamblea sobre la dramática situación de Irlanda. La resolución fue puesta entonces a votación y aprobada por aclamación.

Fue constituido un amplio comité compuesto por obreros de todos los países, para dar aplicación a los conceptos fundamentales de la resolución. Eran miembros del comité: Blackmore, Whitelock, Fox, Nieass, Noble, Harwell, Odger, Gray, Stainsby, Weston, Cremer, Morley, Pidgeon, Lucraft, Longmaid, Le Lubez, Wheeler, Leno, Lama, Eccarius, Trimlett, Howell, Denoual, Shaw, Shearman, Osborne, Richardson, Facey, Goddard, Kethrik, Bocquet y Marx.

Los orígenes de la primera internacional

La reunión, caracterizada por una apasionada participación, concluyó con un cálido agradecimiento al profesor Beesly, sobre quien se expresaron valoraciones, ya sea por su conducción de los trabajos como presidente, como por su seria defensa de los intereses de los trabajadores. Tras vivas por los obreros franceses y tras vivas por los obreros de los demás países concluyeron finalmente las sesiones.

De la reunión en St. Martin's Hall emerge la voluntad de alcanzar una asociación internacional de los trabajadores, pero falta un programa unitario. Será necesaria la obra del Consejo General y, en éste, de Marx.

Cuando la reunión en St. Martin's Hall finalmente fue realizada, la insurrección polaca hacía tiempo que había sido completamente aplastada, insurrección que puede ser considerada, sin lugar a dudas, como el motivo del primer encuentro entre obreros ingleses y franceses en julio de 1863. Toda esperanza de una próxima liberación de Polonia tuvo que ser abandonada. La proyectada presión sobre los dos gobiernos a favor de Polonia no había podido profundizarse eficazmente.

El gobierno ruso, que se había asegurado la ayuda de Prusia con la convención del 8 de febrero de 1863, no había renunciado a ningún medio para domar la insurrección en el menor tiempo posible. Junto con las más despiadadas medidas represivas, estuvo también la acción de reforma a favor de los campesinos polacos, que no sólo ganó al gobierno ruso el aplauso de toda la prensa liberal europea, sino que encontró también el juicio benévolo de Proudhon.

Beesly, de hecho, en su discurso inaugural, recordó a Polonia pero al mismo tiempo a otros pueblos oprimidos. También Tolain se detuvo sobre lo que habitualmente es considerado el objeto principal de la reunión de constitución de la AIT, pero sólo para constatar el fracaso de las acciones en favor de Polonia. Como el llamamiento inglés, éste puso en primer lugar la cuestión: ¿de qué manera los obreros de los distintos países pueden confrontar la política de gran potencia de los gobiernos y poner fin a las recíprocas carnicerías entre los pueblos?

Esta cuestión ya había recibido una contestación en el llamamiento inglés:

“Como medio para frenar el actual abuso de poder apelamos a la confraternización de los pueblos. Que haya una asamblea común en representación de Francia, Italia, Alemania, Polonia, Inglaterra y de todos los países en donde existe una voluntad de cooperación por el bien de la humanidad. Hagamos nuestros congresos y discutamos las grandes cuestiones de las cuales depende la paz de las naciones...”

Se equivoca entonces Tolain cuando escribe que en París, después de que se había dado lectura al Llamamiento inglés, habrían decidido contestar con la propuesta de un gran congreso obrero. Sería más justo decir que también los ingleses querían uno.

El Llamamiento inglés había sido determinante también por otro aspecto. Este proveía el tema general para la futura reunión obrera, motivándola con la necesidad de una lucha común contra los empresarios: *“La fraternidad entre los pueblos es más que necesaria para los intereses de los trabajadores, porque comprobamos que cada vez que se intenta mejorar nuestra condición social con la reducción de la jornada laboral o con el aumento de los salarios, los empleadores amenazan con contratar trabajadores franceses, alemanes, belgas y otros que estarían dispuestos a hacer nuestro trabajo con salarios inferiores. Y nos lamentamos de que esto haya ocurrido si bien sin voluntad alguna de nuestros hermanos del continente de hacernos daño, a causa de la falta de una regular, sistemática organización entre las clases trabajadoras de todos los países. Nosotros auspiciamos que dicha organización se concrete cuanto antes, ya que nuestro principio es elevar el salario de los obreros mal retribuidos al nivel más próximo de los mejor retribuidos y no permitir a los empleadores enfrentarnos los unos en contra de los otros para imponernos la condición económica peor, mediante contratos que apuntan a su exclusivo provecho”.*

Y es todavía el Llamamiento inglés el que prefigura una de las tareas más importantes de la futura AIT, la lucha contra las intrigas de la diplomacia secreta.

¿Qué contiene el llamamiento francés? Ante todo eleva también una enérgica protesta contra todas las formas de opresión de los pueblos.

También los obreros franceses eran partidarios de realizar lo antes posible un congreso de los obreros de los distintos países. También ellos llamaban la atención sobre las condiciones económicas, pero a diferencia de los obreros ingleses, que ponían en primer plano como punto de partida la lucha sindical, Tolain y sus compañeros subrayaban el influjo determinante que tiene el desarrollo de las fuerzas productivas, la consecuente concentración de los capitales y el dominio de las grandes sociedades financieras e industriales. En consecuencia ellos habrían querido poner en primer plano, en las futuras discusiones, la cuestión del desarrollo industrial, de la división del trabajo, del libre comercio. En este llamamiento encontramos la repetición, en forma sintética de la crítica desarrollada por Proudhon a la competencia capitalista y a los monopolios. El llamamiento concluía con la mención al dañino desarrollo de la división del trabajo y con la recomendación de la instrucción profesional.

El discurso de Lefort no contiene nada que pueda hacernos ver en él a un “verdadero socialista”, o conferirle —como sostiene en cambio Nettlau— a diferencia de los “dirigentes obreros y de los políticos de profesión” de la futura AIT, un evidente carácter socialista. No sólo este discurso, que Nettlau no conocía, sino también todo lo que conocemos de Lefort, se opone a esta tesis.

Lefort nunca fue en los años sesenta, y tampoco después, un socialista, sino un demócrata simpatizante del movimiento obrero, y reconocía en las sociedades cooperativas el mejor medio para elevar las condiciones de los trabajadores. Y si en su discurso hacía mención a la necesidad de una organización, la que él sostenía es tan poco una organización sindical como política.

Considerando el contenido de toda la reunión en St. Martin's Hall, se puede deducir lo siguiente: todos estaban de acuerdo en la importancia de constituir una asociación internacional de los trabajadores de diferentes países, para preparar una real confraternización entre los pueblos de la tierra. Los franceses propusieron un programa tan poco socialista como los ingleses. Los polacos, los italianos y los irlandeses recordaron sus reivindicaciones nacionales. No tenemos registro de lo dicho por Eccarius, el único alemán que había hecho uso de la palabra

en esta reunión.

Los trabajadores ingleses subrayaron mayormente la utilidad de una acción sindical internacional, el contraste entre un trabajador y un capitalista, mientras que los trabajadores franceses describieron ampliamente los efectos negativos del orden económico dominante sobre los pequeños productores y evidenciaron la necesidad de proteger al trabajo como base de la propiedad individual. Tanto unos como otros, veían en la falta de solidaridad la fuente de la debilidad de los trabajadores en la lucha contra los capitalistas.

En cuanto a la forma de la futura organización internacional, ella se delineaba como una sede internacional de discusión, que habría de examinar y discutir todas las cuestiones que pudiesen interesar a los trabajadores. En la resolución no había nada que hiciese pensar en una organización internacional que se pusiera el objetivo de emprender cualquier objetivo práctico, de desarrollar una actividad política o sindical a nivel mundial.

Esto era todo lo que había sido definido cuando los miembros apenas electos del Consejo central de la futura AIT se reunieron por primera vez, después de la reunión en St. Martin's Hall, para asumir la tarea a ellos confiada: redactar los estatutos y el programa de la nueva sociedad internacional. Incluso el nombre de esta nueva asociación no había sido aún decidido.

El Consejo central provisorio tenía que hacer todo esto autónomamente. La formulación del programa era así confiada a la dialéctica entre las distintas opiniones en el seno del Consejo central mismo.

MANIFIESTO INAUGURAL

Karl Marx

El Manifiesto inaugural de la AIT fue escrito por Marx entre el 21 y el 27 de octubre de 1864 y fue publicado por primera vez en el *Bee-Hive* el 5 de noviembre siguiente, al mismo tiempo que una edición como folleto con el título de Manifiesto y Estatuto provisional de la Asociación Internacional de Trabajadores. Una traducción del mismo Marx fue publicada en alemán en el *Sozial-Demokrat* números 2 y 3 del 21 y 30 de diciembre 1864. De éste último presentamos al lector los pasajes esenciales del Manifiesto y a continuación el Estatuto provisional

¡Trabajadores!

Es un hecho notable que las miserias de las masas trabajadoras no han disminuido durante el período 1848-1864, y sin embargo este período, con el progreso de la industria y del comercio, ocupa una posición única en los anales de la historia. En 1850, uno de los órganos mejores informados de la clase media inglesa predijo que, si las importaciones y exportaciones de Inglaterra aumentarían el 50%, la pobreza inglesa bajaría a cero. ¡Y bien! El 7 de abril de 1864, el ministro del Tesoro, Gladstone, entusiasmaba a su público en el Parlamento anunciando que el total del comercio exterior de Gran Bretaña en 1863 ¡había ascendido a 443.955.000 libras esterlinas! “¡Una suma asombrosa, tres veces la suma de todo el comercio británico de la época reciente de 1843!”. A pesar de esto, él habló de “pobreza”. “Piensen”, exclamó, “en todos aquellos que oscilan en el abismo de la miseria!”, en los “salarios no aumentados”, en “la vida humana que, en nueve casos sobre diez, no es sino una lucha por la existencia!”. (...)

Deslumbrado por las estadísticas sobre el progreso de la riqueza na-

cional que bailan ante a sus ojos, el ministro de Tesoro decía extasiado:

“Desde 1842 a 1852 la renta imponible nacional ha crecido 6%; en los ocho años entre 1853 y 1861, tomando como base a 1853, ha crecido 20%. ¡El hecho es tan sorprendente que llega a resultar increíble! Este embriagante crecimiento de la riqueza y del poder –agrega el Sr. Gladstone– está exclusivamente limitado a las clases poseedoras”.

Si quieren saber a costa de qué condiciones de salud irremediablemente comprometida, moral contaminada y ruina intelectual de las clases trabajadoras se ha producido y se produce este “embriagador crecimiento de la riqueza y del poder, exclusivamente limitado a la clase poseedoras”, tomen en consideración la descripción de los lugares de trabajo de los obreros de las imprentas, de los sastres y las costureras, hecha en el último Informe sobre la Salud Pública. Consideren el Informe de la comisión de 1863 sobre el trabajo infantil, donde, entre otras cosas, pueden leer: “los alfareros, hombres y mujeres, representan una población degenerada, física y moralmente”; “los niños enfermos se volverán, a su vez, padres enfermos; es inevitable un progresivo deterioro de la raza”, y también “la degeneración de la población de los barrios de los alfareros es demorada por la constante inmigración proveniente de las regiones vecinas y por los matrimonios mixtos con las razas sanas!”.

¡Dénle una mirada al Libro Azul redactado por el Sr. Tremenhoe sobre *Reclamos de los panaderos*! Quién no se estremece frente a la paradoja, registrada en los informes de los inspectores de fábrica e ilustrado por los datos demográficos oficiales según los cuales, la salud de los obreros de Lancashire mejoró inmediatamente luego de su transitoria exclusión de las fábricas por falta de algodón a pesar de que la ración de comida apenas bastaba para no enfermarse por desnutrición, y la mortalidad de los niños disminuyó porque ahora las madres podían finalmente amamentarlos en lugar de darles la mezcla de opio!

¡Pero miremos también la otra cara de la moneda! El informe fiscal sobre la renta y la propiedad, presentado el 20 de julio de 1864 en la Cámara de los Comunes, indica que las personas con una renta anual de 50.000 libras esterlinas o mayores habían crecido, entre el 5 de abril

Los orígenes de la primera internacional

de 1862 y el 5 de abril de 1863, de 67 a 80. El mismo informe revela que alrededor de tres mil personas se reparten entre sí una renta anual de alrededor de 25 millones de libras esterlinas, ¡más de la renta total asignada anualmente a toda la masa de trabajadores agrícolas de Inglaterra y Gales!

Abren el censo de 1861 y encontrarán que el número de propietarios terratenientes varones en Inglaterra y Gales descendió de 16.934 en 1851 a 15.066 en 1861, de forma tal que la concentración de la propiedad de la tierra ha crecido un 11% en diez años. Si la concentración de la tierra en pocas manos progresa de este modo, la cuestión de la tierra (*the land question*) se simplificará notablemente, como en la época del Imperio Romano, cuando Nerón se sonrió al saber que la mitad de la provincia de Africa pertenecía a sics caballeros.

Nos hemos detenido de modo tan extenso sobre estos “hechos tan sorprendentes que llegan a resultar increíbles” porque Inglaterra está a la cabeza de la Europa industrial y comercial y, de hecho, es su representante en el mercado mundial. Hace unos meses, uno de los hijos exiliados de Luis Felipe felicitaba públicamente al agricultor inglés por la superioridad de su condición respecto a la de sus compañeros menos prósperos de allende la Mancha. De hecho, con distinta coloración local los hechos ingleses se repiten de manera reducida, en todos los países industriales y avanzados del continente.

A partir de 1848 se verificó en todos ellos un desarrollo inaudito de la industria y una expansión insospechada de las exportaciones e importaciones. En todos ellos el “aumento” de la “riqueza y el poder restringido exclusivamente a las clases poseedoras” ha sido verdaderamente “embriagador”. En todos, como en Inglaterra, hubo un cierto aumento del salario real, es decir, de los medios de consumo que se podían adquirir con el monto del salario, para una minoría de la clase trabajadora, mientras que, para la mayor parte de los trabajadores, el aumento del salario nominal no ha implicado un aumento del bienestar (...).

En todas partes, las grandes masas obreras se hundieron, en la misma proporción en que, las clases superiores subían en la escala social. Y así, en todos los países de Europa, es ahora una realidad –cierta para todo espíritu libre de prejuicios y negada sólo por los astutos e

interesados predicadores de falsas esperanzas— el hecho de que el desarrollo de las máquinas, los descubrimientos de la química, la aplicación de la ciencia a la producción, el mejoramiento de los medios de comunicación, las nuevas colonias, la emigración, la apertura de mercados, el libre comercio y todas estas cosas juntas no pueden eliminar las miserias de las masas laboriosas, sino muy por el contrario, sobre la actual falsa base, cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo tiende necesariamente a agudizar los contrastes y el antagonismo social.

Durante esta “*enbriagadora época*” de progreso económico, la muerte por inanición se elevó casi al rango de institución en la capital del Imperio Británico. En los anales del mercado mundial, esta época se caracteriza por la repetición frecuente, la mayor extensión y el efecto cada vez más mortífero, de la plaga social denominada crisis industrial y comercial.

Después del fracaso de las revoluciones de 1848, todas las organizaciones y los periódicos partidarios de la clase obrera del continente fueron reprimidos por la mano de hierro del poder; los hijos más avanzados del trabajo huyeron, desesperados, a la república del otro lado del Atlántico y el breve sueño de la emancipación se disipó frente a una época de febril industrialismo, de caos moral y de reacción política. Las derrotas de las clases obreras del continente, a las cuales contribuyó en gran medida la injerencia diplomática del gobierno británico, entonces como ahora aliado con el de San Petersburgo, difundieron rápidamente su efecto contagioso por toda Gran Bretaña. La decadencia del movimiento obrero del continente, a la vez que desmoralizó a la clase obrera británica y quebrantó su fe en su propia causa, reestableció la confianza, en cierto sentido ya quebrantada, de los señores de la tierra y de los señores del dinero. Estos quitaron con deliberada insolencia concesiones que habían otorgado con tanto alarde.

El descubrimiento de nuevas tierras auríferas llevó, al poco tiempo, a un éxodo masivo que dejó atrás vacíos irreparables en las filas del proletariado británico. Algunos de los miembros más activos de su tiempo, seducidos por la visión de una mayor ocupación y de un aumento de los salarios “*tomaron en consideración las circunstancias del*

Los orígenes de la primera internacional

momento” y se quebraron políticamente. Todos los intentos por mantener o reorganizar al movimiento cartista fracasaron completamente, todos los órganos de prensa de la clase obrera cesaron sus publicaciones, uno detrás de otro, por la apatía de las masas. De hecho, nunca antes, la clase obrera inglesa había aparecido tan resignada a un estado de nulidad política. Si bien nunca había existido comunidad de acción entre las clases obreras británica y continental, ahora existía, no obstante, comunidad de derrota.

Sin embargo, el período entre 1848 y 1864 no careció de aspectos positivos. Aquí citaremos sólo dos grandes acontecimientos.

Después de una lucha de treinta años, llevada adelante con tenacidad admirable, la clase obrera inglesa logró, aprovechando una momentánea quiebra entre los señores de la tierra y los del dinero, arrancar la ley de las diez horas. Las grandes ventajas físicas, morales e intelectuales que los obreros fabriles obtuvieron de esa ley, se encuentran especificadas en los informes semestrales de los inspectores de fábrica, y son reconocida ahora por todos. La mayor parte de los gobiernos del continente adoptan ahora la ley inglesa sobre las fábricas de una forma más o menos modificada y, también en Inglaterra, su esfera de aplicación es ampliada cada año por el parlamento. Pero, además de la importancia práctica, el éxito de esta norma de trabajo tuvo otra gran consecuencia visible. La clase burguesa, a través de los más notables sabios de su propia ciencia, el doctor Ure, el profesor Senior y otros expertos de igual calaña, había anticipado, y demostrado, hasta la saciedad que toda limitación legal de la jornada de trabajo estaba destinada a hacer repicar la campana de la muerte de la industria inglesa, de una industria que debe, como un vampiro, chupar sangre humana, sobre todo, sangre de niños. Antiguamente, la matanza de los niños era un rito misterioso de la religión de Moloch, pero era practicado solamente en ceremonias especiales, quizás una vez al año y, además, Moloch no tenía una predilección exclusiva por los hijos de los pobres.

La lucha por la limitación legal de la jornada de trabajo devino cada vez más furiosa precisamente porque, al dejar de lado la exaltada codicia, estaba en juego la gran y controvertida cuestión, entre el ciego predominio de la ley de la oferta y la demanda, que constituye la eco-

nomía política de la clase burguesa, y el control de la producción social a través de los criterios de la razón y la previsión, que constituye la economía política de la clase obrera. Por eso la ley de la jornada de diez horas no fue solamente una gran conquista práctica; fue la victoria de un principio. Por primera vez, la economía política de la clase burguesa había sido derrotada delante de todos por la economía política de la clase obrera.

Pero una victoria aún más grande estaba reservada a la economía política del trabajo sobre la del capital. Nos referimos al movimiento cooperativo, o mejor dicho a las fábricas cooperativas, creadas por unas pocas manos audaces. Es imposible exagerar el valor de estos grandes experimentos sociales. A través de los hechos, y no sólo con argumentos, demostraron que la producción en gran escala y en armonía con el progreso de la ciencia moderna puede llevarse a cabo prescindiendo de una clase de patronos que utiliza el trabajo de una clase de obreros no calificados; que no es necesario que, para dar frutos, los medios de trabajo fueran monopolizados como medios de poder y de explotación de los obreros; y que, al igual que el trabajo de los esclavos, y el trabajo de los siervos de la gleba, así el trabajo asalariado es sólo una forma social transitoria y subordinada, destinada a desaparecer frente al trabajo asociado que cumple su obra con mano voluntariosa, intelecto vigoroso y corazón alegre. En Inglaterra, las semillas del sistema cooperativista fueron sembrados por Robert Owen; los primeros experimentos obreros probados en el continente fueron, de hecho, el éxito práctico más inmediato de las teorías que en 1848 fueron, no inventadas, sino proclamadas en voz alta.

Al mismo tiempo, la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha demostrado, sin duda, lo que los líderes más perspicaces de la clase obrera habían afirmado ya en Inglaterra en los años 1851 y 1852, respecto del movimiento cooperativista: el trabajo cooperativo, por excelente que su fuese línea teórica como útil en la práctica, si está limitado a la restringida esfera de intentos ocasionales de obreros aislados, no está en condiciones de detener el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, de liberar a las masas y ni siquiera de aliviar tan sólo un poco el peso de su miseria (...)

La conquista del poder político es hoy, por eso, la gran tarea de las clases obreras. Así parecen haberlo comprendido, pues en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Italia se verifica un simultáneo renacimiento y se hacen intentos simultáneos por reorganizar al partido obrero. Estos intentos contienen un elemento de éxito: el número. Pero el número tiene un peso en la balanza sólo si está unido por la organización y guiado por el conocimiento. La experiencia del pasado ha enseñado que el olvido del vínculo de fraternidad, que debería unir a los trabajadores de muchos países y alentarlos a mantenerse unidos en todas las luchas por la emancipación, es siempre castigado con el fracaso total de sus intentos inconexos. Ha sido esta conciencia la que ha animado a los obreros de muchos países, reunidos el 28 de septiembre de 1864 en la asamblea pública en St. Martin's Hall de Londres, a fundar la Asociación Internacional.

Otra convicción ha animado también esa reunión.

Si la emancipación de la clase obrera exige la cooperación de varias naciones, ¿cómo alcanzar esa gran meta con una política exterior que persigue objetivos criminales, que explota los prejuicios nacionales y disipa en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo? No ha sido la prudencia de las clases dominantes, sino la heroica resistencia de la clase obrera inglesa contra su criminal estupidez la que ha preservado a Europa occidental de una cruzada más allá del Atlántico para perpetuar y propagar la esclavitud. El desvergonzado consenso, la aparente simpatía o la indiferencia idiota con las que las clases más elevadas de Europa han asistido al asesinato de los heroicos polacos y al saqueo de la fortaleza del Cáucaso por parte de Rusia; las monstruosas violaciones, permitidas sin ninguna resistencia, por parte de esta potencia bárbara, cuya cabeza se encuentra en San Petersburgo y cuya mano está en cada gabinete ministerial de Europa; han enseñado a las clases obreras el deber de penetrar en los secretos de la política internacional, de controlar los actos diplomáticos de sus respectivos gobiernos y de combatirlos, cuando fuese necesario; y si no se podía impedirlos, unirse en denuncias simultáneas y hacer valer, como leyes supremas de las relaciones entre las naciones, las simples leyes de la moral y del derecho que deberían regular los lazos entre las personas privadas.

La lucha por una política exterior de esta índole forma parte de la lucha general por la emancipación de la clase obrera.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Con este escrito, Marx sentaba las bases de un programa preciso para la acción futura de la AIT. Del desarrollo del capitalismo en Inglaterra derivaba el señalamiento de relaciones entre las clases destinadas a generalizarse y resaltaba las luchas de los obreros ingleses por la reducción del jornada de trabajo; hacía luego un balance del movimiento cooperativo y subrayaba sus límites; ponía, finalmente, en primer plano la necesidad de la organización y el deber para los obreros de "penetrar en los secretos de la política internacional".

En un punto, Marx avanzaba y señalaba los objetivos: "La conquista del poder político es hoy, por eso, la gran tarea de las clases obreras. Estas parecen haberlo comprendido, ya que en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Italia se verifica un simultáneo renacimiento y se hacen simultáneos intentos de reorganización del partido obrero".

La Comuna de París sería la confirmación más próxima: "Su verdadero secreto fue éste: que fue esencialmente un gobierno de la clase obrera, el producto de la lucha de la clase de los productores contra las clases apropiadoras, la forma política finalmente descubierta, con la cual se podía alcanzar la emancipación económica del trabajo", escribirá en la Declaración del Consejo general de la AIT, del 30 de mayo de 1871.

ESTATUTO PROVISIONAL DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

Marx

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos;

que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes;

que la supeditación del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre política, moral y material;

que, por lo mismo, la emancipación económica de los trabajadores es el supremo objetivo a que debe subordinarse todo movimiento político, como medio;

que todos los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes profesiones en cada país y de unión fraternal entre los obreros de las diversas naciones;

que la emancipación de los trabajadores no es problema simplemente local o nacional, sino que, al contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas, estando necesariamente subordinada su solución al concurso teórico de las mismas;

que el movimiento que se está efectuando entre los obreros de los países más industriales del mundo entero, al engendrar nuevas esperanzas da un solemne aviso para no incurrir en antiguos errores y aconseja combinar todos los esfuerzos hasta ahora aislados;

Por todas estas razones ha sido fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores y declara:

Que esta Asociación Internacional, como también todas las —sociedades e individuos que a ella adhieran—, reconozcan como base de su

conducta para con todos los hombres la "Verdad", la "Justicia" y la "Moral", sin distinción de color, creencia ni nacionalidad.

El congreso considera como un deber reclamar los derechos del hombre y del ciudadano no solo para los miembros de la Asociación, sino para todos los que cumplan sus deberes. No mas deberes sin derechos, no mas derechos sin deberes.

En este espíritu han sido redactado los siguientes estatutos:

Se ha fundado una Asociación para obtener un punto central de comunicación y de cooperación entre los obreros de diferentes países movidos por el mismo propósito, a saber: la ayuda mutua, el progreso y la liberación completa de la clase obrera.

El nombre de esta asociación es Asociación Internacional de los Trabajadores.

En 1865 se convocará en Bélgica un congreso internacional obrero compuesto de representantes de todas las sociedades obreras adheridas a la Internacional. El congreso deberá proclamar ante Europa las reivindicaciones generales de la clase obrera, aceptar en su forma definitiva el estatuto de la Asociación, estudiar los medios necesarios para la eficacia de su acción y designar el consejo central.

El congreso se reunirá cada año.

El consejo central residirá en Londres y se compondrá de obreros de diferentes países representantes de la Asociación Internacional; él elige de su seno a todos los funcionarios necesarios para la gestión de los asuntos: un presidente, un tesorero, un secretario general, secretarios particulares para las relaciones con los diferentes países.

Cada año el consejo central presentará un informe al congreso sobre su acción durante el mismo período, tiene el derecho de cooptación. En los casos extraordinarios podrá convocar el congreso antes que haya fenecido el término de un año.

El consejo central establecerá relaciones con las diferentes asociaciones obreras, de modo que los obreros de cada país estén constantemente al corriente del movimiento de su clase en los otros países; hará simultáneamente y dentro del mismo espíritu una encuesta sobre la situación social; los problemas propuestos por una sociedad cuya discusión sea de interes general serán examinados por todos, y cuando

Los orígenes de la primera internacional

una manifestación práctica o una dificultad internacional reclamen su acción, éste podrá actuar de un modo uniforme. Cuando se juzgue necesario, el consejo central podrá formular proposiciones y someterlas a las asociaciones locales o nacionales.

Puesto que el éxito del movimiento obrero de cada país sólo puede asegurarse por la fuerza resultante de la acción y de asociación; que, por otra parte, la utilidad del consejo central depende de su vinculación con la sociedades obreras ya locales, ya nacionales, los miembros de la Asociación internacional deberán esforzarse, cada uno en su país, por reunir en una asociación nacional las diversas sociedades obreras existentes.

CARTAS DE MARX Y ENGELS SOBRE EL NACIMIENTO DE LA AIT

El rol desempeñado por Marx en los primeros años de vida de la AIT es ilustrado por algunos pasajes de su correspondencia con Engels, Joseph Weydemeyer y Ludwig Kugelmann. Estos parecen confirmar el juicio que surge de la investigación de David Riazanov sobre el ascenso del movimiento obrero en Inglaterra y en Francia, aún cuando encontraba fuertes limitaciones. Veamos qué dice Marx a Engels en la carta del 4 de noviembre de 1864, citada ya en parte en las páginas precedentes.

Querido Friedrich...

Hace un tiempo los obreros londinenses habían enviado un mensaje a los obreros parisinos a propósito de Polonia proponiendo una acción común sobre esta cuestión.

Por su parte, los parisinos enviaron una delegación, encabezada por un obrero de nombre Tolain, el candidato de los obreros en las últimas elecciones de París, un muy buen muchacho (como lo eran también sus compañeros). Para el 28 de septiembre de 1864, fue convocado por Odger (zapatero, presidente del local Council of all London Trades' Unions y también de la Trade's Unions Suffrage Agitation Society, que está en conexión con Bright) y por Cremer (albañil y secretario de la Mason's Union); un mitín público en St. Martin's Hall. (Estas dos personas habían organizado el gran mitín de las Trade Unions a favor de América del Norte en St. James Hall bajo la presidencia de Bright y también las manifestaciones por Garibaldi.)

Me enviaron a un tal Le Lubez para saber si yo participaría de la reunión por los obreros alemanes y, especialmente, si quería designar

a un obrero alemán como orador para el mitín. Designé a Eccarius, que estuvo magnífico, y yo asistí, sin intervenir, desde la tribuna. Sabía que esta vez tanto del lado londinense como del parisino figuraban verdaderas “potencias”, y decidí por ello desistir de mi habitual regla de declinar toda invitación de este género.

(Le Lubez es un joven francés de unos 30 años, que fue criado sin embargo en Jersey y en Londres; habla inglés admirablemente y es un óptimo intermediario entre los obreros franceses e ingleses.) (Maestro de música y leçons of french.)

En la reunión, que estaba llena hasta el sofocamiento (ya que evidentemente hay en curso un despertar de las clases trabajadoras) el mayor Wolff (Thurn-Taxis, ayudante de Garibaldi) representaba a la London Italian Workingmen's Society. Fue decidida la fundación de una *Asociación Internacional de los Trabajadores*, cuyo Consejo General residirá en Londres y tendrá que “vincular” a las asociaciones obreras de Alemania, Italia, Francia e Inglaterra. Se decidió también convocar para 1865, un Congreso General de los Trabajadores en Bélgica. En el curso de la reunión fue nombrado un Consejo provisorio: Odger, Cremer y muchos otros, en parte viejos cartistas, viejos owenistas, etc. por Inglaterra; el mayor Wolff, Fontana y otros italianos por Italia; Le Lubez, etc. por Francia; Eccarius y yo por Alemania. El Comité fue autorizado a cooptar a su discreción a muchas otras personas...

Hasta aquí todo bien. Participé de la primera sesión del Consejo. Fue designado un subcomité (del cual también formé parte) para preparar una declaración de principios y los estatutos provisorios. Una indisposición me impidió asistir a la sesión del subcomité y a la siguiente sesión del Consejo general.

En estas dos sesiones –del subcomité y la siguiente sesión del Consejo general– a las cuales falté, ocurrió lo siguiente.

El mayor Wolff había presentado el reglamento (estatutos) de las asociaciones obreras italianas (que tienen una organización central, pero que, como resultó ser más tarde, son esencialmente sociedades de socorro mutuo asociadas) para que se le extrajera provecho en favor de la nueva asociación. Más tarde examiné el documento. Evidentemente era obra de Mazzini, y tú, sin duda, comprendes con qué espíritu y con

qué fraseología era tratada la verdadera cuestión, la cuestión obrera. Y cómo habían sido deslizadas las nacionalidades.

Además un viejo owenista, Weston –también él mismo fabricante, querida y buena persona– había presentado un programa lleno de la máxima confusión y de indecible prolijidad.

La siguiente sesión plenaria del comité encargó al subcomité la modificación del programa de Weston, lo mismo que los estatutos de Wolff. Wolff partió, después, para participar en el Congreso de la Asociación Italiana de los Trabajadores en Nápoles y para inducir a adherir a la Asociación central de Londres.

Otra sesión del subcomité, a la cual tampoco pude asistir porque me avisaron demasiado tarde del lugar de la reunión. En ésta fue presentada por Le Lubez “una declaración de principios” y un retoque de los estatutos de Wolff, aceptados por el subcomité para que fuesen sometidos al comité reunido en sesión plenaria. El comité se reunió el 18 de octubre. Ya que Eccarius me había escrito que era peligroso llegar tarde, me presenté y realmente me asusté cuando escuché al buen Le Lubez leer un preámbulo espantosamente retórico, mal escrito y poco pensado, que pretendía ser una declaración de principios, donde Mazzini asomaba a cada paso, disfrazado con los harapos más variados del socialismo francés. Además, en ese documento el reglamento italiano era aceptado en términos generales, lo cual, prescindiendo del resto de los errores, llevaba de hecho a algo imposible, a una especie de gobierno central (naturalmente con Mazzini detrás de los bastidores) de las clases trabajadoras europeas. Me opuse calmadamente y, después de mucho discutir, Eccarius propuso que el subcomité sometiese nuevamente la cosa a su “redacción”. Las “consideraciones” contenidas en las declaraciones de Le Lubez fueron, en cambio, votadas.

Dos días más tarde, el 20 de octubre, se reunieron en mi casa Cremer por los ingleses, Fontana (Italia) y Le Lubez (Weston no podía). Antes de ese momento, yo no había tenido entre mis manos las cartas (de Wolff y de Le Lubez) y por lo tanto no puede preparar nada; pero estaba decidido a que, posiblemente, no debiera sacar de ese documento una sola línea. Para ganar tiempo, propuse que antes de “redactar” el preámbulo debíamos “discutir” los artículos. Así se hizo. Había pasa-

do una hora de la medianoche cuando fue aceptado el primero de los 40 artículos. Cremer dijo (y a esto apuntaba yo): no tenemos nada para proponer al comité, que debe reunirse el 25 de octubre. Debemos proponerlo para el 1º de noviembre. El subcomité puede reunirse en cambio el 27 de octubre y tratar de alcanzar un resultado definitivo. La propuesta fue aceptada y las "hojas" me fueron "dejadas" para que las examinase.

Me di cuenta de que era imposible sacar algo de ese enredo. Para justificar la extraña manera en la cual tenía intenciones de redactar "las consideraciones ya votadas", escribí un Manifiesto a las clases obreras (algo que no estaba en los planes originales; una especie de reseña de las vicisitudes de las clases trabajadoras desde 1845). Con el pretexto de que todo estaba de hecho contenido en este Manifiesto, y que no podíamos decir las mismas cosas tres veces, cambiaba el preámbulo, eliminaba la declaración de principios y finalmente ponía 10 artículos en lugar de 40. En cuanto a la política internacional que hay en el Manifiesto, hablo de países, no de nacionalidades, y denuncio a Rusia, no a las naciones menores. Todas mis propuestas fueron aceptadas por el subcomité. Sólo me vi obligado a incorporar al preámbulo del estatuto dos frases sobre "deber" y "derecho", y también sobre "verdad, moralidad y justicia", que sin embargo están colocadas de una forma en que no causan daño.

En la sesión del Comité general mi Manifiesto, etc., fue aceptada con gran entusiasmo (por unanimidad). La discusión sobre el modo de imprimirlo, etc., tendrá lugar el próximo martes 8 de noviembre. Le Lubez tiene una copia del Manifiesto para la traducción al francés y Fontana otra para la traducción al italiano. (Además, hay un semanario llamado *Bee-Hive*, redactado por Potter, de las Trade Unions, una especie de... [órgano oficial].) Yo mismo debo traducir el documento al alemán.

Era muy difícil llevar las cosas de forma tal que nuestro punto de vista apareciese de una manera en que pudiese ser aceptable para el actual punto de vista sobre el movimiento obrero. Las mismas personas tendrán reuniones con Bright y Cobden dentro de un par de semanas por el derecho al voto. Es necesario un tiempo antes de que el mo-

Los orígenes de la primera internacional

vimiento resucitado consienta la antigua audacia verbal. Es necesario ser fuertes en el contenido, pero suaves en el modo. Apenas el documento esté impreso, lo recibirás.

[Marx continúa referenciando un interesante juicio de Bakunin sobre la insurrección polaca contra Rusia]... Bakunin me encarga que te salude. Hoy ha vuelto a Italia (Florencia), en donde vive. Ayer lo veía nuevamente por primera vez en 16 años. Debo decirte que me ha gustado mucho y más que antes. A propósito del movimiento polaco, dice: el gobierno ruso se ha servido del movimiento para mantener quieta a la misma Rusia, pero no había contado para nada con una lucha de dieciocho meses. Por eso la ha provocado. Polonia ha fracasado por dos razones: por la influencia de Bonaparte y, en segundo lugar, por las dudas de la aristocracia polaca en declararse desde el principio, abiertamente y sin reticencias, por el "socialismo de los campesinos". Ahora, luego del fracaso de la cuestión polaca (Bakunin), participará sólo en el movimiento socialista...

[Al final de un juicio sobre la crisis económica]... En el continente está lejos de estar superada (especialmente en Francia). Por lo demás, ahora las crisis sustituyen con la frecuencia lo que les falta en intensidad.

Salud. Tuyo, K.M.

La carta de Engels del 24 de noviembre de 1864 a Joseph Weydemeyer, que se encontraba en América del Norte en guerra contra los Estados confederados del Sur, muy interesante por los juicios sobre el escenario internacional

Querido Weydemeyer...

Aquí en Europa las cosas no van del todo bien. La represión de la insurrección polaca ha sido el último acontecimiento decisivo. Por la ayuda prestada, Bismarck obtuvo del zar el permiso para sacarle el Schleswig-Holstein a los daneses. Será necesario mucho tiempo antes de que Polonia esté nuevamente en condiciones de sublevarse, pero Polonia es absolutamente indispensable. La culpa es de aquellos

cobardes de los filisteos liberales alemanes. Si estos perros hubiesen demostrado más inteligencia y valor en la cámara prusiana, todo habría podido ir bien: Austria estaba lista para intervenir en cualquier momento a favor de Polonia, y sólo se lo ha impedido el comportamiento de Prusia y la traición del señor Bonaparte, quien naturalmente quería mantener sus promesas a los polacos sólo si hubiese podido moverse con absoluta seguridad, es decir, cubierto por Prusia y por Austria.

Vuestra guerra es verdaderamente una de las cosas más grandiosas que se puedan hallar. No obstante las muchas estupideces que se cometen en las armadas norteñas (aunque el Sur no se queda atrás), la oleada de la conquista avanza lenta pero segura, y en el curso de 1865, no podrá faltar el momento en el cual la resistencia organizada por el sur se derrumbará definitivamente y la guerra se resolverá como una cuestión de bandidos, como en la guerra de los carlistas de España y recientemente en Nápoles. Desde que existen grandes Estados, nunca se ha visto una guerra popular de ambos lados como ésta, y con seguridad ella determinará el futuro de toda América por cientos de años. Una vez que sea eliminada la esclavitud, que es el máximo obstáculo para el desarrollo político y social de los Estados Unidos, el país recibirá un impulso tal que en un lapso brevísimo alcanzará una posición muy diferente en la historia del mundo, y entonces el ejército y la flota, que la guerra les demanda, encontrarán rápidamente otro uso...

Muchos saludos a tu mujer.
Tuyo, F. Engels.

Pocos días después, el 29 de noviembre de 1864, también Marx le escribía a Joseph Weydemeyer. En la carta vierte el juicio sobre los fundadores de la AIT y sobre el movimiento a favor de los Estados americanos del Norte en Inglaterra.

Querido Weiwi...

Te mando simultáneamente por correo cuatro copias de un *Mani-*

Los orígenes de la primera internacional

fiesto inaugural de la AIT que escribí. El Consejo internacional de los obreros, de reciente fundación, es en cuyo nombre ha sido publicada. Sus miembros ingleses son en su mayoría los líderes de las Trade Unions, es decir, los verdaderos reyes de los obreros de Londres, las mismas personas que organizaron el recibimiento triunfal a Garibaldi y que con la colosal convención en St. James Hall (bajo la presidencia de Bright) le impidieron a Palmerston declararle la guerra a los Estados Unidos, cosa que éste estaba a punto de hacer. Por parte de los franceses, los miembros son poco significativos, pero son los órganos directos más visibles de los “obrerros” de París. Así también hay un vínculo con las asociaciones italianas, que han realizado hace poco su congreso en Nápoles. Aunque por muchos años siempre haya rehusado cualquier participación en todas las “organizaciones”, etc., esta vez acepté, porque se trataba de una ocasión en la cual es posible intervenir con efectos significativos...

Tuyo, K. Marx.

El mismo 29 de noviembre, Marx escribía una carta a Ludwig Kugelmann, en Hannover. En ésta encontramos confirmado el juicio sobre la AIT ya expresado a Weydemeyer, casi con las mismas palabras. Encontramos también el anuncio de una próxima publicación de *El Capital*, cuyo primer volumen será publicado, en realidad, en 1867 por Meissner en Hamburgo.

Mientras se comprometía con la acción política y con la Primera Internacional, Marx nunca había dejado de trabajar en su obra teórica, fundamento de su estrategia. Sin este trabajo de análisis, no habría tenido la profunda comprensión de la acumulación capitalista, de la concentración de la producción y de los obreros, del rol, que el proletariado estaba llamado a desempeñar en la lucha entre las clases. Es importante recordarlo

porque se nos aparecerá entonces mucho más rica y fundada su valoración, y su decisión de volver a la lucha práctica como dirigente de la AIT.

Distinguido amigo:

Usted recibe hoy de mi parte, a través del correo, seis ejemplares del *Manifiesto inaugural de la AIT* redactada por mí. Por favor, hágale llegar un ejemplar a Madame Markheim (Fulda) con mis saludos. Haga también que le sea entregado otro al señor Miguel.

La asociación, o más bien su Consejo, es importante, porque forman parte de él los líderes de las Trade Unions londinenses, la misma gente que hizo la grandiosa recepción de Garibaldi y que con la colosal convención en St. James Hall frustró el plan de Palmerston de una guerra con los Estados Unidos. También los líderes de los obreros franceses forman parte de dicho comité...

Creo que el año venidero mi escrito sobre el capital (sesenta hojas de prensa) estará finalmente listo para su publicación...

Espero tener en breve alguna noticia de Usted.

Suyo afectuosamente,
K. Marx.

La carta de Marx a su tío Lion Philips, siempre del 29 de noviembre de 1864, nos habilita finalmente una síntesis de las consideraciones desarrolladas hasta aquí.

Querido tío:

La crisis comercial, que yo te había anticipado mucho tiempo antes de que estallase, ya ha alcanzado su fin aquí desde hace tiempo, si bien sus efectos siguen siendo bastante visibles en los verdaderos distritos industriales. En cambio, se avecina a mi criterio una crisis política en la primavera o a comienzos del verano. Bonaparte ha vuelto al punto en el cual está obligado a hacer nuevamente la guerra para obtener otro préstamo. La historia de Venecia se mantiene abierta (yo conozco a algunos de los agentes de allí) de forma tal que, en caso de necesidad,

Los orígenes de la primera internacional

constituya el punto de partida. Es posible que Bonaparte encuentre de nuevo una salida y entonces mantendrá la paz (porque no es un verdadero Napoleón), pero esto no es muy verosímil.

El *Manifiesto inaugural de la AIT* impreso adjunto fue redactado por mí. La cosa es así: en septiembre los obreros parisinos enviaron una delegación a los obreros londinenses para una manifestación a favor de Polonia. En esta ocasión fue fundado un Consejo internacional de los obreros. Esto no carece de importancia porque, en primer lugar, en Londres están a la cabeza las mismas personas que organizaron la recepción triunfal a Garibaldi que con su colosal convención, con Bright, en St. James Hall, impidieron la guerra contra Estados Unidos. En una palabra, son los verdaderos líderes obreros de Londres y, con una o dos excepciones, son todos, ellos mismos, obreros. En segundo lugar, por la parte parisina son líderes Tolain (también él obrero) y Cía., es decir, las mismas personas a las cuales les fue impedido por un simple enredo de Garnier-Pagès, Carnot, etc. convertirse en los representantes de los obreros parisinos en el cuerpo legislativo en las últimas elecciones en París; y, en tercer lugar, han adherido por los italianos los representantes de los 4-500 clubes obreros italianos, que algunas semanas atrás han realizado su congreso general en Nápoles, un congreso que incluso el *Times* ha considerado tan importante como para dedicarle una docena de columnas del diario.

No en el *Manifiesto*, sino en el preámbulo de los *Estatutos provisionarios de la AIT* he debido aceptar, por cortesía con los franceses y los italianos, que aman las frases pomposas, alguna que otra expresión superflua.

Días atrás recibí de América una carta de mi amigo Weydemeyer, coronel del regimiento de ocupación en St. Louis (Missouri)...

Si reflexionas, querido tío, que hace tres años, cuando fue elegido Lincoln, se trataba simplemente de no hacer concesiones ulteriores a los esclavistas, mientras ahora el objetivo declarado y que ya en parte es una realidad, es la abolición de la esclavitud; es necesario admitir que jamás se produjo con tanta rapidez una transformación tan gigantesca. Esto tendrá los efectos más benéficos en todo el mundo...

Tu fiel sobrino,
K. M.

A fines de 1864 Marx está ya plenamente activo y sus dos cartas a Engels el 10 de diciembre y el 25 de enero siguiente nos muestran aspectos del trabajo por la AIT. En la primera vemos con cuánto empeño analítico Marx combate formulaciones erradas o equívocas. El caso de los vínculos entre Francia y el movimiento revolucionario polaco es ejemplar

Querido Fred:

El diario *The Miner and Workman's Advocate* —el portavoz de los mineros en Inglaterra y en Gales— publica todo mi *Manifiesto*. Los albañiles de Londres (más de 3.000) han anunciado su adhesión a la Asociación Internacional, gente que nunca antes había adherido a ningún movimiento.

El martes pasado fue la sesión del subcomité, en el que el señor Peter Fox (su verdadero nombre el P. Fox André) nos ha presentado su mensaje para Polonia (estas cosas siempre se tratan con antelación en el subcomité, antes de llevarlas frente al Consejo General). La cuestión no está mal escrita y Fox se ha esforzado por utilizar al menos como coloración aquella reducción a “clases” que de otra manera le resultaba extraña. Su competencia especial es la política exterior y sólo como propagandista del ateísmo ha tenido contacto con las clases trabajadoras como tales.

Pero por más que sea fácil imponer conceptos racionales a los cerebros de los obreros ingleses, hay que prestar mucha atención ni bien en el movimiento participan literatos burgueses o semi-literatos. Fox, como su amigo Beesly (profesor de economía política en la universidad de Londres, quien presidiera la convención de fundación en St. Martin's Hall) y otros “democrats” sienten, en contraste con lo que ellos no sin razón llaman la tradición aristocrática inglesa de 1791-92, un “amor” fanático por Francia, que por lo que respecta a la política exterior, no extienden sólo a Napoleón I, sino también a Boustrapa [Napoleón III].

Well! El señor Fox, no contento con decirle a los polacos en su mensaje (que, por otra parte, no debe aparecer como mensaje de toda la Asocia-

ción, sino como un mensaje de la parte inglesa sobre la cuestión polaca con la aprobación de todo el Comité) algo que es cierto, de que el pueblo francés tiene, a su criterio, una mejor tradición que el inglés; cierra su mensaje confortando a los polacos principalmente mediante la pasión de la amistad subyacente en las clases trabajadoras inglesas por los demócratas franceses. A eso me opuse. Ilustré un cuadro históricamente inimpugnable de la continua traición de los franceses a Polonia desde Luis XV a Bonaparte III. Al mismo tiempo, llamé la atención sobre la gran inoportunidad de que resultase de la Asociación Internacional la alianza anglo-francesa sólo en esta edición democrática. Para hacerla breve, el mensaje de Fox fue aceptado por el subcomité sólo a condición de que cambiase la conclusión de acuerdo a mis propuestas. Jung, secretario suizo (de la Suiza francesa) declaró que, como minoría en el Consejo general, habría propuesto que el mensaje fuese desestimado enteramente por ser completamente “burgués”...

Salud,
Tuyo K.M.

La segunda carta de Marx a Engels, 25 de enero de 1865

Querido Friedrich:

La Asociación aquí se desenvuelve maravillosamente. En su velada, en la cual no estuve presente, participaron cerca de 1.200 personas (habrían sido tres veces más si la sala hubiese sido lo suficientemente grande), lo cual ha reportado alrededor de 15 libras esterlinas a nuestra caja un poco exhausta. Han llegado cartas de adhesión de Ginebra y de varios lugares de Inglaterra.

Para los polacos tendrá lugar una reunión en el curso de febrero (especialmente con el objetivo de recolectar fondos para la nueva emigración, por eso como presidente se encuentra Lord Townshend), convocado por la Liga polaca (inglesa), por la Sociedad polaca de aquí y por nuestra Asociación...

¡A propósito! Cada secretario de nuestra Asociación recibirá la próxima semana un paquete de carnets de miembros (naturalmente de la

Asociación, no del comité) que tendrá que colocar... Tú debes procurarme algunas en Manchester. No será mucho. Pero escíbeme para saber cuántas aproximadamente debo enviarte para esto, es realmente una de las fuentes de financiación de la Asociación...

Sinceramente tuyo,
K.M.

En la descripción de los orígenes de la AIT se ha evidenciado hasta ahora fundamentalmente el rol de los obreros y de sus organizaciones en Inglaterra y en Francia, mientras del movimiento obrero de Alemania sólo hemos tenido ocasión de encontrar a exiliados políticos, sobre todos los organizados en Londres en la C.A.B. Los obreros de la Alemania de entonces, dividida aún en pequeños estados, tenían como principal organización a la Asociación general de los obreros alemanes, fundada en mayo de 1863 por Lasalle, muerto en duelo al año siguiente. Marx y Engels no aceptaban, y varias veces en su correspondencia criticaban fuertemente, las orientaciones de Lasalle y de sus seguidores en las luchas por la unificación del mercado alemán y en el apoyo al intervencionismo estatal de Bismarck en Prusia. Engels, en particular, escribía precisamente en 1864-65 "La cuestión militar prusiana y el partido obrero alemán", folleto en el que tomaba posición contra el "lassallismo" y señalaba a los obreros alemanes el camino a seguir. Engels había escrito a Marx el 5 de febrero de 1865: "en un país eminentemente agrícola como Prusia es una vergüenza lanzarse exclusivamente contra la burguesía en nombre del proletariado industrial, y al mismo tiempo olvidarse de la explotación del proletariado agrario, del sonido de

Los orígenes de la primera internacional

bastonazos, por parte de la gran nobleza feudal". En la carta del 10 de febrero de 1865 de Marx a Engels, se vuelve una vez más sobre estos temas, junto a otros aspectos de la actividad de la AIT.

Querido Federico:

La cosa [el folleto de Engels] es buena. Limarlo y reelaborarlo totalmente, a pesar del estilo un poco descuidado, no tendría ahora sentido, porque lo más importante es salir a tiempo, porque la solución a este enfrentamiento [se refiere al debate en la cámara de diputados prusiana sobre la reforma del ejército] golpea a la puerta.

Mi consejo es por lo tanto el siguiente: mandarle inmediatamente el folleto a Meissner en Hamburgo y escribirle que lo más importante es que lo imprima cuanto antes; que tiene que confirmarte rápido si lo acepta (dejándole a él establecer el honorario), porque tú previamente estarías llamando la atención sobre el tema en los diarios berlineses y renanos.

Para el Social-Demokrat la cosa es muy larga y "demasiado insolente" dada la situación existente. En cambio, yo me ocuparía de publicar noticias breves, en el Social-Demokrat (a través de Eccarius), en el Düsseldorf Zeitung a través de Siebel e incluso, quizá, de enviar anuncios de este tenor al Reinische Zeitung, y así aparecerá tu folleto sobre esta cuestión especial, en el cual, junto al tratamiento de los aspectos puramente militares, expones en forma simple nuestra posición frente a la reacción, a los progresistas y a los lasalleanos.

Incluso si tuvieses que hacer agregados, envíalos a Meissner (Hamburgo) inmediatamente, y dile que en las páginas tal y tal (puedes indicárselo con signos) se hará aún un par de agregados. Me parece que tendría que haber habido una mayor alusión a la población rural, que el artesano alemán considera demasiado de buena gana que no existe.

Para tormento de Moses Hess, la Asociación Internacional, suscita gran impresión entre los obreros parisinos. A causa de la estupidez de Moses Hess, Tolain [que había sido acusado por éste de "socialista imperial"] se ha retirado (nosotros no hemos aceptado formalmente su renuncia). Lefort (redactor de *L'Avenir national*, etc.), que también for-

ma parte del comité de redacción de la Association, ha sido nombrado a su solicitud defensor literario (procurador general) de nuestra asociación en París. Esta última ya ha sido atacada por Horn ([que se pronuncia en contra de] un párrafo de los estatutos)...

En la sesión preparatoria para la reunión sobre los polacos he visto al viejo Oborski, que no te manda saludos.

Salud, tuyo K.M.

¡Me olvidaba! El hecho de que Lincoln nos haya respondido tan cortésmente y a la Bourgeois Emancipation Society [fundada por los radicales ingleses, que también se había pronunciado contra la esclavitud] de un modo tan duro y puramente formal, ha indignado de tal forma al *Daily News*, que no ha publicado la respuesta a nosotros. Pero después vieron con disgusto que el *Times* sí lo había hecho, y tuvo que reseñarla suplementariamente en el *Express*. También Lévy ha debido tragarse un trago amargo. La diferencia entre las respuestas de Lincoln a nosotros y a los burgueses ha causado tal alboroto que los "clubes" del West End se rompen la cabeza sobre esto. Tú comprendes cuánto le sirve esto a nuestra gente.

En marzo de 1865, Marx y Engels rompían abiertamente con la dirección del Sozial-Demokrat, órgano de la Asociación general de los obreros alemanes, en el cual el sucesor de Lasalle, Schweitzer, había publicado unos artículos abiertamente a favor de la política de Bismarck. Para esto enviaron una "declaración" que será publicada tanto en el Sozial-Demokrat, como en otros diarios alemanes.

En tanto, continuaba el desarrollo de la AIT y el 4 de marzo Marx escribía a Engels: "Los obreros franceses, en especial los parisinos (hay ya sin embargo conexiones con otras 25 ciudades francesas) consideran al Consejo londinense casi como

Los orígenes de la primera internacional

el gobierno de los obreros en el 'exterior'".

El 13 de marzo, Marx le refería a Engels el empeño de tiempo y trabajo que se le demandaba. En particular, había surgido una disputa en la sección parisina de la AIT, donde la dirección de Tolain y Limousin había sido desafiada por Lefort y Le Lubez. A este conflicto se sumaba la acusación de Moses Hess a Tolain de ser un defensor del "socialismo imperial". Marx enviaba a París con tareas de moderador a Victor Schily para impedir que la sección parisina, formada en gran parte por obreros, se separase de la AIT a causa de este conflicto.

Querido Engels:

Junto al trabajo del libro *El Capital*, la Asociación Internacional me lleva una cantidad enorme de tiempo, porque soy prácticamente la cabeza de la actividad. ¡Y qué pérdida de tiempo! (precisamente ahora, simultáneamente a la historia con los franceses, la historia de las elecciones aquí, etc.). Por ejemplo este enredo francés:

28 de febrero: Tolain y Fribourg, venidos de París. Sesión del Consejo central, en la cual explicar y arrancarse los pelos con Le Lubez hasta la medianoche. Luego me arrastró de la sesión a la cervecería de Bolleter donde tenía que firmar aún 200 carnets. (Ahora he hecho cambiar este absurdo haciendo imprimir nuestra firma en una plaqueta y sólo el secretario general firma a mano. Entre tanto, los 1.000 carnets ya existentes, residuo de la vieja emisión, debieron ser firmados al viejo estilo.)

1° de marzo: Reunión por Polonia (en ocasión del aniversario de la insurrección polaca).

4 de marzo: Sesión del subcomité sobre la cuestión francesa hasta la una de la noche.

6 de marzo: Sesión del subcomité sobre el mismo tema hasta la una de la noche.

Los orígenes de la primera internacional

7 de marzo: Sesión del Consejo central hasta la medianoche. Aprobación de resoluciones (adjunto resolución, junto con las instrucciones privadas, que el Consejo envía a Schily, que como verás en la resolución ha sido nombrado delegado, embajador, del Consejo central en París).

Mientras tanto, una cantidad de gente de todas partes vino a mí a través de la última conferencia con Bright mantenida el sábado (11 de marzo) [sobre la cuestión de la extensión del derecho electoral a toda la población masculina adulta]. Sobre esto le dí breves informaciones a Jones (me las había pedido el viernes). Le he encargado comunicarte la carta.

¿Y, bien, mi querido, qué hacer? Se debe decir B, apenas se terminó de decir A.

Salud, tuyo K.M.

En mayo de 1865 se abrió al interior del Consejo general de la AIT un debate sobre los salarios obreros y sobre la actividad reivindicativa de sus organizaciones sindicales, que dio a Marx ocasión de hacer una sucinta exposición de sus estudios para El Capital. La discusión avanzó hasta el mes siguiente y Marx dio, el 20 y el 27 de junio, una conferencia sobre el tema, publicada en 1898 por su hija Eleanor, con el título Salario, Precio y Ganancia. El 20 de mayo de 1865 Marx escribía a Engels.

Querido Fred...:

Esta noche, sesión extraordinaria de la Internacional. Un buen viejo, pobre diablo, viejo owenista, Weston (carpintero), ha presentado las dos tesis que defiende continuamente en el Bee-Hive:

1. que un aumento general de salarios no reportaría ninguna utilidad a los obreros;
2. que por ello, etc., las Trades Unions actúan perjudicialmente.

Si fuesen aceptadas estas dos tesis, en las que cree sólo él en nuestra asociación, será para nosotros una catástrofe, ya sea a causa de las

Trades Unions de aquí, o a causa de la epidemia de huelgas que ahora se expande en el continente.

En esta ocasión Weston será defendido —ya que en esta sesión son admisibles también no-miembros— por un hombre de origen inglés, que ha escrito un folleto en el mismo sentido. Naturalmente se espera de mí la refutación. Debería haber preparado, por lo tanto, mi réplica para esta noche, pero consideré más importante seguir escribiendo mi libro El Capital, y así deberé confiar en la improvisación.

Naturalmente sé desde ahora cuáles son los primeros dos puntos centrales [sostenidos]:

1. que el salario determina el valor de las mercancías;
2. que si los capitalistas pagan hoy cinco chelines en vez de cuatro, mañana (a causa del aumento de la demanda) venderán sus mercancías a cinco chelines en vez de a cuatro.

Por más que esto sea necio y se atenga solamente a la mera apariencia exterior, sigue siendo difícil explicar a los ignorantes todas las cuestiones económicas que se relacionan con esto. No se puede condensar un curso de economía política en una hora. Pero haremos nuestro mejor intento.

Salud, tuyo K.M.

Finalmente una carta de Marx a Ludwig Kugelmann, del 15 de enero 1866, permite realizar un balance de la actividad de la AIT a quince meses de su nacimiento

Querido amigo:

Usted debe disculpar la brevedad de estas líneas por el excesivo trabajo del que en este momento estoy sobrecargado. La próxima le escribiré más extensamente.

Adjunto dos visas y en la próxima carta le comunicaré las cuestiones que deberán ser tratadas a fin de mayo en el congreso público en Ginebra [se trata del primer congreso de la AIT, postergado luego al 3-8 de septiembre de 1866].

Nuestra asociación ha hecho grandes progresos. Ya posee tres órga-

nos oficiales: uno londinense, *The Workman's Advocate*; uno en Bruselas, *La Tribune du Peuple*; uno de la sección francesa en Suiza, el *Journal de l'Association Internationale des Travailleurs, Section de la Suisse Romande* (Ginebra). Un diario de la sección de la Suiza alemana, *Der Vorbote*, aparecerá dentro de unos días bajo la dirección de J. P. Pecar.

Hemos conseguido activar en el movimiento de la única organización obrera verdaderamente grande, las Trade Unions inglesas que antes se ocupaban exclusivamente de la cuestión salarial. Con su ayuda, la asociación inglesa fundada por nosotros para la realización del sufragio universal (el comité central está compuesto por la mitad de miembros –obreros– de nuestro comité central) ha realizado algunas semanas atrás una reunión colosal en la cual hablaron sólo obreros. Puede constatar el efecto que causó en el hecho de que el *Times* ha tratado sobre esta reunión en dos números sucesivos en sus editoriales.

Por lo que respecta a mi obra *El Capital*, estoy ahora ocupado doce horas por día en redactarlo prolijamente. Pienso llevar personalmente el manuscrito de mi primer volumen en marzo, a Hamburgo, y verlo en esa ocasión...

Fiel y afectuosamente suyo,
K. Marx.